



Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

**LOS AMANTES
SIN CORAZON**

**Burton
Hare**



El murmullo fue convirtiéndose en una suerte de gruñido. Sus movimientos oscilantes sin despegar los pies del suelo, parecían el preludio de un éxtasis sensual y obsceno.

Ante el altar negro, emitió un quejido. Toda ella se tensó en sus salvajes invocaciones. En la estancia pareció soplar el hálito de un viento infernal. Las velas se apagaron inesperadamente y se derrumbó de espaldas como empujada por una fuerza demencial.

A zarpazos, se arrancó la túnica quedando desnuda, tendida en el suelo sin dejar de emitir la sorda melopea que brotaba como un torrente de sus contraídas cuerdas vocales.

La violencia de su autoconvencimiento se apoderaba hasta del aire que respiraban. Sus jadeos animales se hacían roncós, anhelantes, esperando el Mal que debería poseerlos como pago del poder que ansiaban.

De repente, dio un grito inarticulado. Pareció aferrarse al aire, los ojos desorbitados, la boca abierta y jadeante, todo su cuerpo convulso, agitándose en el frenesí del éxtasis. Pareció enroscarse toda ella en un cuerpo invisible y con un rugido gritó:

¡Está aquí... aquí, conmigo...!



Burton Hare

Los amantes sin corazón

Bolsilibros: Selección Terror extra - 7

ePub r1.0

xico_weno 16.11.17

Título original: *Los amantes sin corazón*

Burton Hare, 1982

Ilustraciones: Enrique Martín

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



Capítulo Primero

POR la ventanilla del viejo auto, la muchacha miraba la hermosa campiña con ojos asombrados, los ojos de alguien que en toda su vida no había salido de la gran ciudad.

Infinitos matices de verde se extendían hasta el horizonte, tamizados por la mortecina luz del crepúsculo. El viento otoñal arremolinaba las amarillentas hojas de los abedules y, como salpicando el paisaje maravillosamente verde, se alzaban las granjas aisladas y solitarias.

Julia Barclay descubría un mundo nuevo, desconocido y bello en el que iba a vivir un glorioso fin de semana.

Luego, de pronto, el paisaje cambió. La maltratada carretera de tierra apisonada se internó primero por un bosquecillo umbrío, en el que se acentuaba la triste luz del final del día, y luego comenzó a remontar la colina. Allí el paisaje era desolado, ocre y gris.

Sin volver la cabeza, el chófer del auto anunció:

—Ullman Manor está al otro lado de la colina, señorita. Llegaremos allí dentro de diez minutos.

Ella no respondió, limitándose a mirar la escuálida nuca del hombre que manejaba el volante.

Era un individuo alto y tan delgado como un sarmiento, y que cuando se le presentó en el andén de la estación casi la había asustado, con su cara esquelética, lívida, de pómulos huesudos en los que parecía transparentarse su esqueleto. Sin embargo, había sido amable con ella, extremadamente correcto.

Pero por alguna razón no acababa de adaptarse a su forzada compañía.

Un sombrío bosque apareció a la izquierda, denso como una mancha oscura que ondulara al compás del cada vez más accidentado terreno.

El coche coronó la loma y empezó a descender. Fue un cambio

tan súbito que Julia contuvo el aliento, por cuanto ahora todo era extraño en comparación con la campiña que dejaba atrás.

Al fondo se espesaba la niebla, como un mar oscuro y siniestro que anegara la tierra. La luz era cada vez más débil y eso aumentaba la sensación desolada del erial en que se había convertido el paisaje.

De nuevo resonó la voz del conductor:

—Es la niebla de las marismas, ¿sabe usted? Hay días en que es impenetrable. Uno puede extraviarse si no conoce el terreno. Ha habido algunos accidentes en el pantano, porque es imposible ver dónde se ponen los pies...

De pronto, el vehículo entró en aquel mar sombrío y los faros apenas lograron alumbrar unas yardas delante del capó. La luz parecía rebotar contra la espesa barrera gris. Julia contuvo el aliento, invadida por un oscuro temor. No comprendía cómo aquel hombre podía ver el camino sin estrellarse.

Ahora, el chófer no hablaba, concentrado en taladrar aquella niebla que se espesaba por momentos. Le oyó rezongar entre dientes.

Confusamente, Julia pensó que se dirigían al reino de las tinieblas, porque allí la noche debía ser mucho más negra que en la ciudad, y ahora ya no divisaba ni bosques ni campos, ni siquiera el triste erial de la colina que dejaban atrás.

Repentinamente, la voz del conductor rezongó:

—Va a ser una maldita noche si no sopla el viento... Ya falta poco, señorita, no se inquiete...

Calló de pronto, y con un juramento hundió el freno y el coche dio un bandazo, parándose a un lado del invisible camino.

Julia estuvo a punto de salir despedida del asiento trasero.

—¿Qué ocurre? —exclamó, asustada.

—No sé..., me pareció ver algo delante del coche... Con seguridad debía tratarse de ese maldito animal...

—¿Qué animal?

—El perro.

—¿Un perro?

—No comprendo cómo el coronel lo soporta... Aparece en los lugares más inesperados y nunca para nada bueno. Yo le digo al coronel que...

El coche reanudó la marcha y la muchacha perdió el final de la frase. Atisbo por las ventanillas intentando ver al perro que tanto enfurecía al esquelético conductor, pero no pudo ver nada en absoluto excepto el manto gris de la niebla que les envolvía como un sudario.

Y luego, como surgida del corazón de aquel mar impenetrable, apareció la mole más oscura de Ullman Manor.

Había cerrado la noche y la oscuridad le impidió ver los detalles del edificio, sólo captó sus inmensas proporciones, y dos o tres puntos de luz amarillenta que se reflejaba en la niebla delante de las ventanas.

—Hemos llegado —anunció el chófer—. Espero que su estancia aquí le sea grata. —Gracias.

Pero él ya no la escuchaba. Se había apeado y, sosteniendo abierta la portezuela esperó a que ella descendiera del vehículo.

Una luz más viva se desparramó en el umbral y las siluetas de dos muchachas se recortaron contra ella. Julia corrió a su encuentro, íntimamente aliviada al verse en lugar seguro.

Mientras resonaban las exclamaciones de bienvenida, el chófer sacó la maleta, pasó al lado de las tres jóvenes y entró en la casa silenciosamente.

Al fin, Julia se echó atrás y exclamó:

—Nunca imaginé que tuviera que navegar en coche por un océano de niebla... Vaya un tiempo.

—Watkins conoce muy bien el camino. ¿Tuviste un buen viaje?

—Espléndido... hasta llegar a la niebla.

Se echaron a reír y entraron en la casa.

Julia quedó atónita al pasear la asombrada mirada por el colosal vestíbulo. En realidad, en él habrían cabido dos pisos como el que ella ocupaba en Londres, y sus muros eran de piedra vista. Enormes bloques de piedra tallada, contra la que destacaban unos pesados tapices oscuros, dos panoplias conteniendo distintas armas medievales, y tres impresionantes armaduras que parecían montar guardia en otros tantos ángulos de la estancia.

Julia miró a sus dos amigas, desconcertada.

—Pero ¿qué es esto, un museo?

—La vieja mansión de la familia, querida. Ullman Manor es algo más que una casa.

—Ya lo veo... Nunca me hablasteis de que fuera así.

—En realidad es casi un castillo —explicó Daisy con voz burlona—, que es lo que fue en su primitiva construcción.

—Luego —añadió Mary, la otra amiga de Julia—, lo convirtieron en una abadía o algo así, hasta que los antepasados de tío Marcus lo transformaron con una reforma a fondo. Ya lo verás con tiempo... aunque la mayor parte no se utiliza actualmente porque se necesitaría un ejército de sirvientes.

Mientras hablaban la condujeron hacia un salón también de colosales proporciones, en el cual ardía un reconfortante fuego en la gran chimenea hogar.

Grandes butacones, un largo diván, mesitas y una estantería que ocupaba casi toda una pared eran el mobiliario de la estancia, caldeada por la lumbre.

—Tío Marcus vendrá enseguida —susurró Daisy—. He de advertirte que no debes dejarte impresionar por su aspecto. Es un hombre gruñón y ordenancista y quiere que todo el mundo le llame coronel... Eso no le hace daño a nadie y evita muchos gruñidos. ¿Comprendes?

—Creo que sí —sonrió Julia.

—De cualquier modo, no creas que es tan fiero como parece ni mucho menos —apostilló Mary.

Daisy rió.

—Debieras haber visto la cara que puso cuando le dijimos que te habíamos invitado...

Julia contuvo el aliento, pero la muchacha añadió con el mismo tono despreocupado:

—¡Oh, no creas que no quería que vinieras! Nada de eso. Pero la situación económica de nuestra familia ya no es lo que era antiguamente, y el viejo coronel considera que a los invitados deben atenderles, por lo menos, dos camareras, tres doncellas y un par de lacayos con librea.

—Lamentaría causar molestias, ya os lo dije en Londres.

—Olvídalo. Lo pasaremos bien las tres, a despecho de lo que gruñe el coronel.

—Y te contaremos cosas de este lugar —exclamó Daisy con voz misteriosa—. Hay tantas historias fantásticas entre estas paredes que podrías escribir un libro y no acabarías con ellas.

Julia estaba encantada. Sentía un profundo afecto por las dos primas que la habían invitado a ese fin de semana. Sus lazos de amistad databan de los últimos años de estudio en Londres. Luego, ellas habían regresado junto a su tío y la amistad se mantuvo a través de frecuentes cartas, y en las visitas de las muchachas a la ciudad.

Mary avivó el fuego y luego comentó:

—El coronel ya debería estar aquí... Watkins debe haberle dado la novedad.

—¿El chófer? —preguntó Julia.

—Chófer, mayordomo, ama de llaves y jardinero. Él y una cocinera son los únicos sirvientes de que disponemos actualmente. La bolsa no da para más.

Todo aquello era nuevo y fascinante para Julia, habituada a vivir sola en su piso de Londres. De pronto recordó algo y dijo:

—A propósito del chófer..., Watkins. Cuando veníamos frenó el coche en medio de la niebla. Estuvo despotricando contra un perro del coronel o algo así... aunque no entendí muy bien por qué se enfadaba tanto. ¿Es que se trata de un animal peligroso?

—¿Un perro? No puede ser otro que «Satán».

—Vaya un nombre que le habéis endosado...

Las muchachas soltaron una carcajada.

—Eso fue cosa de tío Marcus, cuando el animal aún era un cachorrito.

—Pero ¿es realmente peligroso?

Las dos jóvenes cambiaron una mirada. Daisy se encogió de hombros y murmuró:

—Tal vez lo sea para los extraños... Es muy grande, y vigila el parque. Que yo recuerde, sólo una vez atacó a un hombre, un vagabundo que había saltado el seto. Ya le conocerás. Es casi tan gruñón como el coronel.

—¿Es él vuestra única familia?

—Oh, no, hay otros, pero no nos relacionamos con ellos. Aunque, pensándolo bien, nunca he podido comprender por qué. El coronel tiene prohibido hablar de nuestros parientes, tanto de los que están en Inglaterra como del que emigró a América en los años veinte. Imagino que sería por rencillas de herencias y cosas así.

Daisy apostilló:

—Yo más bien creo que fue por cuestiones de faldas. Es muy sospechosa la repugnancia de tío Marcus a tocar el tema familiar.

Unos golpes en la puerta cortaron la charla. La cara esquelética de Watkins asomó y dijo:

—El coronel vendrá en unos minutos. Le informé de su llegada, señorita, y me encargó que la saludara en su nombre. Entretanto, si las señoritas desean tomar alguna cosa...

—Jerez, Watkins —saltó Daisy.

La cara del mayordomo se contrajo en una dolorosa mueca.

—Muy bien, señorita.

La puerta se cerró. Daisy no pudo contener la risa.

—Pedirle jerez es como arrancarle una muela. Sabe cómo se enfurece el coronel si nos sorprende bebiendo.

—Entonces, ¿por qué se lo pediste?

Julia estaba desconcertada.

—Precisamente por eso. Un pequeño desafío al dictador, si es que puedes entenderlo. Inesperadamente, al otro lado de la puerta sonó un sordo gruñido. Fue un sonido poderoso, profundo, algo que hizo dar un respingo a Julia.

—¿Qué fue eso? —jadeó.

—¡«Satán»! Ya se ha colado otra vez en la casa.

Mary corrió a abrir la puerta.

Un gigantesco perro lobo entró majestuosamente, lento, mirando a las muchachas con sus ojos rojizos y fieros.

Julia se estremeció. No recordó haber visto nunca un animal tan enorme ni tan inquietante.

Daisy dijo:

—No temas, querida, «Satán» no le haría daño a una chica tan bonita como tú. ¿Verdad, amiguito?

El perro se paró junto a ella, mirando a Julia como si se preguntase dónde hincar el diente en aquel cuerpo esbelto y bello. Mary aconsejó:

—Acércate, Julia, déjale que se acostumbre a ti. Es muy cariñoso con las personas a las que quiere.

—Lo difícil es que llegue a quererme a mí...

No muy convencida, Julia se aproximó al inquietante animal. El húmedo hocico del perro olfateó su mano, gruñó sordamente y apartándose fue a tenderse delante de la chimenea. Una vez allí

bostezó con toda la boca y Julia pudo advertir los largos y afilados colmillos en los que se reflejó el chispear de las llamas.

—Ya no te olvidará nunca —sentenció Daisy—. Lo creas o no, es el perro más inteligente que he conocido en mi vida.

El mayordomo entró después de anunciarse con unos leves golpes en la puerta. Traía una botella de cristal tallado y tres copas.

Sirvió el vino con extremado cuidado. Tomó la botella y sin una palabra se fue.

Daisy hizo una mueca burlona a la cerrada puerta.

—Nunca deja la botella. Teme que nos emborrachemos, en cuyo caso tío Marcus le arrancaría la piel a tiras.

Saborearon el excelente jerez. Julia musitó:

—Estoy impaciente por conocerle.

—¿Al coronel?

Asintió. Hubo un silencio en el que sólo se oía el chisporrotear del fuego.

De pronto, como impulsado por un resorte, el perro dio un salto y quedó de pie, tenso, con las orejas tiesas. Un bronco gruñido escapó de su poderosa garganta.

Daisy enarcó las cejas.

—¿Qué te pasa, «Satán»?

En dos saltos el perro estuvo junto al gran ventanal que se abría en la pared del fondo. Gruñía y se excitaba por momentos.

Luego, giró sobre sus pies y voló hacia la puerta, donde se detuvo con un seco ladrido. Mary la abrió la puerta y de un brinco desapareció.

—Debe haber oído algo allá fuera...

Julia se estremeció.

—Es un hermoso animal —dijo con voz tensa—, pero no comprendo cómo puede haber oído algo a través de estas paredes.

—A veces pienso que está dotado de algún sentido sobrenatural —murmuró Mary—. Es increíble que un animal pueda ser tan inteligente.

Daisy se echó a reír.

—Tal vez sea alguien que reencarnó en su cuerpo. Sería divertido que fuera así...

Julia se acercó al ventanal y trató de ver algo del jardín, pero resultó imposible penetrar en la cortina de niebla y oscuridad.

Estaba aún allí, intrigada, cuando una voz casi tan bronca como la del perro sonó en la puerta:

—Bienvenida, jovencita. Deseo que el viaje hasta aquí te haya sido agradable...

Se volvió en redondo.

Allí estaba el coronel Marcus Fanshawe.

* * *

El coche se detuvo a un lado del camino y las luces se apagaron. Remolinos de niebla lo envolvieron como dedos fantasmales.

Al abrirse las puertas, se apearon tres hombres y dos mujeres que intentaron ver algo a su alrededor.

Uno de los hombres, el más joven, gruñó:

—¿Y ahora qué? Es imposible saber dónde estamos con esta maldita niebla.

Una mujer replicó:

—A pocos pasos de la reja, recuerdo muy bien este lugar. Hay un gran portón de entrada.

—Pero estará cerrado.

—Yo lo abriré —rezongó otro de los hombres, un individuo de estatura mediana. Su acento le delataba como llegado del otro lado del Atlántico—. A menos que quieran entrar anunciándose desde aquí. Porque imagino que habrá algún sistema para llamar al castillo.

La mujer dijo:

—El sistema no lo sé... Han pasado tantos años que todo debe haber cambiado. Pero antes de anunciarnos quiero ver primero un par de cosas para saber a qué atenernos.

—Bien, veamos esta reja.

Avanzaron sin verse apenas unos a otros. Casi tropezaron de bruces con el enorme portón de entrada.

El americano encendió una cerilla y dio un vistazo a la cerradura anticuada y mohosa.

El viento apagó la cerilla en un instante, pero él dijo:

—Será fácil..., es casi una vergüenza seguir utilizando algo tan viejo...

Los demás esperaron mientras él manipulaba la cerradura.

No tuvieron que aguardar mucho.

—Ya está —anunció el hombre rechoncho—. Paso franco.

Reanudaron el camino guiados por la mujer alta. La gravilla chirriaba bajo sus pies.

Poco después, entre la negrura, luciérnagas amarillentas, aparecieron las luces de unas ventanas amortiguadas por la niebla, difuminadas entre la vegetación.

La mujer murmuró:

—Ahí está.

El hombre rechoncho se detuvo y masculló con voz sorda:

—Hasta aquí yo he jugado limpio. ¿Entienden lo que quiero decir?

—Naturalmente —la voz de la mujer chirrió en la oscuridad.

—Si alguno tiene el propósito de dejarme de lado, será mejor que vayan cambiando de idea, porque puedo echarlo todo a rodar y contarle la historia al coronel.

—¿Quién ha hablado de dejarle de lado? —La mujer pareció escandalizarse ante la idea—. No es eso lo que hemos pensado mi esposo y yo. ¿No es cierto, Jack?

—Muy cierto, querida.

El joven dijo:

—Le aseguro que usted es muy importante para nosotros.

—Está bien, sólo quería dejar esto muy claro.

Reanudaron la marcha hasta estar mucho más cerca del inmenso edificio.

Allí se detuvieron de nuevo, reunidos en un grupo, pero en medio de la densa niebla apenas si se distinguían unos de otros.

La mujer habló con voz queda:

—Primero hemos de averiguar cuánta gente hay ahí. No sabemos si están sólo el viejo y las chicas, o tienen invitados, o si vive alguien más en el castillo.

El americano gruñó:

—Eso es estúpido. ¿Cómo van a averiguarlo sin entrar?

Ella soltó una risita.

—Estamos justamente en el lugar donde yo dispuse. ¿Verdad, Jack, querido?

—Cierto.

Inesperadamente, las manos de Jack cayeron sobre el hombre de mediana estatura. Una le sujetó ferozmente por los cabellos y la otra le tapó la boca.

El hombre se revolvió con furia, pero entonces el joven intervino y en unos instantes quedó inmovilizado.

Y si hubiera sentido deseos de seguir luchando, un chispazo de plata pareció relampaguear ante sus ojos muy abiertos. Era un afilado cuchillo que enarbolaba la mujer. También fue ella quien habló:

—¿Creías que íbamos a aceptarte como socio, estúpido? Casi todo lo que nos contaste lo sabía yo de toda mi vida, excepto los detalles... y la fecha exacta: Primero de octubre. Fuiste muy generoso viniendo desde el otro lado del mar para asociarte con nosotros...

El hombre la miraba aterrorizado. En medio de la niebla, el rostro de la mujer no era más que una sucia mancha en la que chispeaban los ojos más malignos que él había visto en toda su vida.

Gracias por todo —añadió ella, riendo de un modo que daba grima—. Y gracias por acompañarnos, porque te necesitábamos aquí. Tú empezarás la pesadilla del orgulloso coronel.

El filo del cuchillo se apoyó en la garganta del desgraciado.

Y de repente, la mujer lo empujó con todas sus fuerzas y por poco no lo decapitó.

Le soltaron, y el cuerpo cayó sobre la hojarasca seca. Hubo un prolongado silencio en el que sólo se escuchó un breve gorgoteo en el suelo y las agitadas respiraciones de las dos mujeres y los dos hombres.

El gorgoteo cesó muy pronto. La mujer susurró:

—¡Estúpido codicioso!

Jack preguntó con voz ahogada:

—¿Lo dejamos aquí?

—No, hay que dejarlo donde lo descubran pronto... para que pronto el viejo empiece a saber lo que le aguarda.

Una voz de mujer joven susurró tras ella:

—Estoy helada, madre. Acabemos de una vez.

—Niña, eres una queja continua. Tú, Jack, hay que dejarlo al pie de cualquier ventana. Que te ayude Lester. Nosotros esperaremos en el coche.

—Bien...

—Vamos, hija, me crisan tus quejas.

Las dos mujeres se alejaron. La grava chirriaba bajo sus pies y la

niebla les envolvía. El chirrido de la grava parecía ahora más lúgubre que antes.

Casi a tientas localizaron el coche. Las dos se acomodaron dentro y la mujer encendió un cigarrillo.

La llama de la cerilla iluminó su rostro. La más joven la miró un instante.

—No lo comprendo —murmuró.

—¿Qué no comprendes?

—Ni siquiera estás alterada. No tiemblas.

—Él me da fuerzas. Te lo he repetido mil veces. El guía mi mente y mis pasos. Nos proporcionará el poder, y con él, la riqueza.

La cerilla se había apagado, y ahora en las tinieblas del coche sólo brillaba la brasa del cigarrillo, semejante a un ojo maligno y parpadeante.

La joven susurró:

—Quisiera tener tu seguridad...

—Espera. También la tendrás.

—¿Sabes? Sólo estoy segura de todo, y de mí, cuando le invocas, cuando todo estalla, cuando...

—Eso es el principio. Espera que te posea... que seas suya. ¡Oh, entonces...!

—¿Qué?

Antes de que respondiera oyeron los pasos que se acercaban.

Los dos hombres se materializaron al lado del coche. Jack dijo:

—Estropearé el delco y dejaremos el coche aquí, tal como decidimos, Jana.

—Está bien. Ahora debemos esperar un poco. Es pronto para llegar.

El joven se coló en el coche y suspiró.

—Lo dejamos al pie de una ventana iluminada, como dijiste. Pero nos vinimos a escape, madre.

—¿Por qué?

—Deben tener un perro, sólo que estaba dentro del castillo. Le oí gruñir cerca de la puerta y se me pusieron los pelos de punta.

—¿Por un perro tanto miedo?

—Tú no lo oíste.

—Siempre serás un pusilánime, querido.

Se oyó el golpe del capó al cerrarse y Jack entró en el coche

frotándose las manos.

—Ahora, todo está a punto —anunció la mujer—. Hemos dado el primer paso hacia la riqueza y el poder. El paso más importante.

Nadie replicó.

Silenciosos, se limitaron a esperar después del trabajo de la muerte.

Capítulo II

ACABABAN de cenar en medio de un ambiente distendido, con el vivaz parloteo de las conversaciones de las muchachas. Únicamente el coronel había mantenido un silencio si no hosco, por lo menos sombrío, reprobador quizá de aquel alboroto de voces juveniles y alegres.

Fanshawe era un hombre de seis pies de altura, corpulento, fuerte, y a pesar de sus años se mantenía erguido y rígido como en sus buenos tiempos de militar.

El comedor resultaba demasiado grande para crear ninguna impresión de intimidad. Un gran fuego crepitaba en la chimenea. De vez en cuando, Watkins entraba, servía la mesa, y volvía a desaparecer en silencio.

Al fin, el coronel se levantó. Las muchachas callaron y él dijo con su bronca voz:

—Buenas noches a todas. Espero que disfrutes de tu estancia aquí, jovencita, aunque no sea un lugar muy divertido.

No esperó respuesta. Giró sobre los talones y abandonó el comedor con pasos marciales.

Tan pronto se hubo cerrado la puerta, Daisy se levantó, saludando militarmente en un gesto burlón.

—A las órdenes de usted, mi coronel —recitó ahuecando la voz—. ¿Ordena usted alguna otra cosa?

Mary sacudió la cabeza. Julia sonrió.

Daisy volvió a sentarse y le espetó:

—¿Qué te ha parecido?

—Bueno..., me atemoriza un poco.

—Al principio también nos atemorizaba a nosotras. Ahora ya no. Sabe que nunca podrá imponernos su disciplina cuartelera y eso es bueno para ambas partes.

—¿Siempre ha vivido aquí? —indagó Julia, intrigada.

—Desde hace generaciones éste es el hogar de los Fanshawe. Tío Marcus sólo lo abandonó en su época de servicio activo, cuando estuvo destinado en la India, y después durante la guerra.

—¿No estuvo nunca casado?

—Oh, sí, pero su mujer murió en la India. No le gusta tampoco hablar de eso.

Julia se quedó mirando a sus amigas con el ceño fruncido.

—Se me ocurre que para vosotras vivir aquí no debe ser muy divertido...

Se encogieron de hombros.

—Es cuestión de acostumbrarse. Por lo demás, la vida en el campo es agradable —sentenció Mary.

—Y aburrida —apostilló Daisy—. Tienes razón querida. No nos divertimos poco ni mucho, excepto en la época de caza.

Julia se disponía a replicar, cuando en el exterior, lejano, sonó un lúgubre aullido que vibró en una nota larga y escalofriante.

Las tres muchachas se miraron, intrigadas.

Mary murmuró:

—Ése es «Satán»... Watkins ya debe haberlo sacado fuera.

—Nunca le había oído aullar de ese modo —refunfuñó Daisy, intrigada—. Suponiendo que sea él.

—No creo que le permitiera acercarse a ningún otro perro. No los admite en sus dominios.

El aullido se repitió, ahora más próximo.

Daisy abandonó la silla y se acercó al ventanal, pero no pudo ver nada a causa de la niebla, tan espesa ahora como un muro de piedra.

Mary dijo:

—Es raro... «Satán» nunca alborota, no ladra más que cuando quiere entrar en casa. Como si quisiera desmentirla, una sucesión de agudos ladridos sonaron en alguna parte del jardín. La voz bronca y poderosa del animal resonó amenazadora, como si el perro hubiera descubierto una amenaza... o un intruso.

Julia se estremeció:

—¿No deberíais llamarlo? Puede hacerle daño a alguien...

—Tío Marcus quiere que por la noche se quede fuera, vigilando el parque. De cualquier modo, debe haber visto algo para que esté tan excitado.

De pronto, los gruñidos del animal resonaron casi junto a la ventana, roncós como un trueno. Luego, emitió un aullido y tras eso se hizo el silencio allá fuera.

—¿Has podido verle? —indagó Mary.

—Imposible con esa niebla, pero estaba aquí mismo, muy cerca.

—¿No sería mejor avisar al coronel? —sugirió Julia.

—Detesta que le molesten cuando se retira. Además, si ha oído todo ese concierto perruno supongo que saldrá a ver qué ocurre.

Daisy encendió un cigarrillo y fue a sentarse delante de la lumbre. Suspiró, relajándose, y comentó como si hablara consigo misma:

—Si alguien ha entrado en el parque, «Satán» se encargará de enseñarle el camino de salida. A estas horas de la noche la gente decente no anda metiéndose en casa de los demás.

De nuevo retumbaron los ladridos del gran pastor alemán, pero ahora lejos de la ventana. Mary se levantó.

—Está en la puerta, ¿no crees?

—Quizá, se oye en esa dirección. ¿Qué demonios le pasa esta noche?

—Voy a verlo.

Mary salió de la estancia rápidamente.

Julia comentó:

—¿Nunca han intentado robar? Un lugar tan aislado como éste debe ser una tentación para los ladrones...

—Que yo recuerde, jamás hubo un robo en el castillo. Por otra parte, no creo que los ladrones sean tontos. Lo más valioso que podrían llevarse sería una armadura medieval, y debe ser muy incómodo de transportar.

—¿No puedes hablar en serio? Cuanto más lo pienso, menos me gustaría vivir aquí... De modo permanente quiero decir.

—Lo comprendo. Al principio también a nosotras nos impresionaba esta soledad, pero una acaba por acostumbrarse. De todos modos, los ladrones no nos quitan el sueño. Más bien te inquietarían a ti las leyendas sobre el castillo, en su época primitiva.

—¿Qué leyendas?

Daisy no tuvo tiempo de replicar, porque «Satán» apareció en la puerta seguido de Mary. El perro resopló, inquieto, nervioso. Dio

unos pasos hacia la chimenea donde estaban Daisy y Julia, pero al fin acabó tumbándose al otro lado del diván:

Mary explicó:

—Estaba delante de la entrada, gruñendo y arañando la puerta para entrar. Está comportándose de un modo muy raro esta noche.

—Tío Marcus se pondrá furioso si se entera de que le has dejado entrar —dijo Daisy—. Antes de acostamos le haré salir otra vez, pero parecía tan inquieto que no he podido cerrarle la puerta.

Se acercó al animal y le acarició las orejas. El perro levantó la cabeza mirándola con sus grandes ojos rojizos.

De pronto, Mary se quedó rígida.

—¡Daisy! —exclamó—. ¡Mira eso!

—¿Qué?

—¡Tiene sangre en el hocico!

Daisy corrió hacia su prima y Julia se les unió cuando ambas estaban arrodilladas al lado de «Satán».

Tras examinarlo, Daisy susurró:

—No está herido. No tiene ni un rasguño.

Las muchachas se miraron, asustadas.

Mary dijo con voz ahogada:

—¿Crees que...?

—Ha atacado a alguien, no cabe duda. Esta sangre no es de él, así que debe haber peleado con alguien. Ha herido a un intruso sin ninguna duda.

Julia sugirió:

—Deberíais llamar al coronel.

—Creo que será lo mejor.

Se incorporaron. El perro se levantó de un salto y fue a tenderse delante de la chimenea.

Allí, con más luz, era claramente visible la sangre casi seca que ensuciaba el pelo en torno a sus fauces.

—Yo iré —dijo Mary.

Camino ya de la puerta, resonaron, retumbantes, los aldabonazos de la entrada.

Las tres se quedaron rígidas, mirándose asombradas.

El perro emitió un sordo rugido y salió como un rayo.

Daisy rezongó:

—¡Vaya noche! ¿Quién puede llamar a estas horas?

Junto al impresionante portón de entrada, el perro esperaba agazapado cuando las tres muchachas atravesaron el enorme vestíbulo.

Los aldabonazos se repitieron, retumbantes en el denso silencio del castillo.

El perro gruñó, amenazador.

Daisy murmuró:

—¿Qué hacemos?

No tuvieron que decidir. Procedente de las dependencias interiores llegó el mayordomo abrochándose el chaleco.

Dijo, intrigado:

—¿Es cierto que alguien está llamando?

—Ni más ni menos, Watkins.

—Margaret me llamó, porque yo no oí nada... ¿Y qué está haciendo el perro aquí dentro?

A eso no hubo respuesta.

Watkins evitó acercarse al animal. Adoptó una actitud digna y rígida y empezó a descorrer los enormes cerrojos del portón.

Cuando éste se abrió, aparecieron dos hombres y dos mujeres, que les miraron con evidente curiosidad.

—Creí que no iba a abrir nunca —rezongó el de mayor edad.

Watkins gruñó:

—Perdón. ¿Quiénes son ustedes?

Sin responder, entraron resueltamente todos ellos. Sólo entonces Daisy les espetó:

—¿Qué es lo que quieren? A estas horas lo menos que podemos esperar es una explicación de su presencia aquí. Han debido atravesar todo el parque, y la verja de entrada... que siempre está cerrada.

—Jovencita, la verja de que habla estaba abierta de par en par. En cuanto al parque, realmente, es toda una caminata.

El hombre hablaba con desfachatez, casi con tono autoritario.

Sólo que se necesitaba algo más que eso para impresionar al esquelético Watkins, quien dijo:

—Todavía esperamos saber quiénes son ustedes..., caballero.

El hombre le observó con el ceño fruncido, como si dirigirse a un sirviente fuera algo deshonesto.

Fue la mujer más vieja la que anunció:

—Será mejor que avise usted a mi hermano de nuestra llegada. Yo soy Jana Flanagan. Daisy abrió la boca, pero Watkins se le anticipó.

Dijo:

—¿Flanagan? Ignoro a qué hermano se refiere, señora. Aquí no vive nadie llamado así.

—¡No sea absurdo! Mi apellido de soltera era Fanshawe.

Esto tuvo la virtud de dejar mudo al mayordomo.

Mary exclamó:

—¡Tía Jana! Hace años que oí hablar de usted...

—¿Tú eres mi sobrina? Me alegro, me alegro mucho. Quizá ahora podamos aclarar las cosas.

Watkins rezongó:

—Avisaré al coronel.

Cerró el portón, dio media vuelta y se alejó a buen paso.

Julia contemplaba a los recién llegados con mirada intrigada. Notó un áspero contacto en las piernas y sólo entonces advirtió que el perro estaba junto a ella, tenso y alerta, jadeando con la lengua fuera.

Mary dijo:

—Ésta es Daisy... y también es sobrina suya. Y esta muchacha se llama Julia y está aquí pasando unos días.

Eso obligó a Jana Flanagan a presentar a sus acompañantes.

—Mi esposo se llama Jack, y éstos son nuestros hijos, Lester y Fanny. Es lamentable que no nos hayamos conocido hasta ahora debido a las tontas rencillas familiares, pero de pronto decidí que ya había pasado demasiado tiempo sin que solucionásemos nuestras diferencias y decidimos venir, y Aquí estamos.

Lester Flanagan, el hijo, tendría alrededor de veintiocho años. Era de estatura mediana, fuerte y de rostro barbilampiño, pálido. Sus ojos pequeños y agudos saltaban de una a otra de las jóvenes, como tratando de decidir cuál era la más bella.

De pronto señaló al perro y dijo, riendo:

—Nadie lo ha presentado... y es todo un ejemplar.

—Se llama «Satán» —dijo Daisy con voz suave—. No te aconsejo que te tomes libertades con él, primo. Porque imagino que somos primos tú y yo.

—Oh, seguro, sin ninguna duda.

Había una violenta tensión en la atmósfera. Tensión que hasta el perro advertía, por cuanto no cesaba de gruñir de aquella manera sorda y bronca, pegado a las piernas de Julia.

Fue ésta quien habló dirigiéndose a sus amigas.

—¿Cómo es posible que la verja estuviera abierta? —preguntó, intrigada—. Tú dijiste que siempre está cerrada por las noches, Daisy.

—No lo comprendo.

Jack Flanagan gruñó:

—Si dudas de mi palabra no tienes más que ir a comprobarlo. La dejamos tal como estaba, aunque en medio de esta niebla endemoniada apenas ve uno su propia nariz.

Mary, que les observaba como si quisiera adivinar lo que se ocultaba detrás de las palabras, dijo inesperadamente:

—¿Cómo han llegado hasta aquí, tía Jana? No hay ningún medio de comunicación, y mucho menos por la noche.

—Vinimos en coche, querida, sólo que se nos estropeó poco antes de la verja.

—Fue algo muy desagradable —reconoció Jack Flanagan—. Con luz quizá hubiese podido repararlo, pero a oscuras, y con tanta niebla, imposible.

Julia comentó:

—Fue una suerte que no estuviera el perro ahí fuera.

La mujer gruñó:

—¿Quieres decir que nos habría atacado?

—Seguramente —murmuró Daisy—. De noche es quien vigila el parque.

Iba a añadir algo más referente a la sangre del hocico del animal, cuando la llegada del coronel se lo impidió.

El rostro del militar era un poema de cólera mal contenida. Sus ojos relampagueaban, y no se necesitaba ser un lince para advertir el enorme esfuerzo que le costaba contenerse.

Jana fue hacia él resueltamente. Hizo ademán de abrazarle, pero el coronel se echó atrás y sólo le permitió estrecharle la mano. Ella dijo:

—No puedes imaginar cuánto me alegro de verte, Marcus..., a pesar de lo intempestivo de la hora. Te ruego que nos perdones, pero no fue culpa nuestra que el coche nos retrasara. ¿Recuerdas a

Jack?

Flanagan tendió la mano, que el coronel fingió no ver. Desvió la mirada hacia la pareja que permanecía rígida, evidentemente temerosos de su reacción.

De nuevo, Jana Flanagan tomó la iniciativa con voz forzosamente animada:

—Lester y Fanny, nuestros hijos. Y tus sobrinos, claro...

Un gruñido fue todo lo que salió de la garganta del coronel.

Watkins esperaba a cierta distancia. Su cara cadavérica no expresaba nada.

Al fin, Marcus Fanshawe gruñó:

—Supongo que habrá que preparar habitaciones para esta noche. Ocúpate de eso, Watkins.

Se hizo otro tenso silencio. Mary lo rompió a despecho de la mala mirada de su tío.

—Será mejor que pasemos al salón, tío Marcus. Estoy quedándome helada aquí.

—Está bien.

Desfilaron uno tras otro en pos del coronel, que abría la marcha con sus pasos marciales de costumbre.

Daisy se quedó atrás, junto a su amiga y el perro. Con voz susurrante dijo:

—Tío Marcus está a punto de estallar.

—No comprendo nada de todo esto, pero tampoco es nada que me concierna. Quizá fuera mejor que me retirara, Daisy.

—Tonterías, tú te quedas conmigo. Y «Satán» también. El coronel debe saber lo de esa sangre. Si pudiera llamarle aparte, pero con toda esa gente ahí lo veo difícil.

Julia acarició la cabeza del animal, ganándose una húmeda mirada de agradecimiento de «Satán», que dejó escapar un leve gruñido de placer.

Daisy comentó:

—Has tenido suerte, querida. No admite caricias de extraños a las primeras de cambio. Bueno, vayamos a ver cómo se prepara la tormenta en el salón...

Habían dado apenas dos pasos, cuando en alguna parte sonó un sordo crujido.

Las dos muchachas se detuvieron en seco, mirándose intrigadas.

Julia exclamó:

—¿Qué fue eso?

—No sé...

—Sonó hacia la escalinata.

Señalaba la imponente escalera que, en una graciosa curva, se encaramaba hacia la primera planta del edificio.

Daisy dijo entre dientes:

—Parece que estemos todos locos esta noche. ¡Búscalo, «Satán»!

El perro la miró, hizo chascar las quijadas y corrió hacia el fondo del vestíbulo, allí donde se iniciaban las escaleras.

Las dos muchachas le siguieron. El animal gruñía ahora pegado al muro de piedra.

Sólo cuando llegaron allí, Julia descubrió la pequeña puerta de sólido aspecto empotrada en la pared.

El perro estaba tenso, parado ante ella, como esperando que alguien la abriera.

Daisy se estremeció.

—Es la entrada a los sótanos.

—Pues ahí sonó ese ruido. ¿Vas a abrirle la puerta?

—Olvidalo. No hay luz eléctrica ahí abajo. Es un lugar horrible incluso de día, así que imagina a oscuras. Algo debe haber caído, o cualquiera sabe. A lo mejor incluso hay ratas. Vamos, «Satán», veamos cómo se porta tu amo.

Se encaminaron al salón donde se oían las voces tensas de los reunidos.

Detrás de aquella puerta sonó de nuevo un extraño crujido, un ruido sin explicación posible.

Pero para entonces el vestíbulo estaba desierto, y en alguna parte empezaba a agitarse el horror sin nombre que había permanecido agazapado durante generaciones, esperando...

Capítulo III

—CREO que todos sabemos a qué atenernos —refunfuñó Marcus Fanshawe con voz gruñona—. No es un secreto para nadie lo que opino de vosotros, al igual que de Robert, aunque éste por lo menos tuvo el buen gusto de emigrar a América. De cualquier modo, estáis ahí y me veo obligado a comportarme como anfitrión. Creo que Watkins ya debe haber dispuesto habitaciones para todos.

Jack Flanagan hizo ademán de replicar. Su rostro era una máscara iracunda.

Su esposa lo impidió. Le rozó el brazo con la mano y dijo apresuradamente:

—Tus palabras son muy duras, Marcus. Espero poder hablar contigo mañana con más calma. Opino que ya es hora de que se borren todas las diferencias que nos han tenido distanciados durante tantos años.

Sólo le replicó un gruñido del coronel, quien, con un gesto brusco, pulsó el botón de un timbre y casi al instante Watkins apareció en la puerta.

—¿Están preparadas las habitaciones? —preguntó el coronel, sin mirarle.

—Ciertamente, coronel.

—Entonces, acompáñalos y asegúrate de que queden cómodamente instalados.

—Muy bien, señor.

Se hizo a un lado, esperando que los Flanagan salieran uno tras otro después de murmurar hoscas despedidas.

Tan pronto se hubo cerrado la puerta, Marcus Fanshawe estalló:

—¡Malditos entrometidos! Ojalá...

—Cálmate, tío —le aconsejó Mary suavemente—. Tal vez sea cierto que desean restablecer las relaciones con nosotros.

—Yo sé muy bien lo que quieren. Han sabido elegir hasta la

fecha. ¡Malditos sean!

—¿Qué fecha, qué quieres decir, tío?

—Nada que te importe. Y ahora, vámonos a dormir de una condenada vez.

Daisy dijo:

—Espera un momento, tío Marcus.

—¿Qué te ocurre a ti?

—A mí nada, pero echa un vistazo a «Satán». Tiene sangre en el hocico. Y no la ha vertido él porque no tiene ni un rasguño.

—¿Qué?

Se inclinó hacia el perro. Refunfuñó entre dientes y cuando se incorporó quiso saber:

—¿Cuándo lo has descubierto?

—Poco antes de que llegaran los Flanagan. «Satán» aullaba en el jardín de manera muy extraña, y luego se puso a ladrar junto a la puerta. Cuando la abrimos, descubrimos la sangre.

—No lo comprendo. Pudo haber atacado a esos malditos intrusos, a ver si se perdían en los pantanos. Oh, bueno, está bien, olvidémoslo. Quizá se peleó con otro perro.

—No oímos ladrar a ningún otro perro excepto a él.

—¿Quieres decir que atacó a un hombre?

—Pudiera ser.

El coronel pareció reflexionar sobre eso. Al fin se encogió de hombros y decidió:

—Lo veremos por la mañana. De cualquier manera el intruso, si lo hubo, debe haber huido a escape, así que no tiene objeto preocuparse. Buenas noches.

Al quedar solas, las muchachas se miraron, intrigadas.

Mary dio forma a los pensamientos de las tres.

—Me parece muy raro que tío Marcus no haya salido a investigar por el parque. Si «Satán» ha atacado a alguien puede estar malherido.

—No hay modo de saberlo hasta que amanezca. Porque no pretenderás que salgamos nosotras, digo yo.

—No, claro que no. ¿Y qué ha querido decir con eso de que han elegido hasta la fecha de su venida?

—No tengo ni la menor idea. Todo en esta noche está resultando muy raro, incluso los ruidos que oímos en el sótano.

Mary la miró asombrada.

—¿En el sótano? —exclamó—. ¿Quién bajó a ese antro?

—Nadie, pero Julia y yo oímos un fuerte crujido o algo así. Un ruido muy difícil de explicar. «Satán» empezó a gruñir junto a la puerta, pero no le abrí.

Julia encendió un cigarrillo. Luego comentó:

—Se me ocurre que nadie se preocupa de algo más importante que todo eso, chicas.

—¿A qué te refieres?

—A la verja abierta, cuando debería estar cerrada, según dijisteis.

—¡Pues es cierto! ¿Cómo es posible? Y no pensé preguntarle a Watkins... Él es el encargado de cerrarla cada tarde.

—Quizá se le olvidó.

—Sería la primera vez en todo lo que alcanza mi memoria. Es algo que habrá que preguntarle mañana también.

Julia, expeliendo el humo del cigarrillo, dijo sonriendo:

—Empiezo a pensar que no es nada aburrido vivir aquí...

Sus amigas se echaron a reír.

Daisy dijo:

—Has tenido suerte. El resto del año no ocurre nada.

—Será mejor acostarnos —decidió Mary—. Por una noche ya hemos tenido suficientes emociones. Sacaré a «Satán» y mañana que el coronel se ocupe de él.

Julia arrojó el cigarrillo a la chimenea y siguió a sus amigas hacia el vestíbulo. Mary se encaminó a la puerta llevando al perro con ella.

Daisy dijo, empezando a subir las escaleras:

—Si todo eso te parece emocionante, querida Julia, espera a que te cuente todas las leyendas que existen en torno al castillo. Se te pondrán los pelos de punta, porque...

Un espeluznante alarido de Mary la interrumpió y las hizo girar en redondo.

Con la puerta abierta, Mary seguía chillando como una loca.

A su lado, hecho un ovillo y con las orejas pegadas al cráneo, el perro temblaba y gimoteaba con una voz casi humana.

—¡Eh! ¿Qué te pasa?

Las dos se precipitaron escaleras abajo. Mary calló porque se

quedó sin voz, pero continuaba boqueando, como si quisiera seguir chillando y se ahogara de angustia.

Julia sintió que se le ponían los pelos de punta al ver la demencial expresión del rostro de su amiga.

—¡Mary! ¿Qué...?

Ella señalaba al exterior, a la impenetrable negrura del parque anegado por la niebla.

Las dos se asomaron, pero no pudieron ver absolutamente nada. Bien es cierto que a dos pasos era imposible penetrar la masa gris que inundaba la tierra.

—¿Qué fue, Mary? No hay nada ahí fuera... ¿No me oyes? ¡No hay nadie!

La voz de Daisy tenía una nota histérica.

Julia dijo, tratando de dominarse:

—Mira al perro, Daisy.

Ésta se volvió. El asombro la dejó muda ante la aterrorizada actitud del animal.

—¡Dios! ¿Qué significa esto, por qué está tan asustado? ¡Mary, deja de temblar de una vez!

Inesperadamente, Mary cerró la puerta de golpe, corrió los cerrojos con gestos frenéticos, y al fin, con un sollozo, se abrazó a su prima temblando a impulsos de un conato de histeria.

Julia se agachó al lado del perro y le acarició la gran cabeza.

—Tranquilo, «Satán». No sé lo que viste, pero sea lo que sea debe tratarse de algo horrendo para asustarte a ti de ese modo, un perro tan fiero...

—¡Estaba ahí fuera... mirándome...!

La voz de Mary la hizo levantarse de un salto.

Daisy la apremió:

—¿Quién estaba allí?

—No lo sé...

—Pues es toda una explicación.

—Era algo espeluznante, Daisy... ¡Te juro que lo vi!

—Pero, bueno, ¿qué viste?

Mary se apartó un poco. Estaba pálida como la muerte y sus ojos aún reflejaban el espanto.

—Era... ¡Dios bendito!

Daisy miró a Julia de soslayo. Ésta esbozó un gesto de

incomprensión y esperó.

—No sé siquiera lo que he visto, porque no podía tratarse de nada de este mundo... ¡Créeme! Sólo estaba allí, inmóvil, como si se dispusiera a entrar.

—De acuerdo, viste a alguien, ¿pero a quién?

Mary la miró fijamente.

—No me crearás... Nadie me creará.

—Prueba a ver.

Mary cerró un instante los ojos y susurró:

—Una cosa blancuzca, como flotante en la niebla. Sobre ella, una cabeza horrenda, con largas guedejas de cabellos, y la cara... ¡Oh, Dios, la cara!

—Sigue.

—Igual que carcomida, podrida. No tenía ojos, las cuencas estaban vacías y purulentas, y sin embargo me miraban fijo..., me dominaban... Era algo nauseabundo.

Daisy masculló:

—No existe nada así en este mundo, Mary, convéncete de eso.

—Suavemente, Julia dijo:

—Acuérdate de la reacción del perro. Algo le asustó también a él, y asustar a esa fiera no es fácil.

—Pero es algo sin sentido, sin pies ni cabeza. Una aparición como la que describes sólo puede existir en los cuentos de miedo, o en las películas de terror. ¿Cómo quieres que apareciera en nuestro jardín?

—¡Te digo que estaba allí!

Con un suspiro, Daisy cedió.

—Muy bien, de acuerdo, viste algo espantoso. Ahora, Mary, reflexiona con calma, por favor. ¿No pudo tratarse de un jirón de niebla que al reflejar la luz...?

Mary sacudía la cabeza con violencia.

—¡No! No era niebla.

—Bueno, ¿adónde se fue entonces?

—Se hundió en la niebla cuando empecé a chillar. Sólo retrocedió y desapareció.

Julia volvía a estar inclinada sobre el perro y le pasaba la mano por el lomo, una y otra vez. No cabía duda que la caricia era del agrado del animal, que había dejado de temblar y estaba de pie al

lado de la muchacha.

—¿Nunca habíais visto nada semejante en noches de niebla?

Las dos primas se volvieron hacia ella.

—Por supuesto que no. La niebla no es ningún fenómeno raro aquí, más bien todo lo contrario. Pero eso...

—No lo olvidaré mientras viva —suspiró Mary.

Tras unos instantes de silencio, Daisy decidió:

—Vamos a dormir y mañana intentaremos descifrar este misterio. Por una noche creo que «Satán» puede quedarse aquí, en el vestíbulo. Y si tío Marcus pone el grito en el cielo diremos que nos olvidamos de sacarlo. ¿Estáis de acuerdo?

Julia sonrió.

Mary ni siquiera parecía haberla escuchado, de modo que se dejó conducir hacia las escaleras sin resistencia, y Julia, tras una última caricia al perro las siguió, íntimamente intrigada por todo lo sucedido durante esa noche sorprendente.

En el inmenso vestíbulo, «Satán» se quedó solo, como perdido. Luego, en silencio, se acercó a la recia poterna del sótano y olisqueó y gruñó un buen rato allí.

Tras esto se largó hacia el salón, para tenderse cuan largo era delante de la chimenea en la que aún chisporroteaba el último tronco a medio quemar.

El silencio cayó sobre el castillo.

El mismo silencio que envolvía a Julia mientras se desnudaba en su habitación, sin poder apartar de su pensamiento los acontecimientos que había vivido.

De no ser por la extraña reacción del perro hubiera creído que Mary había sido víctima de una alucinación. Pero los perros no padecen alucinaciones, y menos uno como «Satán».

Sonrió para sí, porque estaría bueno que a su edad y en esta época empezara a temer a los fantasmas.

Estaba completamente desnuda. Sintió un escalofrío y volviéndose buscó el pijama.

Estaba sobre una silla, al otro lado de la cama.

Y entonces lo vio.

Era apenas una mancha al otro lado de los cristales de la ventana. Una mancha sucia y gris, pero dotada de dos pupilas vacías que parecieron fascinarla durante un instante. Julia empezó

a chillar igual que loca. Atrapó una bata de un zarpazo y salió al pasillo aullando como un clarín.

Daisy salió de su cuarto, y del otro lado del pasillo apareció Mary terriblemente pálida.

—¡Julia! —chilló Daisy—. ¡Deja de alborotar!

Calló, jadeando, ahogándose de angustia.

Mary balbuceó:

—¿Qué te pasa, Julia?

—La ventana... estaba allí, mirándome...

—¿Qué, quién?

—Esa cosa... lo que tú viste, Mary.

Ésta contuvo el aliento, aterrada.

No lo habían advertido, pero «Satán» había aparecido dando saltos procedente de las escaleras. Frotó el lomo contra las piernas de las muchachas, hasta que, de modo instintivo, Julia le apretó contra ella, aún temblando.

Daisy refunfuñó:

—Te dejaste impresionar por lo que Mary contó. Por eso creíste verlo también.

—Sé muy bien lo que vi, Daisy. Estaba en la ventana, como flotando en el aire, mirándome... y no fue ninguna alucinación por mi parte.

—Entonces, ya me dirás qué fue.

Julia se arrebujo en la bata. No era difícil adivinar que bajo la leve prenda estaba tan desnuda como el día que vino al mundo.

Daisy comentó, tratando de quitar dramatismo a la situación:

—Por lo que veo, estabas desnuda cuando empezaste a chillar.

—Claro, me disponía a meterme en la cama...

—No me sorprende que alguien espíara por la ventana.

—No bromees, Daisy.

—Está bien, bromas aparte, ¿qué hacemos, pasamos el resto de la noche en vela?

De repente, Julia exclamó:

—¡Un momento! ¿Cómo es posible que no haya acudido nadie al oírme gritar?

—Porque no te han oído. En este lado del piso sólo estamos nosotras. Watkins ha dispuesto las habitaciones del ala norte para nuestros inesperados parientes.

—Entiendo...

—¡Qué noche! —refunfuñó Daisy—. ¿Qué más ocurrirá ahora? Tras una vacilación, Mary sugirió:

—Puedes dormir conmigo si quieres, Julia, así no estarás sola.

—Diablos, no. Jamás fui asustadiza y no voy a empezar ahora.

—Caray, pues gritaste como si te cortaran a tiras —sonrió Daisy—. Si llegas a asustarte realmente...

—¡Claro que me asusté! Aquello me pilló tan de sorpresa... y desnuda, y... y después de lo que había contado Mary no supe dominarme.

—Está bien, cierra los postigos y veamos si podemos dormir lo que queda de noche —refunfuñó Daisy—. Tu llegada ha sido todo un acontecimiento, querida, pero estoy muerta de sueño.

Poco a poco, cada una volvió a su habitación. Tras un titubeo, «Satán» caminó en pos de Julia y se coló en su cuarto antes de que ella cerrara la puerta.

La muchacha se quedó mirándole titubeando.

—No sé quién se alegra más de que estés aquí, si tú o yo. Lo difícil será por la mañana... Miró con temor hacia la ventana, pero allí no había aparición alguna, sólo las tinieblas del exterior.

Fue a cerrar los postigos, y en aquel instante allá abajo, como luchando con la niebla, relampagueó el chispazo de unas luces.

Se quedó inmóvil, estremecida de nuevo, mientras a su lado el perro empezó a gruñir.

Las luces giraron a un lado, para acabar apagándose como luciérnagas muertas.

Tardó un poco en razonar con calma.

—¡Las luces de un coche! —murmuró en voz baja—. No podían ser otra cosa... Quitándose la bata se enfundó el pijama apresuradamente.

Apenas había terminado cuando allá abajo, en la desierta inmensidad del vestíbulo, retumbaron los aldabonazos en la puerta como si quien fuera que llamaba estuviera dispuesto a derribarla.

Capítulo IV

DE nuevo, las tres muchachas y el perro se reunieron en el pasillo.

—Vi las luces de un coche —explicó Julia—. Luego llamaron a la puerta...

—Parece como si el castillo se hubiera convertido en un hotel de moda.

Vieron a «Satán» saltar los peldaños y precipitarse hacia el vestíbulo. Cuando ellas descendieron, le vieron parado junto a la puerta, gruñendo con voz sorda, esperando.

—Parece que ya olvidó el susto...

Unos recios aldabonazos cortaron la voz de Daisy.

De alguna parte surgió Watkins, enfundado en una gruesa bata que le cubría hasta los pies. La oscura bata y su cabello revuelto, con su esquelético rostro lívido, tenían un aspecto más inquietante que cualquier aparición.

Se detuvo en el vestíbulo, junto a las jóvenes. Sacudió la cabeza lastimeramente y rezongó:

—Espero que no sean más invitados...

—Si abre la puerta lo sabremos, Watkins.

Él las miró de arriba abajo con un claro reproche en sus ojos tristes.

Vestidas sólo con sus pijamas, no eran precisamente un compendio de elegancia. Pero como compensación, cada una de ellas era una imagen sensualmente turbadora.

Watkins abrió la puerta al fin.

Ellas contuvieron el aliento. Casi esperaban ver entrar a cualquier aparición del otro mundo, después de cuanto había sucedido. Sólo que no fue así.

No entró nadie.

Watkins dio un paso vacilante para asomarse al exterior.

Entraba un aire frío y húmedo. El aire fue lo único que encontró.

Daisy no pudo contenerse por más tiempo.

—¿No hay nadie, Watkins?

—En absoluto, señorita.

—Entonces, ¿quién estuvo llamando?

Nadie tenía respuesta para semejante pregunta. Sólo Julia dijo:

—Yo vi las luces de un coche, estoy segura.

—Y oímos los aldabonazos, de acuerdo. Pero ahí fuera no hay nadie —monologó Daisy, tan asombrada como las demás—. Alguien debe haberse vuelto loco esta noche.

«Satán» había salido fuera del umbral. Levantaba la cabeza y parecía ventear el aire, tenso como un cable.

Mary le llamó, presa de una extraña congoja. Pensaba en lo que ella había visto y no pudo contener un suspiro cuando el perro obedeció a su llamada y entró, frotándose contra sus piernas.

Refunfuñando, Watkins se volvió:

—Es mejor que vuelvan a acostarse ustedes. Si alguien pretende burlarse de nosotros creo que llamaré al coronel.

Detrás de él, en la oscuridad del exterior, una sombra pareció desgajarse de la niebla. Mary la vio y sus dedos se aferraron al collar del perro. Boqueó sin voz y entonces Julia exclamó:

—¡Cuidado, Watkins!

El mayordomo giró sobre los pies, intrigado.

La sombra avanzó, como abriéndose paso en aquella masa gris, sólida y húmeda.

Y de repente el hombre se materializó en el umbral y en el primer instante nadie fue capaz de articular una palabra.

Daisy susurró:

—Al menos no es ninguna aparición del otro mundo.

Realmente, era difícil confundir al recién llegado con una aparición fantasmal. Ningún fantasma tiene un aspecto tan sólido como el desconocido.

Fue éste quien gruñó:

—Supongo que esto es Ullman Manor, ¿eh?

Watkins se irguió.

—Ciertamente, señor.

El hombre cerró la puerta tranquilamente. Era extraordinariamente alto y tenía hombros poderosos bajo una chaqueta deportiva. Una espesa cabellera negra coronaba una

cabeza que sostenía sobre un recio cuello que asomaba por encima de la camisa abierta que llevaba.

Unos leves ramalazos grises sobre las sienes delataban que ya no era tan joven como aparentaba.

—Habría lamentado equivocarse el camino. Me llamo John Torrance.

—¿Hemos de entender que se dirigía usted a Ullman Manor, señor Torrance? —le espetó Watkins, escandalizado.

—Ni más ni menos.

—¿A semejantes horas de la noche... señor?

—Bueno, eso se debe a los endemoniados caminos vecinales de Inglaterra. Y a la niebla, por supuesto. Me extravié dos veces antes de llegar aquí.

Sus ojos se iban solos hacia las tres hermosas muchachas. Les sonrió. Tenía una dentadura fuerte y brillante.

—¿Viven ustedes aquí?

Por toda respuesta, Watkins gruñó:

—Entiendo que tiene usted la pretensión de pasar la noche aquí, señor Torrance... —Bueno, ésa es mi idea por lo menos.

—Habrá que advertir al coronel...

La sola idea de sacar al coronel de la cama casi le ponía los pelos de punta.

«Satán» había dejado de gruñir, pero continuaba tenso y alerta, vigilando al desconocido sin despegarse de las piernas de Mary.

—Bien, llame usted a ese coronel de que acaba de hablar, amigo. Entretanto, quizá alguna de ustedes quiera decirme su nombre y así dejaremos de ser desconocidos. ¿Qué les parece?

Daisy rezongó:

—Tiene usted una desfachatez que asusta, señor Torrance.

—Llámeme John, preciosa. ¿Cómo puedo llamarla a usted?

—Daisy.

—Yo soy Julia —dijo ésta, riendo.

—Y yo Mary.

—Espléndido. Supongo que pertenecen a la familia.

—¿Qué familia?

Watkins había desaparecido.

Despreocupadamente, John Torrance se aproximó al perro. Tendió la mano y por un instante pareció que «Satán» iba a

engullirla de una dentellada. Luego, la olisqueó, resoplando.

Mary murmuró:

—Hasta el perro está chiflado esta noche. Se comporta de un modo extraño.

—Yo también tengo perros en casa, así que les conozco bien. Y volviendo a lo que hablábamos antes, imagino que su apellido es Fanshawe...

—¿Y qué con eso? —estalló Daisy.

Él se encogió de hombros.

Julia dijo:

—El mío no.

La miró con ojos entornados. Eran unos ojos grises, penetrantes y vivos como chispas.

—Así no perteneces al clan —comentó con evidente ironía.

—Oiga, ¿quién diablos es usted? —le espetó Daisy—. Aparte de un tipo con una cara muy dura quiero decir.

Él se echó a reír.

—Te vas a llevar una sorpresa, si te llamas Fanshawe —dijo tranquilamente.

—Ésta es la noche de las sorpresas.

—¿De veras?

—Se sorprendería si supiera las cosas que han ocurrido. Desde apariciones sobrenaturales, fantasmas y peleas del perro, hasta ruidos misteriosos. Todo un surtido. Mary exclamó de pronto:

—Suponiendo que él no tenga algo que ver en todo esto, Daisy.

—¿Tengo aspecto de gastar esta clase de bromas? Aunque imagino que están tomándome el pelo, ¿no es así?

Julia sacudió la cabeza.

—Le aseguro que lo que yo vi no era como para tomarlo a broma. Y Mary lo había visto antes.

—¿Qué fue lo que vieron, un tipo con el cuello cortado?

—No sea grosero. ¿Dónde aprendió modales, hombre? —le espetó Daisy.

Los recios y marciales pasos del coronel impidieron que él replicara.

La cara ceñuda del propietario del castillo no auguraba nada bueno cuando se detuvo delante del recién llegado.

—Me dice el mayordomo que se ha presentado usted aquí con la

pretensión de pasar la noche en el castillo, señor...

—Mi nombre es John Torrance. Usted debe de ser Marcus Fanshawe.

El rostro del coronel se congestionó.

—¡Soy el coronel Fanshawe, en efecto! Y que yo sepa mi casa no es un hotel, así que lamentándolo...

—No se precipite, señor.

—¿Qué?

Su voz semejó un rugido.

Sólo que por lo visto se necesitaba algo más que un rugido para impresionar a Torrance.

—Hice un largo viaje para llegar aquí, coronel. No me gustaría pasar la noche ahí fuera, en absoluto.

—Ése no es mi problema, sino el suyo. Nunca admití desconocidos bajo mi techo.

Algo relampagueó en la mirada gris del forastero. Algo que debiera haber advertido al viejo militar que bajo su apariencia despreocupada se escondía algo muy distinto.

—¿Es por eso que los arroja al jardín... para que les corten el cuello?

Las muchachas se quedaron sin aliento. La cara del coronel se puso más roja si eso era posible.

—¿Cómo se atreve a...?

—Hay un hombre degollado ahí fuera, señor. Eso es lo que deseo hacerle comprender. El coronel Fanshawe se quedó mirándole boquiabierto.

John Torrance no esperó su réplica y añadió:

—Me pareció ver un bulto cuando lo alumbró la luz de los faros del coche. Por eso fui a dar un vistazo... y allí estaba.

—¿Dónde?

—Junto a la esquina, bajo ese ventanal en el que hay una pequeña luz encendida.

—¡El salón! —exclamó Daisy.

—¡Me niego a creer semejante barbaridad! —estalló el coronel, ahogándose de ira—. No comprendo qué se propone usted, pero sea lo que sea...

Sin alterarse, Torrance le interrumpió:

—El hecho de que se niegue a creerlo no impedirá que ese

desgraciado esté enfriándose ahí fuera, señor.

Marcus Fanshawe parecía a punto de estallar. No recordaba que nunca nadie le hubiera hablado en aquel tono.

Más práctica, Daisy sugirió:

—Quizá fuera conveniente que salieras a comprobarlo, tío... Recuerda la sangre en el hocico de «Satán».

—¿Qué... qué...?

—A ese hombre no lo mató un perro, señorita. Tal vez el animal lo descubriera y al acercarse se manchó el morro de sangre, pero el crimen fue cometido con un cuchillo sin ninguna duda.

Bruscamente, el coronel se dirigió a la puerta.

—Usted, venga conmigo —dijo a Torrance—, vamos a aclarar eso de una vez. Vosotras esperad aquí.

Con un breve encogimiento de hombros, John Torrance le siguió.

Julia murmuró:

—Ese hombre puede estar en lo cierto en lo que respecta a la sangre del perro... y explicaría también sus aullidos cuando descubrió al muerto.

—¡Un asesinato, por si algo faltaba! —bufó Daisy, estremeciéndose—. El diablo anda suelto esta noche.

En el exterior resonó de nuevo un largo aullido del perro, que había seguido a su amo sin vacilar. Las muchachas no pudieron evitar un escalofrío.

Esforzándose por dar a su voz un tono despreocupado, Daisy comentó:

—Y tú que decías que era aburrido vivir aquí. No te quejarás por falta de emociones, Julia querida.

—Preferiría aburrirme, lo creas o no.

Daisy sonrió. Iba a replicar, cuando, en alguna parte, retumbó aquel extraño crujido.

Las tres se miraron, intrigadas.

Julia exclamó:

—¡Es lo que oímos antes!

—En el sótano, sin duda. Nunca antes lo había oído. ¿Y tú, Mary?

Ésta sacudió la cabeza. Estaba lívida.

—¿Qué... qué crees que es, Daisy?

—No me lo preguntes. Un poco más y hasta sería capaz de creer en fantasmas.

—Los fantasmas no harían tanto ruido —murmuró Julia, pensativa—. Eso parece el roce de una gran roca.

—Se lo diremos al tío Marcus cuando regrese. Quizá él sepa si hay algo en el sótano que pueda moverse... quizá por una corriente de aire o algo así. Los ventanucos que dan al jardín no tienen postigos, sólo rejas.

—¿Ventanas en un sótano?

—Julia, son tragaluces a la altura del techo, sólo eso.

—Entiendo.

Oyeron las voces de los hombres acercándose, y un instante después, Torrance y el coronel, seguidos por el perrazo, entraron cerrando la puerta a sus espaldas.

El coronel refunfuñó:

—Le repito que no tenía usted derecho a registrar las ropas del cadáver, señor. A la policía no le gustará nada cuando lo sepa.

John Torrance mostró lo que llevaba en la mano.

—Era la única manera de saber de quién se trataba. Además, me sorprende mucho que sólo llevara encima un pasaporte por toda documentación.

Mary balbuceó:

—Así que es cierto...

No le hicieron ningún caso. Los dos hombres se miraban como gallos de pelea.

Al fin, dando un vistazo al pasaporte que tenía en la mano, Torrance monologó:

—Horace Preston, norteamericano. Es sorprendente que haya venido a hacerse matar aquí.

—¿No lo es usted también acaso?

Torrance sonrió.

—Ciertamente, señor, soy súbdito de los Estados Unidos, pero no creo que eso me convierta en asesino de mi compatriota. Imagino que habrá millares de americanos en Inglaterra. Y ahora, ¿qué le parece si llamásemos a la policía?

De nuevo el rostro del coronel se congestionó. Era intolerable que un forastero viniera a ordenarle lo que debía hacer.

Se contuvo, quizá debido a la presencia de las muchachas, y sin

una palabra giró sobre los talones y se dirigió al salón.

Los demás le siguieron sólo un instante después, sin hablar, como si se hubieran puesto de acuerdo por telepatía.

Vieron al coronel hablar por teléfono con sus maneras bruscas, como si estuviera dando órdenes en el cuartel. Luego colgó y se pasó la mano por la cara. Parecía más viejo que unos minutos antes.

—Vendrán enseguida..., aunque eso es relativo. Hay casi veinte millas desde Stonhaven hasta aquí, y con niebla... ¿Dónde está ese pasaporte, señor?

Torrance se lo tendió. El coronel estuvo examinándolo unos instantes. Gruñó algo entre dientes y acabó guardándolo en un bolsillo.

—Lo entregaré al sargento cuando llegue.

Daisy carraspeó hasta que el viejo militar pareció descubrir su presencia. Entonces la muchacha sugirió:

—Dadas las circunstancias, tío Marcus, el señor Torrance debería quedarse esta noche, ¿no te parece?

—Por supuesto, la policía querrá hablar con él. Daré instrucciones a Watkins al respecto.

Salió del salón sin pronunciar una palabra más.

Torrance no ocultó una sonrisa irónica cuando dijo:

—¿Nadie le ha advertido nunca de que no está en el cuartel?

Mary hizo una mueca de disgusto, pero Daisy se echó a reír.

—Lo sabe, pero se empeña en ignorarlo. Y ahora, ¿qué tal si nos dice quién es usted realmente?

Torrance revolvió las brasas de la chimenea. Sin volverse comentó:

—La curiosidad mató al gato... Bien, para tranquilizarlas, les diré que pertenezco al cuerpo diplomático de mi país, aunque no ejerzo en estos momentos. Podríamos decir que soy un simple turista recorriendo la tierra de mis antepasados.

—Eso no nos aclara nada.

Él se volvió, con aquella sonrisa entre burlona y condescendiente.

—¿No es suficiente garantía saber que soy un estirado diplomático?

Julia acababa de encender un cigarrillo y comentó:

—Diplomático, no sé..., Pero lo que realmente parece usted es

un *bon vivant*, señor Torrance.

—Oh, por supuesto que me gusta vivir bien, pero eso es algo que podría decirse de la inmensa mayoría de las gentes. Y ahora, ¿qué les parece si alguna de ustedes me contase todos esos misterios de que hablaron antes? Eso de los aparecidos, ruidos y cosas así... Julia suspiró.

—Usted lo toma a broma —se quejó.

—Le aseguro que no, a pesar de que pueda parecer lo contrario.

Mary dijo entre dientes:

—Cuéntaselo tú, Julia.

Ésta se encogió de hombros y en pocas palabras refirió su espeluznante visión, así como lo sucedido en la puerta con Mary y el perro.

Torrance escuchaba con reconcentrada atención, como si realmente todo aquello le interesara mucho más de lo que cabía esperar.

—¿Y los ruidos? —indagó.

—Eso es otro misterio. Resuenan en el sótano, donde no hay nada más que polvo, telarañas y trastos inservibles —explicó Daisy a su vez.

—¿Qué clase de ruido es el que oyen?

—En realidad, parece el crujido de piedras desplazándose o algo así.

—¿Y qué hay en ese sótano, además de trastos inservibles?

—Nada, ya se lo dije. En la época primitiva del castillo fueron las mazmorras. Aún quedan restos de las rejas y argollas, pero con el tiempo se han convertido en almacén de trastos viejos y antiguos que nadie se atreve a tirar a la basura.

—Sí que resulta curioso...

—Eso es decir poco —se estremeció Julia—. Y sólo faltaba lo de ese crimen en el jardín... Horrible.

—Ese crimen no fue cometido por un fantasma, Julia. ¿No me dijeron que te llamas así? —Julia Barclay. Vivo en Londres y ésta es mi primera experiencia con un medio rural, por llamarla de alguna manera. Todo un éxito.

Daisy se echó a reír. Torrance la observó unos instantes y cuando iba a replicar Watkins asomó por la puerta.

—Cuando desee retirarse, su habitación está preparada, señor.

—Excelente, amigo.

Watkins titubeó un instante mirando a las muchachas. Luego, como a regañadientes, añadió:

—La única habitación disponible en esta área del castillo era la grande al final del pasillo... Si quiere seguirme, señor Torrance...

Éste asintió. Se despidió de las jóvenes con desparpajo, acarició las orejas del perrazo tendido delante de la chimenea, y desapareció en pos del mayordomo.

Julia dijo, pensativa:

—Es un tipo muy seguro de sí mismo, ¿no te parece, Daisy?

—Demasiado. Pero lo creas o no, me alegro de que esté aquí.

Mary dio un respingo.

—¿Por qué? No sabemos nada de él.

—Por lo menos, es un hombre fuerte y resuelto.

Julia sonrió.

—Esperemos que no lo sea demasiado. ¿Vámonos a la cama?

Asintieron y el perro quedó solo, dormitando al calor de la lumbre.

Una vez más, el silencio cayó sobre el castillo, sólido, denso como una mortaja.

Sin embargo, la noche aún no había terminado.

Capítulo V

EL coche se detuvo poco antes del portón de entrada. Los faros se apagaron y la oscuridad hizo más densa aún la niebla.

Un hombre alto se apeó del vehículo. Sus pasos no fueron muy seguros cuando se aproximó a la verja abierta. Se quedó unos instantes allí, como dudando. Le asombraba que el gran portón estuviera abierto de par en par.

No había visitado jamás el castillo, pero estaba harto de verlo en sus paseos por el campo, así que conocía la topografía del lugar.

Se balanceó sobre las piernas. Temió que no pudieran sostenerle y una vez más pensó que debiera haber buscado ayuda en el pueblo... debiera haber acudido a la policía.

Pero era urgente que viera al coronel...

No se atrevió a conducir el coche por el parque, con toda aquella niebla. Se exponía a estrellarse contra las fuentes, o los arbustos, o cualquiera sabe qué. De modo que echó a andar a trompicones, gimoteando entre dientes.

Se detuvo un par de veces porque las piernas apenas le sostenían. Todo su cuerpo era un silencioso alarido de dolor. Estaba seguro de tener rotas la mitad de las costillas, y el rostro le dolía como el infierno...

Una pesadilla estúpida y absurda. Pero el coronel debía saberlo... cuanto antes hablase con él mejor. Y hasta quizá le recompensase, aunque eso último, sabiendo lo tacaño que era el viejo Fanshawe, no parecía muy probable.

Dio un traspie y cayó de rodillas. Gimoteó, todo él una masa de dolor. Estuvo casi un minuto caído allí, jadeando, gimoteando entre dientes. Luego, con un esfuerzo terrible, consiguió levantarse y continuó su dolorosa travesía del sombrío parque anegado por la niebla.

Al fin, no sabía cuánto tiempo más tarde, descubrió una débil

luz entre los árboles centenarios. Era apenas una mancha amarillenta entre la espesa bruma, pero que servía de guía en aquella oscuridad casi sólida.

Con la mirada fija en aquel punto de esperanza caminó igual que un borracho, braceando contra el mar de niebla que flotaba, viscosa, húmeda, moviéndose a impulsos del aire.

Al fin descubrió que la luz procedía de un ventanal cubierto por un cortinaje. Era extraño que hubieran dejado encendida una luz a semejantes horas de la noche.

Le castañeteaban los dientes cuando se detuvo al pie de la ventana, balanceándose sobre los pies, al borde del agotamiento.

Le pareció que al otro lado de la ventana sonaba un bronco gruñido. Debía haber un perro allí, pero eso maldito si le preocupaba. Intentaba orientarse para llegar a la puerta, cuando sus pies se enredaron con un blando obstáculo y con un grito inarticulado cayó de bruces.

Gimoteó, lleno de dolor. Con esfuerzo logró incorporarse de rodillas, y entonces vio el cuerpo en el suelo, junto a él. El cuerpo con la cabeza casi separada del tronco por una salvaje cuchillada.

Soltó un ahogado grito y retrocedió a rastras creyendo que estaba siendo víctima de una pesadilla. Sólo que el cadáver estaba allí, casi decapitado. Los ojos inmensamente abiertos y cristalinos de la cabeza parecían mirarle.

Se levantó apoyándose en la pared. Ahora ni siquiera notaba la aguda intensidad del dolor, sumergido en el pánico.

En la ventana, un perro emitió un sordo ladrido y los cortinajes se agitaron.

El hombre jadeaba como un fuelle. Tenía que encontrar la puerta, tenía que huir de aquella visión aterradora, tenía que pedir ayuda, tenía...

Lo vio cuando dio la vuelta para quedar de espaldas al cadáver, y una vez más el espanto le paralizó, aunque esta vez el espanto se trocó en horror, un horror paralizante que le clavaba contra el muro igual que un insecto ensartado por una aguja gigante.

Aquello no podía estar allí.

Ni siquiera podía existir algo tan pavoroso. Era casi una náusea hecha espantosos jirones.

El espectro avanzó y el hombre supo que sí había «algo»

moviéndose en su dirección.

Algo que no podía pertenecer a este mundo, porque parecía flotar en la niebla, y las cuencas óseas y vacías tenían un fulgor demoníaco que le paralizaba...

La horrenda imagen levantó los brazos poco a poco. El hombre boqueó. Quería gritar, aullarle a la noche su pánico y su mortal angustia.

Vio las garras descarnadas ceñirse cerca de su garganta... y sólo entonces la voz acudió a su angustiada llamada. Emitió un alarido agudo como el filo de un cuchillo, largo, lacerante.

Las zarpas se cerraron en torno a su cuello. Le pareció que le ceñían un dogal de fuego..., el fuego que le abrasaba..., que ardía hasta la última de las fibras sensibles de su cuerpo. El terrible alarido murió con aquel fuego del infierno que le abrasaba, implacable como la muerte.

* * *

Julia pegó un brinco y quedó sentada en la cama, mirando a su alrededor y preguntándose si habría sido víctima de una pesadilla.

Oyó abrirse una puerta en el castillo y corrió ella también hacia la suya.

Daisy estaba asombrada, con cara de sueño y una mirada asustada en sus ojos profundos y oscuros.

—¿Tú también lo oíste? —jadeó.

Daisy asintió.

Entonces, en el salón, el perro empezó a ladrar desaforadamente.

Julia salió y en el mismo instante Mary apareció también en la puerta de su dormitorio.

—¿Qué pasa ahora? —balbuceó, arrebujándose en una bata.

—¿Oíste el grito?

—No... sólo ese alboroto de «Satán».

—Alguien gritó de un modo horrible —dijo Julia—. Estoy segura de haberlo oído.

Al fondo del pasillo una puerta rechinó, y al volverse vieron a John Torrance atándose el cinturón de una bata. Por debajo de ésta asomaban los pantalones del pijama.

—Bueno, ¿qué alboroto es éste? —rezongó—. El perro parece haberse vuelto loco.

Daisy le espetó:

—¿No oyó gritar a alguien?

—En absoluto. Estaba dormido como un tronco hasta que el perro me despertó. ¿Quién dices que ha gritado?

—No lo sé... Me pareció como si fuera en el jardín, pero junto a las paredes, de lo contrario no lo habríamos oído.

—¿Alguien más lo oyó?

—Yo —dijo Julia—. Me hizo dar un salto en la cama. Era un grito terrible...

Torrance titubeó. Luego dijo:

—Iré a dar un vistazo. Entretanto alguien debería calmar a ese condenado perro.

Le siguieron escaleras abajo.

Antes que llegaran al vestíbulo, el coronel apareció seguido del mayordomo, los dos soñolientos, con el cabello revuelto.

El viejo Fanshawe barbotó lleno de ira:

—¡Ese maldito animal! ¿Por qué lo dejaron dentro de la casa?

Daisy dijo al llegar a su lado:

—No es sólo el perro, tío. Alguien gritó antes ahí fuera.

—¿Quién va a gritar a estas horas? Son casi las cinco de la madrugada.

—Yo también lo oí, coronel —terció Julia—. Fue un grito espantoso que me despertó. —Tendrías pesadillas.

Torrance gruñó:

—De cualquier modo iré a echar un vistazo. Ya hay un cadáver ahí fuera, y la policía todavía no ha aparecido. Empiezo a pensar que se toman las cosas con mucha calma en este país...

El coronel le dirigió una iracunda mirada, pero Torrance ya estaba recorriendo los cerrojos. Cuando abrió la puerta, el viento empujó un jirón de niebla que por un instante pareció enroscarse en sus piernas.

Torrance desapareció, y en aquel instante «Satán» cruzó el vestíbulo como una bala, embistió la niebla que llenaba el portal y también desapareció allá fuera.

Julia estaba temblando, cubierta sólo por el delgado pijama.

—¿Imaginas quién puede haber gritado de ese modo, Daisy?

—Ni remotamente.

Watkins abrió un arcón adosado a la pared y sacó una potente linterna eléctrica. Dijo, no muy resuelto:

—Creo que saldré, coronel. Ese hombre puede necesitar la luz si es que realmente encuentra algo.

—Trae, saldré yo.

El coronel le arrebató la lámpara y se dirigió apresuradamente a la salida.

Casi tropezó con Torrance, que se disponía a entrar. Su rostro no conservaba ni rastro de aquella característica expresión irónica habitual en él.

—Espere un minuto —gruñó el americano—. Hay otro cadáver junto al primero.

—¿Qué?

—Ya lo oyó. Lo malo es el modo cómo le han matado.

—¿Qué infiernos...?

Le interrumpió un largo y prolongado aullido del perro, que retumbó entre la niebla, lúgubre, estremecedor en aquellas circunstancias.

Desde lo alto de la escalera, la voz de Flanagan indagó:

—¿Qué ocurre ahí abajo?

Se volvieron. El matrimonio y sus dos hijos, arrebujaados en sus batas de noche, habían aparecido procedentes del ala norte del edificio.

Con un resoplido despectivo, el coronel se precipitó al exterior. Torrance apartó la mirada de toda aquella gente que no conocía y le siguió.

«Satán» estaba sentado sobre sus cuartos traseros, como custodiando el cadáver del hombre alto. El coronel dirigió la luz hacia él y no pudo contener una exclamación de estupor.

Torrance gruñó:

—Es como si le hubieran estrangulado con una argolla de hierro al rojo vivo. Tiene toda la garganta abrasada, coronel.

—No comprendo... No comprendo nada de lo que está sucediendo.

—¿Conocía usted a ese hombre, señor?

—Sí... creo que sí. Tenía algún cargo oficial en Stonhaven. No recuerdo exactamente cuál; pero no me cabe duda de que alguna vez tuve tratos con él.

—Pues ha sido toda una hazaña venir a hacerse matar aquí, a estas horas y de un modo tan horrible. Nunca había visto nada

igual.

El coronel le miró de mala manera.

—¿Ha visto usted muchos hombres asesinados acaso?

Torrance le sostuvo la mirada.

—Algunos —dijo suavemente—. Quizá más de los que hubiese querido. Pero ninguno como ése.

—¿Pretende impresionarme?

Torrance se encogió de hombros.

—Lo que me sorprende es que llegara a pie, porque no se ve ningún coche cerca, excepto el mío. Aunque quizá lo dejó en el camino debido a la niebla...

El apagado sonido de un claxon le interrumpió. Vieron aparecer la difusa luz de unos faros abriéndose paso con dificultad por aquel mar gris que envolvía la tierra, y un minuto más tarde un viejo Hillman se detuvo al lado de la entrada.

El coronel y Torrance llegaron junto al coche cuando tres hombres de uniforme se apeaban de él. Uno de ellos, corpulento y de cara sonrosada, lucía los galones de sargento.

Hubo unos saludos respetuosos por parte de los policías. Era evidente que la personalidad del coronel tenía un gran ascendiente en la comarca, pero Torrance pensó que aquellos hombres no parecían precisamente los más idóneos para resolver el sangriento misterio.

En la puerta, heladas de frío, las muchachas se habían asomado y la mirada de Torrance se desvió para fijarse en Julia con insistencia.

El coronel estaba relatando al sargento las circunstancias que les habían llevado a descubrir los dos cadáveres. Los policías, desconcertados, no atinaban a formular un sólo comentario.

—Tengo el pasaporte del primer cadáver que encontramos —dijo Fanshawe, ceñudo—. Es, o era un norteamericano. El otro espero que usted pueda identificarlo, sargento, porque sin duda era un vecino de Stonhaven.

—¿Está seguro?

—Véalo usted mismo.

Les guió hacia la esquina. Torrance buscó en los bolsillos de la bata y acabó encontrando un paquete de cigarrillos. Casi empujó a las muchachas al interior, y allí les ofreció tabaco y él encendió un

pitillo.

Sus ojos agudos escudriñaban el vacío vestíbulo.

—¿Quiénes eran todos esos personajes que han aparecido en lo alto de la escalera? —preguntó de pronto.

—Los Flanagan. Unos parientes a los que nosotras ni siquiera conocíamos.

—¿Flanagan?

—Ella es hermana del coronel. Se llama Jana Fanshawe.

Un relámpago pareció cruzar por las grises pupilas de Torrance. Hubo un silencio, y así pudieron oír las voces quedas en el salón.

—Deben haber buscado el calor de la lumbre, si aún estaba encendida. ¿Por qué no vais a reuniros con ellos? Yo saldré a ver cómo trabajan los policías ingleses.

Un tanto desconcertadas, las muchachas obedecieron. Torrance se quedó aún en el vestíbulo unos instantes. Tenía el ceño fruncido y ahora que no había nadie que pudiera observarle no ocultaba un gesto de profunda preocupación.

Justo mientras permanecía inmóvil, pensativo, bajo sus pies se produjo aquel seco crujido que tanto había alarmado a las muchachas.

Torrance dio un respingo y aguzó el oído, pero ya no oyó nada más. Mientras se dirigía a la puerta era un hombre muy distinto del que aparentaba unos minutos antes.

Capítulo VI

JULIA se tendió en la cama y cubriéndose con las sábanas se quedó inmóvil, de cara al techo, pasando mentalmente revista a todas las aterradoras experiencias vividas desde que llegara al castillo.

El coronel y los policías, así como Torrance, se habían quedado en el salón y a ellas las habían enviado a la cama, después de librarse también de toda la familia Flanagan.

Ésos eran otro misterio, pensó. Había aparecido justamente en los peores momentos, y los continuos desprecios del coronel no parecía que les afectaran en exceso. ¿Por qué? Todos ellos eran una familia muy rara, siguió reflexionando, en espera de que el sueño acudiera a su llamada.

Se ladeó perezosamente.

En la ventana, aquella masa informe, grisácea, estaba mirándola con sus huecas pupilas de fuego.

Dio un salto y un alarido todo a un tiempo, retrocediendo hacia la puerta con pasos torpes.

Tras ella la puerta se abrió de golpe, y al volverse cayó en los brazos de John Torrance.

—Te oí gritar...

—¡Allí, mira...!

Él miró y, por un instante, creyó que sus ojos le jugaban una mala pasada. Desprendiéndose de la muchacha gruñó:

—Sea lo que sea debe tratarse de un truco...

En dos saltos estuvo junto a la ventana. Julia chilló:

—¡No abras, por favor, no...!

Pero allá fuera ya no había nada.

Nadie.

Torrance abrió resueltamente, asomándose con medio cuerpo fuera del alféizar. La niebla entró como una lenta serpiente antes de que él cerrara de nuevo la ventana. Quedaron mirándose

asombrados. Ella susurró:

—Estaba allí, ¿no es cierto? No era una alucinación...

—En todo caso los dos hemos alucinado al mismo tiempo.

—¿Viste... sus ojos?

Él se estremeció.

—Sí, pero eso puede ser un efecto producido por cualquier artificio. Lo que no entiendo es cómo desapareció en menos de un segundo.

—Pero no es ningún truco, John... y tampoco es la primera vez que lo veo. Y Mary lo vio en la entrada, y hasta el perro se puso a temblar. Es algo sobrenatural, créeme.

—¿Quieres decir que es un fantasma?

—Fantasma o no, estoy segura que no se trata de ningún truco. Además, no tendría objeto que lo emplearan para asustarme a mí...

La habitación se había enfriado al abrir la ventana. Un escalofrío sacudió el cuerpo de la muchacha, que cruzó los brazos sobre los puntiagudos pechos que el pijama luchaba por disimular.

Los ojos escrutadores de Torrance la observaban, aprobadores.

Sonrió y dijo:

—Cerrando los postigos no tendrás nada que temer. Nadie podrá espiarte desde la ventana.

Lo hizo, y al volverse descubrió que Julia se había deslizado entre las sábanas cautelosamente.

—¿De qué tienes miedo, de eso que viste o de mí? —preguntó con ironía.

—Habría de pensarlo... ¿Cómo llegaste tan a tiempo?

—Me dirigía a mi cuarto cuando oí tu grito. ¿Quieres quedarte sola ahora, o podemos hablar un poco?

—¿De qué?

Él fue a sentarse en el borde del lecho. Sus ojos, casi acariciadores ahora, se fijaron en la silueta turbadora de la muchacha que la sábana parecía moldear.

—Si no dejas de mirarme de ese modo empezaré a gritar otra vez —le advirtió Julia.

—Es una delicia verte, por supuesto... Pero es de otras cosas que quisiera hablar contigo. —¿De qué otras cosas? Eres un tipo muy raro, John Torrance. Estoy intrigada desde que llegaste de un modo tan sorprendente.

Él sonrió.

—Eso me halaga. ¿De veras no tienes sueño?

—No podría pegar un ojo después de todo lo sucedido. ¡Qué noche! ¡Y yo que pensaba que sería éste un fin de semana aburrido...!

—Entonces, hablemos. ¿Es cierto que tus amigas ni siquiera conocían a los Flanagan cuando llegaron aquí?

—Completamente. Y por lo que vi, su llegada le sentó al coronel como una patada en la espinilla.

—Sigue...

—Bueno, no se trataban desde hacía muchos años.

Debió ocurrir algo que distanció a la familia Fanshawe. Incluso otro hermano tuvo que emigrar a América, allá por los años veinte.

Él cabeceó. Dijo hablando entre dientes:

—Eso ya lo sé. Robert Fanshawe era mi padre.

Julia se quedó boquiabierta.

—¡Pero tú te llamas Torrance...! Oh, ya entiendo, es un nombre falso.

—No. Es el apellido de mi madre, y ésa es otra historia que le echaré en cara al coronel cuando llegue el momento. Pero ahora es otra cosa la que quiero saber. ¿Recuerdas el momento de la llegada de los Flanagan?

—Por supuesto.

—Cuando aparecieron aquí, según tengo entendido, ya habíais descubierto la sangre en el hocico del perro. ¿Es cierto eso, o fue después?

—Antes. ¿Por qué?

Él no replicó. Había una expresión sombría en su rostro que no tenía nada que ver con su habitual buen humor.

—Otra cosa —dijo—. ¿No cierran la verja de entrada por las noches?

—Ése es otro misterio. Daisy asegura que Watkins la cierra cada tarde. Entonces dejan suelto el perro para que vigile. Sin embargo, los Flanagan aseguran que la encontraron abierta de par en par.

—Yo también la hallé abierta. Y así la dejé.

—Espera un momento, Torrance, o como te llames. ¿A qué viene este interrogatorio? Sería más lógico que preguntaras a Daisy, o a Mary, si quieres saber cosas de esta familia. Si es cierto lo que

dijiste ellas son primas tuyas, y yo sólo una extraña.

De nuevo apareció la sonrisa en la cara de John Torrance.

—Una extraña endiabladamente bonita —dijo—. No puedo enamorarme de una prima me parece a mí.

—¿De qué estás hablando?

—De ti.

—No equivoques el camino, Torrance. Me disgusta que quieran tomarme el pelo.

—Yo nunca haría eso... en ningún caso.

Se inclinó poco a poco y Julia desorbitó los ojos. Iba a protestar, pero de repente los labios de él cayeron sobre los suyos y todo se confundió en sus sensaciones.

Pensó que tenía que abofetearle, rechazarlo violentamente. Tenía que echarlo de su cuarto y decirle cuatro verdades...

Pensó infinidad de cosas y no hizo ninguna de ellas, porque aquella boca parecía poseerla con un poder capaz de adueñarse de su voluntad.

Era una sensación tierna y dulce que se desparramaba por todo su cuerpo llenándola de bienestar. Sin advertirlo, levantó los brazos y se apretó contra él, contra aquel cuerpo duro que amenazaba aplastarla con su peso...

Nunca había experimentado una sensación semejante. Cierto que la habían besado algunas veces, pero jamás había sido como ahora. Ese fuego líquido derramándose en oleadas, culebreando por cada fibra de su cuerpo...

Bruscamente, él la soltó, irguiéndose de un salto.

Julia se quedó mirándole atónita.

Él gruñó:

—No hables...

—¿Qué te pasa?

—Hay alguien en la ventana.

Ella se mordió los labios y giró la cabeza. Los postigos seguían cerrados, pero entonces oyó el extraño roce al otro lado, como si alguien luchara por abrirlos.

Contuvo el aliento para no gritar. Vio a Torrance hundir la mano debajo de la bata y empuñar un feo revólver de cañón corto. Luego, el hombre avanzó cautelosamente hacia el ventanal.

Julia hubiera querido gritarle que no lo hiciera. Que no se

acercara allí, porque estaba segura de que era aquel espanto sin nombre lo que se agazapaba al otro lado de aquellas maderas...

Oyó el chasquido del percutor cuando él lo levantó. Tras esto alargó la mano y de un tirón abrió los postigos.

Julia soltó un quejido.

La cara descarnada, con jirones de piel purulenta y las pupilas infernales estaba allí, al otro lado de los cristales, mirándola desde el horror que significaba.

Vio cómo movía las quijadas donde bailoteaban los dientes carcomidos y desiguales. Vio aquella mueca obscena y entonces Torrance disparó sin titubear.

El proyectil le pegó en los dientes. Los vio saltar en pedazos antes de que la pesadilla se esfumara en el aire y la niebla como si jamás hubiera existido.

El tintineo de los cristales rotos seguía sonando aún y de la aparición no quedaba ya el menor rastro, como si jamás hubiera existido.

Torrance abrió la ventana. No había nada allá fuera.

Nadie.

La puerta se abrió de golpe y Daisy apareció, el rostro desencajado. Tras ella Mary exclamó:

—¡Julia...!

Torrance cerró la ventana, volviéndose. Las dos muchachas miraron asustadas el revólver que empuñaba antes de fijar los ojos en la cara tensa del hombre.

—Ya pasó...

Se oían pasos precipitados, y los ladridos furiosos del perro en el exterior. Unos instantes después, el policía que se había quedado vigilando hasta que fueran retirados los dos cadáveres, apareció jadeando, asustado.

La voz del coronel retumbaba también, y las de alguien más que inquiría a gritos qué estaba sucediendo.

Durante unos minutos todo fue confusión en el pasillo y la puerta del cuarto. Al fin, la voz del coronel se impuso con un rugido y señalando a Torrance barbotó:

—¡Es intolerable su osadía! ¿Entiende, señor? ¡Venir a mi casa armado, y disparar sin más ni más...! —Volviéndose hacia el atribulado policía añadió—: ¡Exijo que detenga a ese hombre,

agente!

El joven policía volvió a dar un vistazo al poderoso revólver y después miró la cara sombría del hombre que lo empuñaba.

Torrance le libró del compromiso.

—Soy diplomático y poseo licencia para llevar esta arma, agente. Y no la dispararé por el placer de hacer ruido. Sería mejor que se ocupara de registrar el jardín, debajo de esta ventana. Quiero ver lo que encuentra usted.

Los Flanagan estiraban el cuello desde el pasillo. Hubo un silencio, que de nuevo rompió el coronel.

—En mi casa sólo yo dispongo lo que debe hacerse, señor Torrance. Está amaneciendo, de modo que espero que tan pronto se haya vestido nos libre de su presencia.

Julia contuvo la respiración. No podía apartar la mirada del hombre que la había hecho vibrar con aquel beso delirante y posesivo.

Torrance sacudió la cabeza.

—Voy a vestirme, pero no para marcharme. Todavía no, señor. Antes quiero averiguar un par de cosas, entre ellas, por qué alguien, sobrenatural o no, acosa a Julia esta noche. Se abrió paso dirigiéndose a su cuarto. Hubo un murmullo de asombro y Julia dijo: —Quisiera vestirme yo también..., por favor.

El coronel carraspeó. Luego, girando militarmente sobre los talones, salió cerrando la puerta.

Mary y su prima se quedaron en la habitación. Julia saltó de la cama despojándose del pijama sin titubeos.

Su bellissimo cuerpo resplandeció, desnudo y pletórico ante las miradas irónicas de Daisy, que comentó:

—Si yo fuera lesbiana...

—No digas sandeces.

—Oye, cariño, ¿qué hacía en tu dormitorio ese atractivo diplomático? Y armado con un revólver... ¿Te amenazó con él para violarte o qué?

—Estás loca...

Mary hizo un gesto de fastidio.

—Deja de decir tonterías. ¿Qué sucedió, Julia?

—Es cierto que él estaba aquí... —empezó a vestirse con gestos bruscos—. Había entrado hace ya mucho rato... cuando me oyó

gritar.

—¿Qué?

—No lo entiendes. Esa cosa horrible estaba en mi ventana y grité justo cuando Torrance se dirigía a su habitación. Entró y él también tuvo tiempo de verlo antes de que desapareciese. Cerró los postigos y estuvimos hablando...

Daisy hizo un ruido burlón con los labios apretados. Después dijo:

—Apuesto que podría adivinar el tema de conversación...

—¿Quieres saberlo todo? —la desafió Julia sonriendo con ironía—. Estábamos besándonos cuando él oyó un roce en la ventana, como si trataran de forzarla. —Lástima...

—No te burles. Fue entonces que vi ese revólver en su mano. Abrió los postigos de golpe... y allá estaba otra vez ese monstruo, mirándome... sólo me miraba a mí, como si Torrance no existiera. Y él disparó, y...

—¿Y qué?

—Le acertó. Saltaron dientes y pedazos de hueso... y se esfumó. Las dos muchachas se miraron asombradas.

Mary susurró:

—Fue una suerte que estuviera Torrance contigo. De todos modos, ¿por qué sólo tú ves esa aparición?

—¡Pero tú también lo viste abajo, cuando abriste la puerta!

—Sólo estaba allí, Julia. No me espiaba a mí en particular. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Claro...

Fuera se oían las voces de los hombres. Luego, los pasos de todos ellos alejándose hacia las escaleras.

Julia acabó de vestirse con unos pantalones ajustados y decidió:

—Voy a bajar. Creo que sé lo que Torrance se propone hacer.

—¡Espera un minuto! —chilló Daisy—. Danos tiempo a vestarnos...

Echaron a correr. Tras una temerosa mirada a la ventana, Julia salió al pasillo. Minutos más tarde las tres descendían rápidamente sin ocuparse de las mujeres de la familia Flanagan que, desconcertadas, estaban en la entrada del salón esperando que alguien les explicara lo que estaba sucediendo...

Los hombres y el perro se hallaban agrupados al pie del colosal

muro de piedra. Sólo Torrance y el policía, que sostenía una linterna eléctrica, se movían con cautela, agazapados.

Torrance caminaba despacio, en círculos cada vez más amplios.

Julia se acercó al perrazo y le acarició las tiesas orejas.

—Si pudieras hablar, amiguito —susurró.

El perro levantó la cabeza, mirándola jadeando con la lengua colgando. Ella lo mantuvo a su lado todo el tiempo, notando la seguridad que aquella cercanía le inspiraba.

Vio detenerse al americano, tomar algo del suelo y proseguir la búsqueda. Así tres o cuatro veces, en medio del espeso silencio de todo el grupo.

Flanagan y su hijo Lester observaban intrigados. El policía murmuró algo y Torrance asintió.

Daisy dijo con voz queda:

—Apuesto que no esperabas todas estas emociones, primo.

Lester miró de soslayo a su padre.

—Por supuesto que no. Las únicas emociones que yo imaginaba se relacionaban con el recibimiento de tío Marcus, por lo que me habían contado de él.

Torrance y el policía dieron por finalizada la búsqueda.

Entonces, sobre un pañuelo, todos pudieron ver los hallazgos del diplomático.

Unos dientes rotos, carcomidos, y dos pedazos de hueso astillados.

—Apuesto que son realmente dientes humanos —dijo Torrance, ceñudo—. Y esos huesos, parte del cráneo al que le disparé. Lo que me gustaría saber es cuánto tiempo hace que su propietario murió.

—Eso podremos saberlo fácilmente —dijo el policía—. El doctor Vander posee un buen laboratorio y es muy competente.

—Entonces, llévele estos despojos cuanto antes. Yo vigilaré aquí entretanto, y le aseguro que lo haré con más efectividad que usted, que ni siquiera está armado.

—No sé si debo...

Torrance insistió.

—Después de todo, sólo se trata de custodiar dos cadáveres hasta que vengan a buscarlos. ¿Qué es lo que teme usted?

—Bueno, el sargento...

—Está bien, esperaremos —se resignó el americano—. De todos

modos, tengo el presentimiento de que volveremos a tener noticias del monstruo que perdió estos dientes.

—¿Por qué cree eso?

—Porque hasta ahora ha asediado solamente a Julia, sin que haya podido acercarse a ella ni una sola vez.

Julia dio un respingo.

—¡Eh! —exclamó—. Tú quieres decir que intentará llegar hasta mí...

—Quizá. Y entonces le cazaré, sea lo que sea.

El coronel emitió un gruñido despectivo, y apartándose de los demás se dirigió al interior.

Los Flanagan le siguieron y por último todos los demás.

A pesar de la niebla, las primeras luces del alba luchaban por abrirse paso y alumbrar un día otoñal que no iba a ser como los demás.

Capítulo VII

EL sol y el viento habían desplazado la niebla y el oscuro verdor del parque era un remanso de calma después de los sucesos de la noche.

Desde la ventana del salón, Torrance dejó vagar la mirada por el exterior, pensativo. Cuando se volvió, el coronel estaba parado en la puerta, mirándole con ojos iracundos.

—No le oí llegar —dijo Torrance—. ¿Me buscaba, coronel?

—Sólo quería decirle que su estancia aquí ha terminado, señor. Desde que llegó, su actitud ha sido en extremo impertinente. Eso era lo que deseaba dejar sentado antes de que se fuera.

Torrance sacó una nube de humo del cigarrillo y caminó pausadamente hacia la chimenea. Revolvió las brasas, contemplando la nube de chispas que se alzaron como fuegos fatuos.

Desde allí dijo:

—Creo que es hora de que aclaremos algunas cosas, coronel. Entre y siéntese. Quiero hablarle.

—¡Al diablo con eso! No hay nada que hablar entre usted y yo.

—Ahí es donde se equivoca. Para empezar, quiero hablarle de mi padre, y de cómo mi madre murió poco después de nacer yo, porque usted se negó a prestarles ayuda..., señor.

—¿De qué condenada cosa está hablando?

—De su hermano, coronel. De Robert Fanshawe, y de mi madre, Mildred Torrance. Marcus Fanshawe sintió que la tierra oscilaba bajo sus pies.

—¿Tú eres...?

Su voz se ahogó antes de acabar la frase.

—John Fanshawe Torrance, sólo que legalmente mi nombre es John Torrance. Mi padre borró el Fanshawe de su memoria, solicitó el cambio en los registros y hasta mi mayoría de edad no me contó la razón.

—¡Dios bendito!

—Usted se negó a enviarle el dinero que necesitaba para salvar la vida de mi madre. Estaban en la miseria debido a las enfermedades, y usted era rico entonces, pero no quiso ayudarles... porque mi padre era la oveja negra de la familia, según su particular criterio. Ésa es la razón de que yo me llame Torrance.

El coronel estaba lívido. Cuando pudo hablar gruñó:

—Así, ¿tu padre...?

—Murió hace dos meses.

—Ya veo.

—Antes de expirar habló conmigo. Estuvo más de dos horas contándome la historia de la familia, desde que él la conocía hasta hoy. Luego, murió y yo decidí venir con tiempo suficiente para llegar aquí antes del primero de octubre.

—Así que creíste esa paparrucha. Tu padre siempre fue excesivamente romántico.

El coronel recobraba su acostumbrada altanería. Por unos momentos había llegado a temer a aquel hombre que le observaba fijamente desde la chimenea.

—Alguien más debe haberla creído, coronel. Su otra hermana y los suyos también están aquí.

—Igual que buitres —rezongó el viejo—. Es inconcebible que en estos tiempos aún quede alguien tan idiota que crea esas patrañas de viejas.

—Hace exactamente cien años, el día uno de octubre, alguien o algo mató al cabeza de la familia Fanshawe, su antepasado. Por lo menos eso me contó mi padre.

—Por lo que oí contar al mío fue un crimen salvaje cuyo autor nunca fue descubierto, eso es todo.

—¿Está usted seguro?

—¿Seguro? Incluso me fastidia hablar de esa estupidez.

—Bueno, entonces explíqueme qué es esa extraña aparición a la que yo le solté un balazo. Por qué ronda el castillo, por qué asedia a Julia, la más bella muchacha de cuantas hay aquí. Por qué alguien ha matado a un compatriota mío ahí fuera, y al pasante del notario registrador de Stonhaven de ese modo horrible, con el cuello abrasado. Y también habría de explicar por qué tiene usted miedo, coronel.

—¿Miedo? Estás rematadamente loco.

—Lo tiene, y toda esa rudeza de que hace gala no es más que una cortina de humo para ocultarlo. Quizá no exista la maldición, pero usted sabe que puede morir mañana. Lo sabe tan cierto como que está hablando conmigo ahora.

—¿Por eso estás aquí, para echarle la zarpa a la parte de la herencia que te toque? Porque si es eso has perdido el tiempo...

Torrance apenas pudo dominar un gesto de cólera.

—Tengo dinero suficiente para cubrirle a usted de pies a cabeza, coronel, no necesito el suyo en absoluto. Es algo más lo que me trajo a Inglaterra, algo muy distinto de lo que su mezquina imaginación le hace pensar.

—No lo creeré en mil años. Tú estás aquí por lo mismo que mi hermana Jana y su rebaño.

Torrance sonrió entre dientes.

—A propósito de su hermana —dijo con voz queda—. ¿Sabe que es adoradora de Satanás? Sacerdotisa de una secta satánica o algo así. Ella y toda su familia.

—¿Qué demonios está insinuando?

—Hice algunas averiguaciones en Londres, antes de venir. Celebran misas negras, extraños sacrificios y cosas así en honor del príncipe de las tinieblas.

—¡Chiflados! —estalló el coronel—. No podía esperarse otra cosa de gente tan degenerada. Suponiendo que sea cierto, por supuesto.

—De eso no caben dudas. Ya le dije que investigué.

—Incluso así, ni con la ayuda del diablo conseguirán nada de mí, y ahora menos que nunca.

Torrance sacudió la cabeza con pesar.

—Es usted un pozo de odio, coronel. Un odio estúpido que debiera haber enterrado hace años y todos hubieran salido ganando.

Con un resoplido de ira, el viejo giró sobre los talones.

Antes de que saliera, Torrance le espetó:

—¿No desea saber nada de su hermano, coronel?

—De él sé todo lo que me interesa saber, que es más de lo que quisiera.

—Lo dudo. Ignora usted algo, viejo cascarrabias.

Marcus Fanshawe se detuvo en seco, como si hubiera tropezado

con un muro. Se volvió echando chispas.

—¿Cómo se atreve...? —jadeó, ahogándose—. ¿Cómo te atreves a faltarme el respeto de ese modo?

Torrance rió entre dientes.

—Ignora usted la verdad sobre lo sucedido entre él y su mujer, eso para empezar. —¡Cállate! Ni te atrevas a nombrarla... nombrar a aquella sucia mujerzuela...

—¡Estúpido! Nunca fue amante de mi padre.

—No sabes nada de nada. Y ya he escuchado suficientes estupideces.

Torrance sacudió la cabeza, pesaroso. Maldijo en voz baja, pero se sorprendió a sí mismo al descubrir que no podía odiar a aquel hombre. Despreciarle, quizá. O tal vez compadecerle. Pero no odiarle.

Era algo curioso.

En aquel instante escuchó el sordo crujido que ya oyera una vez. Dio un respingo y corrió hacia el vestíbulo.

Julia descendía las escaleras y exclamó:

—¿Lo oíste?

—Igual que tú, supongo. ¿Por dónde se baja a los sótanos, lo sabes?

—Allí, junto a la escalera, pero la puerta está cerrada.

Torrance lo comprobó por sí mismo. Julia llegó a su lado y susurró:

—¿Piensas bajar?

—Para eso hay que abrir esa puerta. Quiero averiguar el misterio de esos ruidos. No son fortuitos, de eso estoy seguro.

Se miraron largamente. Al fin, él sonrió. Inclinando la cabeza, estampó la boca contra los labios de la muchacha.

Fue un beso largo y tan absorbente como el primero.

Unos ligeros aplausos rompieron el encanto.

Daisy les miraba desde la barandilla de la escalera, sonriendo con picardía.

—Ha sido un bello espectáculo —murmuró—. Pero no quiero ni imaginar qué habría sucedido si hubiera sido tío Marcus quien os descubriera...

—Fisgona —rió Julia.

—¿Tienes la llave de esta puerta?

Daisy dejó de reír.

—¿Pretendes...?

—Ha resonado de nuevo ese crujido que tú también oíste. Voy a bajar si me abres la puerta.

—Watkins debe guardar la llave. Hace siglos que no he estado ahí abajo... Espera.

Se fue disparada hacia el arcón de donde el mayordomo sacara una linterna. Estuvo revolviéndolo un buen rato, hasta que al fin, triunfante, se volvió con una gruesa llave en la mano.

—¡Aquí está!

Las bisagras rechinaron al abrirse la puerta, dejando al descubierto una cavidad negra como la tinta.

—¿No hay luz en las escaleras?

Daisy soltó una risita.

—¿Luz en ese antro? Perdería su carácter, hombre... No, pero una vez abajo los ventanucos permiten moverse sin tropezar con los trastos viejos. Espera, he visto una linterna en el arcón.

Fue en su busca, y la luz barrió las tinieblas de unos escalones de piedra cubiertos de polvo.

Un aire helado subía del sótano, impregnado de humedad.

Torrance dijo:

—Esperadme aquí. Iré a ver...

—Vamos contigo, John —decidió Julia—. Quiero ver esas mazmorras de que me hablaste, Daisy.

—Si crees que son un espectáculo divertido...

Descendieron detrás del hombre, notando la humedad penetrarles hasta los huesos.

O quizá no fuera sólo la humedad, sino la extraña zozobra que de repente las dominaba ante los sombríos rincones que la luz ponía al descubierto.

Así llegaron al final de las escaleras. Allí había un recodo y luego la pálida luz del sótano, procedente de unos pequeños tragaluces abiertos a ras del altísimo techo, semejante a la bóveda de una catedral.

Julia susurró:

—Es inmenso...

—Más de lo que imaginas. Al fondo sigue por todo el perímetro del castillo, aunque allí no hay ventanas ni luces.

Torrance paseó la luz en torno, descubriendo los enormes bloques de piedra que formaban los muros de sustentación del castillo. Un musgo verdoso se aferraba a las juntas de casi todos ellos, producto de la humedad y el aire estancado.

—Allí están las mazmorras —indicó Daisy—. Sólo con imaginar a los desgraciados que debieron consumirse en ellas se me ponen los pelos de punta.

La luz manejada por el americano barrió las sombras de la pared. Mohosas rejas cerraban estrechos cubículos en los que apenas habría cabido un ser humano de pie. Algunas de las rejas, aquí y allá, estaban en tan mal estado debido a la oxidación, que apenas se sostenían en los grandes goznes herrumbrosos.

En las paredes, entre reja y reja, podían verse aún enmohecidas argollas, pedazos de gruesas cadenas, grilletes casi desmenuzados y unos extraños garfios cuyo siniestro significado estremecía.

Julia musitó:

—No me gustaría vivir encima de un lugar como éste...

Había infinidad de muebles antiguos apelotonados por todas partes. Una mezcolanza increíble de vestigios de otras épocas, quizá épocas de esplendor, pero ya no eran más que ruinas decrepitas.

Torrance empezó a moverse con método, paseando la luz palmo a palmo por todo el sótano. Suelo, paredes, rejas; los montones informes que se alzaban semejantes a monumentos al pasado. El brillante rayo de plata no dejaba nada sin escrutar.

Daisy comentó:

—Si no se produce el ruido mientras nos encontremos aquí nunca descubriremos su origen.

—Quizá no, pero por lo que oí se trataba de algo muy sólido rozando contra la piedra, como si se desplazara —gruñó Torrance.

Una vez más, la luz destacó los relieves de los bloques de piedra de los muros. De pronto, el dedo luminoso volvió atrás y quedó fijo.

Torrance masculló algo entre dientes. Las muchachas se volvieron para contemplar uno de los gigantescos bloques mucho más saliente que los demás.

—¿Siempre estuvo así? —indagó Torrance.

Daisy le miró irónicamente.

—¿De veras crees que puedo responder a eso? No hay modo de saberlo. Hace años que no... Además, que yo recuerde, la última vez

que estuve aquí fue para traer unas sillas desencajadas y no me entretuve admirando el paisaje.

—Si te fijas, ha sido removido recientemente —descubrió él, intrigado—. El musgo de las junturas ha caído al suelo, y las caras que estuvieron empotradas no están tan pulidas como la delantera.

—¿Quieres decir que alguien ha intentado sacarlo de la pared?

—Eso parece.

—Absurdo. Ningún hombre sería capaz de mover esta mole de piedra, y menos estando encajada. Yo creo que debieron dejarlo así ya desde un principio... quizá equivocaron las medidas.

—¿Quién crees que construía estos muros, enanos sin cerebro? Sabían muy bien lo que hacían.

—Entonces, ¿qué?

Torrance se encogió de hombros.

—Ignoro lo que fue que movió ese pedrusco, pero lo que en realidad parece...

Estaban mirándolo cuando la roca crujió de aquel modo siniestro que ya oyeron en otras ocasiones. Se movió apenas unos milímetros, pero se movió.

Daisy emitió un chillido, aferrándose al brazo de la paralizada Julia.

El hombre dio un respingo y exclamó:

—¡Sujeta la linterna, Julia!

—¿Qué vas a hacer?

—Tratar de moverlo desde aquí.

—¿Estás loco, John? Nadie podría moverlo.

—Entonces hemos visto visiones. No se ha movido, ¿eh? Ni ha crujió. Nada de nada. Los tres a un tiempo hemos sido víctimas de una alucinación... ¡Sujeta la luz!

Temblando, la muchacha tomó la linterna, manteniéndola enfocada a la pared.

Torrance afianzó los pies en el suelo, atenazó las manos en los bordes salientes del bloque de piedra y forcejeó rechinando los dientes.

Las muchachas vieron tensarse la poderosa espalda del hombre bajo la chaqueta deportiva. Su cuello enrojeció y nervios y tendones se destacaron semejantes a cables de acero.

Pero la piedra no se movió ni un milímetro.

Torrance aún sostuvo el tremendo esfuerzo durante casi un minuto más. Su rostro estaba congestionado y pequeñas gotas de sudor inundaron su frente.

La piedra siguió encastada en el muro sin moverse lo más mínimo.

Al fin desistió, resoplando.

—Es increíble —rezongó entre dientes—. ¿Qué diablos la ha hecho moverse antes?

—Salgamos de aquí, John —suplicó Julia—. Siento que podría desmayarme en cualquier momento.

—Tranquilízate. No hay nada amenazador en esa piedra.

—En ella quizá no —dijo Daisy—. Pero sí en la fuerza que la hizo moverse y crujir. Torrance no replicó. Miraba en torno, incapaz de comprender.

—Si pudiera afianzarse aquí un cable...

—Déjate de experimentos y salgamos. Si tío Marcus nos descubre armará un escándalo. —¿Por qué?

—Tiene prohibido que nadie baje a los sótanos.

—Me parece que el coronel ha prohibido demasiadas cosas a lo largo de los años —refunfuñó Torrance—. Está bien, volvamos arriba, pero antes...

Empuñó un pedazo de varilla de hierro que había en el suelo y valiéndose de la punta aguzada rascó fuertemente la piedra saliente, justo donde el resto del muro la aprisionaba.

—Así sabremos si se sigue moviendo —dijo.

Las muchachas ya estaban en las escaleras y las siguió con evidente disgusto. Hubiera deseado seguir investigando el sótano, y no sólo por el misterio que significaba aquella enorme roca.

El vestíbulo estaba desierto y la puerta abierta. Allá fuera, los ladridos del perro eran el único sonido que rompía el silencio.

—Debe estar jugando con tío Marcus —dijo Daisy—. ¿Te propones volver al sótano, John?

—Ya puedes jurarlo.

—¿Por qué tienes tanto interés en ese extraño misterio? Y ya que estamos en eso, ¿por qué sigues aquí sabiendo que el coronel te detesta?

Julia iba a replicar, quizá descubriendo la identidad del americano, pero fue éste quien dijo:

—Creo que ya es hora de que sepas la verdad, sobre todo ahora, cuando ya he calentado las orejas a tío Marcus, como tú lo llamas.

—¿Te has peleado con él?

John Torrance se echó a reír.

—No a puñetazos —dijo—, pero sí verbalmente. Vamos al salón, bebamos algo y te contaré la historia.

Terriblemente intrigada, Daisy echó a correr hacia el salón.

El fuego de la chimenea estaba casi apagado. Torrance le añadió un par de troncos secos, avivó las brasas y, volviéndose hacia Daisy empezó a hablar.

Capítulo VIII

—CORRE los cortinajes —ordenó Jana Flanagan—. Y tú, cierra la puerta con llave...

Su marido obedeció, velando la ventana y dejando la estancia sumida en una penumbra sombría.

En la puerta, Lester dio vuelta a la llave.

Jana Flanagan extendió un paño de terciopelo negro encima de la mesa. Su hija Fanny abrió una maleta y de ella sacó con gesto reverente una piedra negra de un pie de largo, semejante a un obelisco.

La piedra fue colocada en el centro de la mesa.

Fanny empezó a quitarse las ropas sin prisas, cual si oficiara un ritual.

Lester se acercó a la maleta y empuñó un retorcido candelabro que fue a colocar también encima del paño negro que cubría la mesa. El candelabro sostenía cinco velas negras.

Retrocedió y, con la misma lentitud que su hermana, procedió a quitarse las ropas.

Jack Flanagan abrió una segunda maleta y desplegó sobre la cama cuatro túnicas negras, una de las cuales tenía bordado en oro un extraño signo cabalístico.

Fanny estaba desnuda, estática al lado del altar negro.

Tenía un cuerpo delgado, de pechos breves, pero agudos y coronados por unos pezones grandes y rosados. Se pasó las manos a lo largo del cuerpo y las dejó, estáticas, pegadas a los muslos.

Jana Flanagan, murmurando frases incomprensibles, estaba quitándose el vestido.

Su marido gruñó:

—Menos de un día. Sólo unas horas y todo será nuestro...

—Quiero que os entreguéis como nunca en esta ocasión, queridos. Necesitamos la protección del Poderoso. Necesitamos su

ayuda. De nosotros depende...

Estaba tan desnuda como Fanny, y a pesar de sus años su cuerpo era una madura filigrana de senos fuertes, caderas poderosas y prietos muslos rematando las largas piernas. Era como si el tiempo hubiera pasado por ella sin mancillarla.

Se acarició los pechos mientras Lester se deslizaba hacia el lecho donde estaban las túnicas. También él, desnudo, miraba aquel cuerpo que tenía en sí el poder del mal.

Sólo que él era joven y excitable. Fanny le señaló, acusadoramente y murmuró:

—Míralo..., debería saber cuándo es inoportuno.

Todas las miradas cayeron sobre él, resbalaron por su cuerpo de piel blanca fijándose en la delatora excitación. Toda aquella curiosidad no pareció inquietarle.

Tomó la túnica que tenía el bordado dorado, la manipuló y acercándose a Jana se la ofreció con un gesto reverente.

Jack Flanagan, desnudo a su vez, tomó otra túnica y con ella se acercó a Fanny.

Jana murmuró:

—Vísteme...

Lester se colocó tras ella, levantó los brazos y deslizó la túnica por encima de la cabeza de la mujer convertida en sacerdotisa.

Ella retrocedió unas pulgadas. Su cuerpo se apretó un instante contra él y ambos quedaron rígidos, estáticos.

Jana balbuceó:

—Aún no... sólo cuando hayamos llamado al Mal...

Después, ella misma vistió con otra túnica al rígido Lester, mientras Fanny hacía lo propio con su padre.

Cubiertos de negro, Jack encendió las velas, que desprendieron un leve humo aromático. Jana se colocó ante la mesa negra y cerrando los ojos quedó inmóvil, tan rígida como una tabla. Los otros se alinearon tras ella, esperando.

La sombría sacerdotisa levantó los brazos poco a poco. Una lenta melopea recitada en voz baja, apenas audible, surgió de su garganta mientras, poco a poco, se arrodillaba ante aquella piedra negra y brillante que semejava un obelisco.

Sus manos se ciñeron en torno a la piedra al tiempo que continuaba pronunciando la sorda invocación del Mal. Las manos

parecían seres vivos, y sus ademanes, obscenas caricias a medida que se volvían frenéticas, y su voz subía de diapasón haciéndose más profunda y ronca.

Su propia excitación parecía contagiarse a los demás, cuyos cuerpos estaban cada vez más tensos. Tenían los ojos desorbitados, fijos en el obelisco negro y las danzantes llamas de las velas. Un sordo murmullo sin palabras escapaba de los labios de Fanny, cuyo cuerpo acusaba el temblor de la excitación.

El murmullo fue convirtiéndose en una suerte de gruñido. Sus movimientos oscilantes sin despegar los pies del suelo, semejaban el preludio de un éxtasis sensual y obsceno.

Ante el altar negro, Jana emitió un quejido. Toda ella se tensó en sus salvajes invocaciones. En la estancia pareció soplar el hálito de un viento infernal. Las velas se apagaron inesperadamente y Jana se derrumbó de espaldas como empujada por una fuerza demencial.

Lester empezó a gemir, presa de una oscura demencia, mientras el propio Jack Flanagan caía de bruces en la alfombra, gimoteando entre dientes.

A zarpazos, Jana se arrancó la túnica quedando desnuda, tendida en el suelo sin dejar de emitir la sorda melopea que brotaba como un torrente de sus contraídas cuerdas vocales.

La violencia de su autoconvencimiento se apoderaba hasta del aire que respiraban. Sus jadeos animales se hacían roncós, anhelantes, esperando el Mal que debería poseerlos como pago del poder que ansiaban.

De repente, Jana dio un grito inarticulado. Pareció aferrarse al aire, los ojos desorbitados, la boca abierta y jadeante, todo su cuerpo convulso, agitándose en el frenesí del éxtasis. Pareció enroscarse toda ella en un cuerpo invisible y con un rugido barbotó:

—¡Está aquí... aquí, conmigo...!

La demencia se apoderó de todos ellos. La salvaje locura de una pasión satánica. Oscuros arañosos surgieron en los pechos de la sacerdotisa poseída por el poder del infierno. Las túnicas negras volaron en todas direcciones.

En el cénit del satánico desenfreno, los cuerpos cayeron unos sobre otros y, si el diablo se revolcaba con ellos, debía sentirse plenamente satisfecho de su triunfo...

A primeras horas de la tarde, el destartado Hillman del sargento se detuvo ante la entrada. El obeso policía se apeó en el instante en que el coronel abría la puerta.

John Torrance apareció en la esquina, acompañado de Julia y del perro. Llegaron a tiempo de oír al sargento cuando anunció:

—Hemos hecho algunos descubrimientos, coronel.

—Entre, sargento. Hablaremos en el salón... El tiempo ha refrescado demasiado para mi gusto.

Torrance se entretuvo jugueteando con el perro hasta que los hombres hubieron desaparecido. Luego dijo:

—Reúnete con Daisy y su prima, estén donde estén. Te llamaré cuando haya terminado la conferencia.

—Puedo quedarme aquí, con el perro... Le gusta que juguemos con él.

Él sacudió la cabeza.

—No quiero que estés sola, y menos fuera del castillo. Busca a las chicas y quédate con ellas.

Un ramalazo de temor pasó por la mirada de Julia, pero al fin asintió y entraron en el vestíbulo. El perro titubeó, pero acabó por seguirles también.

En el salón, Torrance oyó al sargento explicando el trabajo que les había costado saber quién era el americano muerto.

—Fue una sorpresa para nosotros, coronel —dijo—. Ese hombre, Horace Preston, estaba en Inglaterra desde hace casi un mes. Vivió en Londres, en un hotel de segunda categoría. Hemos pedido a Scotland Yard que trate de averiguar si se puso en contacto con alguien, o si alquiló un coche para venir aquí. Cualquier dato podría ayudarnos mucho, porque hemos comprobado que no vino a Stonhaven en tren.

—¿Y en cuanto al otro, al empleado del notario?

—Ése es otro misterio. El doctor Vander aún no ha descubierto con qué le produjeron la muerte. Su cuello abrasado presenta, según el doctor, características inexplicables.

—No me parece a mí que ese médico sea muy competente...

—Pero lo es, coronel. Ha descubierto otras cosas, como por ejemplo, que tenía cuatro costillas rotas y todo el cuerpo cubierto de hematomas. El opina que debieron golpearle brutalmente mucho antes de morir.

—¿Quiere decir que le fracturaron las costillas a golpes?

El sargento sacudió la cabeza.

—No, señor. Las costillas debió fracturárselas al caer por la ventana. O quizá le arrojaron por ella dejándole por muerto.

Torrance aguzó el oído. El coronel parpadeó.

—¿Se cayó por una ventana? —barbotó—. No sería aquí, en el castillo...

—Oh, por supuesto que no. Eso sucedió en la oficina del notario, por la noche. Se encontró la ventana abierta y todos los archivos revueltos. Había rastros de sangre en el suelo y arañazos en el alféizar. Eso nos hace suponer que le arrojaron por allí después de golpearle brutalmente.

—No comprendo... No comprendo nada de todo esto. Y si le dejaron por muerto, y luego recobró el conocimiento, ¿por qué no fue a la policía, o pidió socorro, en lugar de venir a que le mataran en mi jardín?

—Todas estas preguntas aún no tienen respuesta, coronel, pero estamos trabajando a fondo para desentrañar el misterio.

Torrance preguntó:

—¿Han averiguado si falta algún documento del archivo del notario?

—Al parecer no falta nada, eso es lo más sorprendente.

El coronel dirigió una mala mirada a Torrance, pero éste le ignoró.

Dijo:

—Le entregué unos despojos a su agente, sargento, para que fueran analizados. ¿Qué sabe usted de eso?

—Ciertamente, el doctor Vander hizo lo que pudo, aunque personalmente opino que no estuvo muy acertado en ese trabajo.

Rebuscó en sus bolsillos y al fin encontró una hoja de papel, doblada y arrugada.

—Aquí tengo las notas que él escribió —desplegó el papel y lo releyó como si lo deletreará. Al fin dijo—: Los dientes eran casi fósiles. El doctor opina que pertenecían al cadáver de alguien que murió hace más de cien años.

El coronel soltó un gruñido despectivo.

Torrance sólo dijo:

—Esperaba algo semejante... Continúe, por favor.

—El doctor dice que es muy difícil precisar con más exactitud ese extremo. Los dientes estaban carcomidos y rotos y habría que saber las condiciones del suelo donde estuvo enterrado el cuerpo y otros muchos datos, pero por lo menos tienen cien años desde que su propietario murió.

Levantó la mirada hacia sus oyentes para captar sus opiniones. El coronel gruñó:

—Alguien desenterró una vieja calavera.

Torrance preguntó:

—¿Hay algo más, sargento?

—Ciertamente, y es lo más sorprendente. Yo le dije al doctor que debía haberse equivocado. O quizá había bebido demasiado... Eso no se lo dije, pero lo pensé.

—¿Por qué?

—Hombre, verá usted; según él, esos dientes pertenecían a un cadáver de más de cien años, sin embargo, conservaban restos de tejidos en descomposición. ¿Entienden lo que eso significa?

—Que las encías estaban en descomposición —dijo Torrance, estremeciéndose.

—Ni más ni menos. Y ahora, me gustaría que alguien me pudiera explicar cómo un cuerpo muerto hace más de cien años puede estar aún descomponiéndose hoy día.

El coronel hizo un ruido despectivo con la garganta.

—Eso es una solemne estupidez. Siempre dije que ese medicucho de tres al cuarto era un mal curandero pueblerino...

El sargento se guardó muy bien de replicar. Por nada del mundo deseaba indisponerse con el señor del castillo.

Torrance, con el ceño fruncido, murmuró:

—Creo que iré a hablar personalmente con ese doctor. Quiero formularle un par de preguntas que me preocupan.

No obtuvo respuesta alguna, y unos minutos más tarde el sargento se despedía y ellos dos quedaban solos en el inmenso salón.

El coronel, de cara a la chimenea, gruñó:

—Debes estar impaciente, ¿no es cierto? Ya falta poco para la fecha fatal... según esa paparrucha en la que parece creer.

Torrance encendió un cigarrillo. Con voz llena de calma, suavemente, inquirió:

—Dígame una cosa, coronel... ¿Qué fue de su esposa?

Vio ponerse rígida la espalda del viejo. Le vio contener el aliento y quedarse tan inmóvil como una estatua.

Tardó una eternidad en mascullar entre dientes:

—Murió. En la India.

—¿Está seguro?

El viejo se volvió poco a poco. A Torrance se le antojó que estaba envejeciendo ante sus ojos.

—¿Qué pretendes insinuar? —estalló el coronel—. Supongo que tu padre te llenaría de veneno contra mí y ahora vienes aquí, a mi propia casa, a emponzoñarnos a todos...

—No, señor, mi padre no envenenó el recuerdo que conservaba de usted. Sólo me contó la verdad. Hasta donde él la conocía, naturalmente.

—En cualquier caso, te contaría «su» verdad. Piensa en esto.

—He pensado ya mucho, lo crea usted o no. Y he atado un montón de cabos sueltos. Únicamente me falta saber lo sucedido con su mujer, coronel, y tendré toda la historia. Creo que entonces mi padre podrá descansar en paz.

El coronel rechinó los dientes. Estaba tan pálido que daba grima.

—Debería echarle de aquí a puntapiés —barbotó—. Abofetearte como lo que eres...

Se dirigió a la puerta a grandes zancadas. Torrance le espetó con voz tensa:

—Mi padre nunca se acostó con ella, coronel, nunca fue su amante. No hubo ningún culpable excepto usted, con sus celos desorbitados, con su tiránico dominio sobre ella que le llevó a esclavizarla hasta más allá de la razón... ¿La mató usted?

Marcus Fanshawe estaba a punto de salir del salón cuando las últimas palabras cayeron como una bomba.

Se hizo un largo, prolongado silencio. Torrance esperaba pacientemente, saboreando el cigarrillo como si eso fuera lo único importante en este mundo.

Al fin, el viejo militar se volvió. Su rostro era una máscara lívida de furor mal contenido, de cólera. Y, quizá, de miedo.

—¿Eso fue lo que te dijo tu padre, que yo la había matado?

—No, eso lo he deducido yo por mi cuenta sumando dos y dos. Y constatando fechas, por supuesto. Su esposa no pudo morir en la

India, porque consta en las listas de viajeros del vapor que la trajo de vuelta a Inglaterra... tres meses antes de que regresara usted. — ¿Qué más has desenterrado de ese pasado que tanto te fascina?

—Nada más, el resto es usted quien tiene que aclararlo.

El coronel sacudió la cabeza. Lívido, gruñó:

—Esperarás el resto de tu vida.

Torrance le sostuvo la mirada. La suya no era desafiante. Ni siquiera expresaba ira o rencor. Era una mirada serena y firme, pero que tuvo la virtud de desarmar al viejo militar.

Éste murmuró:

—Jamás te perdonaré eso, John Torrance, o como quieras hacerte llamar.

Iba a salir cuando una vez más el americano le paró con otra pregunta.

Dijo suavemente:

—También me gustaría saber algo sobre el Arca de Oro, coronel...

Esta vez Fanshawe emitió un sordo quejido, como si le desgarrara el dolor. Se volvió, tambaleándose sobre los pies. Torrance se asustó al ver la mirada demencial de aquellos ojos desorbitados.

—¡Lo sabes..., lo sabes todo..., maldito...!

—Se equivoca. No sé dónde está esa Arca o lo que sea. Por eso le pregunto.

—Nunca la verás.

Esta vez salió tan rápidamente como pudo, pero a Torrance no le habría sorprendido verle desplomarse de bruces, tan inseguros eran sus pasos.

Maldijo entre dientes, plantado delante de la lumbre, reflexionando profundamente.

Así le sorprendieron Julia y las dos primas poco después.

Daisy dijo:

—¿Qué te ha pasado con tío Marcus? Le vimos salir de aquí y parecía loco, temblaba y caminaba como un borracho. Nos ocultamos para que no nos sorprendiera espionando, pero tuvimos un susto de muerte. ¿Qué pasó, John?

—Sólo le hice unas preguntas, nada más.

—No nos mientas a nosotras, por favor.

Él sacudió la cabeza.

—Es algo de lo que no puedo hablar... aún.

—Mira, primo, no nos vengas con misterios. Ya hay bastantes en este castillo sin que tú añadas otros...

—Ya te conté la verdad sobre mí. Cuando esté en condiciones de hablar del verdadero motivo de mi venida lo haré, eso es todo.

Mary se quejó:

—Era lo único que nos faltaba, que también tú nos ocultases algo.

—¿Quién más oculta cosas?

—Tía Jana, por ejemplo. Hemos llamado a su puerta hace un rato... Queríamos que Fanny saliera un poco, que viniera con nosotras en lugar de estar todo el tiempo en su cuarto. Bueno, al principio nadie respondió. Y cuando ya nos íbamos, alguien, desde dentro, nos dijo que nos fuéramos, que no molestáramos... y lo dijo con una voz muy rara.

—Y a gritos —apostilló Mary.

Torrance esbozó una mueca burlona.

—Tal vez estuvieran celebrando una de sus ceremonias.

—¿Qué?

—Son miembros de una secta satánica, aunque espero que guardéis el secreto. Cada uno es dueño de cometer las estupideces que quiera.

Julia exclamó:

—¿Quieres decir que adoran al diablo y cosas así?

—Más o menos.

Daisy masculló:

—Era lo único que nos faltaba. Eso, y todas las leyendas de nuestro pasado, son como para imitarte, querido primo. Cambiarnos el nombre quiero decir.

Torrance pensó que no sabían ni la mitad de lo que había de siniestro en la familia, referente al coronel, pero calló porque aquel secreto, si realmente existía, no le pertenecía.

Aunque continuaba resuelto a desentrañarlo.

—Es hora de volver al sótano —dijo, quizá para desviar el tema de conversación—. Quiero ver si la piedra se ha movido.

Mary murmuró:

—Me han contado lo que visteis allá abajo, y apenas puedo

creerlo.

—De no haberlo visto tampoco yo lo creería, pero la piedra está ahí, removida, y crujió y se movió sola estando nosotros delante. Por eso quiero comprobar si ha hecho algún otro movimiento. Dejé una señal para estar seguro.

—Bueno, iremos contigo —decidió Mary—. Puede más mi curiosidad que el miedo. —¿Miedo de qué, de una simple piedra?

—De lo que sea que la mueve... si es que realmente se mueve.

Daisy exclamó:

—Voy por la linterna y la llave.

Corrió hacia el arcón, mientras ellos se encaminaban a la puerta del sótano.

Julia buscó la mano de Torrance y enroscó los dedos en los suyos. Con voz hecha un susurro dijo:

—Cada vez tengo más miedo, John...

—¿Por qué?

—No lo sé. Quisiera marcharme de aquí..., irme contigo, a Londres en tu coche.

—Te llevaré conmigo, mañana.

Ella iba a insistir, preguntarle por qué esperar a mañana, cuando Daisy se reunió con ellos y anunció:

—La llave ha desaparecido, John. Alguien la ha sacado del arcón donde la dejé. Torrance apretó los puños.

—Eso es algo que yo debiera haber previsto. De modo que es ahí abajo donde...

—¿De qué estás hablando? —le interrumpió Mary.

—Olvidalo, ya encontraré la manera de abrir esa maldita puerta.

Ahora sabía que lo que había venido a buscar estaba allá abajo, en el sombrío y siniestro sótano donde se agazapaba el horror.

Capítulo IX

LOS primeros jirones de niebla comenzaban a flotar en el parque cuando Watkins dijo, respondiendo a la pregunta de Torrance:

—Que yo sepa, en el arcón, señor. ¿Puedo preguntarle por qué busca usted la llave del sótano?

—Me gustaría verlo, eso es todo. Las chicas hablan de sus mazmorras y todo eso y siento curiosidad.

—Bien...

El mayordomo fue hacia el arcón y empezó a revolverlo. Casi metió medio cuerpo dentro de él.

Cuando se irguió estaba desconcertado.

—No está aquí. Es algo muy raro, señor, porque nunca nadie baja al sótano para nada. La llave debería estar aquí —repitió, intrigado.

—Bien, olvídalo, Watkins, no tiene importancia.

El mayordomo se fue, meneando la cabeza ante aquel misterio.

Torrance salió al jardín. Al instante «Satán» corrió hacia él y casi le derribó de espaldas al levantarse sobre sus patas traseras y tratar de lamerle la cara.

—Tranquilo, viejo, no te excites... Tú eres más inteligente que muchos hombres o de lo contrario...

No terminó, limitándose a acariciar unos instantes las tiasas orejas del animal.

Después, el perro le siguió hasta el coche. Torrance revolvió en la caja de herramientas hasta encontrar lo que buscaba y con ello en el bolsillo regresó al castillo.

Esta vez, «Satán» no vaciló. Se coló tras él y Torrance cerró la puerta. Pensó que el coronel armaría un escándalo si de nuevo encontraba el perro dentro.

Se fue hacia la puerta del sótano y con la pequeña herramienta comenzó a hurgar en la vieja cerradura. El perro le miraba

intrigado, resoplando con la lengua fuera.

Mientras estaba forcejeando, Torrance se quedó petrificado al escuchar allá abajo, distante, el misterioso crujido.

—De modo que sigue moviéndose... —Gruñó entre dientes.

Reanudó sus esfuerzos tras asegurarse de que no había nadie que pudiera sorprenderle.

Al fin, la cerradura cedió con un chasquido. Se quedó escuchando unos instantes. El perro gruñó, impaciente porque el hombre no le hacía el menor caso.

Torrance se dirigió al arcón y sacó la linterna. Entonces se quedó mirando al perro y una sonrisa asomó a sus labios.

—Quizá sea una buena idea... Vamos, «Satán».

Alborozado, el animal soltó un alarido de contento.

—¡Silencio o lo echarás todo a perder! —dijo Torrance en voz baja, acariciándole la cabeza.

El perro se coló ante él por la puerta del sótano. El hombre la cerró desde dentro y encendió la linterna. Él y el perro descendieron la escalera hasta desembocar en el sótano.

El animal empezó a moverse de un lado a otro, curioseando ese nuevo territorio que desconocía.

Torrance enfocó la enorme piedra. La señal que dejara marcada se había desplazado más de una pulgada.

Absorto, permaneció un buen rato intentando comprender.

No cabía duda de que la piedra había sido desplazada hacia fuera toda aquella distancia de la marca hasta la pared. Más de una pulgada.

A su lado, el perro gruñó. Estaba tenso, jadeando, los ojos clavados en el muro.

Torrance frunció el ceño.

—¿Qué diablos hay ahí, amigo? Seguro que tú podrías descubrirlo.

El gruñido del perro se volvió amenazador. Por un instante descubrió los colmillos y Torrance sintió un escalofrío ante la salvaje fiera del animal.

—Tranquilo, «Satán», no pasa nada...

Un sordo aullido brotó de la poderosa garganta del perro, y Torrance temió que empezara a ladrar, delatando su presencia allí.

Se llevó al animal lejos de aquel lugar, enfocando la linterna

hacia el negro vacío que era el resto del sótano.

Allí, todo el inmenso perímetro aparecía en su sombría desolación. No había muebles viejos ni nada que coartara su grandiosidad.

A la izquierda, seguían los cubículos enrejados, las antiguas mazmorras. Gigantescas telarañas colgaban de las bóvedas y se aferraban a los muros donde rezumaba la humedad mucho más intensamente que allí donde se abrían los ventanucos.

La luz de la lámpara arrancaba sombras fantasmales de las densas telarañas, reflejándolas en las paredes y el techo.

El suelo era de tierra apisonada y húmeda. Un hedor a lugar cerrado, a musgo y decrepitud impregnaba la atmósfera.

El perro se había metido en una de las mazmorras. Torrance le llamó, presa de un súbito presentimiento.

Acarició la cabeza del perro, y luego ordenó:

—¡Búscalo, «Satán»!

El perro se removió, mirándole. Él repitió:

—¡Búscalo, tiene que estar aquí!

Lo repitió dos o tres veces antes de que el animal soltara un ladrido y empezara a rastrear el húmedo suelo en todas direcciones.

Torrance se limitaba a alumbrarle, viéndole entrar y salir de las mazmorras, olfatear las paredes y el suelo, agazapado, entregado a una tarea para la que estaba extraordinariamente bien dotado.

—¡Busca, «Satán»! —dijo una vez más.

El perro se apartó de las paredes, avanzando hacia el fondo del sótano, el hocico pegado al suelo, desplazándose agazapado, desviándose ora a la derecha, ora a la izquierda, indeciso, resoplando de vez en cuando.

Torrance le seguía esparciendo la luz delante del animal. Era difícil advertir cuál de los dos estaba más tenso, si el hombre o el perro.

Habían llegado casi al fondo de la inmensa nave desierta cuando «Satán» se detuvo bruscamente. Durante unos instantes se quedó tan quieto como una figura de alabastro. Luego giró sobre sí mismo casi sin apartar el hocico del mismo lugar de la tierra húmeda.

Irguiendo la gran cabeza, soltó un breve aullido y miró al hombre.

Torrance sintió una corriente de hielo deslizarse por todas las

fibras de su cuerpo.

El perro aulló otra vez y repentinamente empezó a escarbar el suelo con las patas delanteras, gruñendo excitado.

El hombre lo sujetó, acariciándole y hablándole con voz contenida.

—Así que lo encontraste —dijo—. Eres un gran muchacho, amigo, pero ahora deja de escarbar... No sacaremos nada con eso excepto destrozarte las patas... Vamos, tranquilo, «Satán»...

El perro le miraba y en sus ojos rojizos y húmedos se reflejaba quizá el reconocimiento, el orgullo de su raza y de su fuerza.

—Lo haremos con una pala —monologó Torrance—. Sea lo que sea que has descubierto servirá para desentrañar el misterio que amargó la vida a mi padre.

Estaba aún acariciando la cabeza del perro cuando resonó, ominoso, el crujido del primer sótano.

Torrance se envaró y por un instante le atraparon las ásperas manos del miedo.

—Otra vez —jadeó—. Se ha movido otra vez...

Fue a comprobarlo. La piedra parecía fascinarle.

Sobreponiéndose, volvió a trazar una señal junto al muro, sobre la rugosa superficie de la roca saliente. El perro gruñía ahora, intranquilo.

El hombre dio media vuelta y ambos, hombre y animal, se dirigieron a las escaleras siguiendo el rayo de luz que parecía guiarles fuera de las tinieblas del mal.

* * *

El sol pálido de otoño pendía sobre las colinas, al oeste, como espiando entre las nubes de sangre. Se iniciaba el crepúsculo de un día cargado de malos presagios.

Desde la ventana de su cuarto, Jana Flanagan rechinó entre dientes:

—Esta noche... la última...

Tenía la cara pálida y había profundos círculos oscuros en torno a sus ojos.

Desde la cama donde estaba tendido, Lester dudó:

—Quizá no sea cierto. Quizá no ocurra nada...

Ella se volvió en redondo.

—¡Tiene que suceder! —exclamó—. Ya pasó hace cien años. No

es una leyenda, sino una realidad.

Fanny estaba sentada cerca del ventanal. También ella tenía el aspecto de abandono y agotamiento de los demás y sus ojos estaban mortecinos, apagados. Con voz desapasionada murmuró:

—Aunque fuera cierto, no lo tendremos todo. Ellas están aquí. Tienen su parte, y el castillo les pertenecerá.

Jana sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Todo será nuestro mientras el Poderoso nos ayude. Ellas desaparecerán. Jack Flanagan estaba tumbado sobre la otra cama. Parecía un viejo de mil años en aquellos momentos. Hasta su voz fue apenas un susurro débil y vacilante.

—El Amo nos exige cada vez más —monologó como si hablara para sí mismo—. De ahora en adelante será difícil complacerle.

Jana le miró despectivamente.

—Hombre débil y pusilánime. Yo sé lo que quiere y se lo daré, porque así está escrito en el Libro Negro del Poder. Él sabe que todo lo hacemos para adorarle. Este castillo será su palacio, su morada. Y nosotros viviremos aquí. Está escrito —susurró de nuevo, reverente, con voz fanática.

Lester carraspeó.

—¿No deberíamos bajar con los demás? Les intrigará que permanezcamos siempre encerrados en este cuarto.

—Cuando se oculte el sol —dijo la mujer—. Quiero ver la cara de mi soberbio hermano sabiendo que se le acerca la hora. Quiero verle descomponerse de miedo antes de escupirle todo el desprecio que él desparramó contra mí en tantos años.

Volvió a tender la mirada por el ventanal. El sol acariciaba ya la cima de las colinas, pronto a ceder el paso a las sombras.

Y a la niebla.

Capítulo X

TORRANCE encontró a las muchachas en el salón, sentadas ante la chimenea. Su parloteo cesó al verle entrar, y Mary señaló al perro que le seguía.

—¿Cómo le has dejado entrar, John? Tío Marcus...

—Nuestro amado tío tiene otras cosas en que pensar hoy, linda. ¿De qué hablabais? Espero no haber interrumpido ninguna conversación confidencial.

Julia se apartó un poco en el diván y dijo:

—Siéntate aquí.

Daisy hizo un ruidito burlón con los labios. Estaba sentada en una butaca, a su lado.

—Están enamorados —dijo irónicamente dirigiéndose a su prima—. ¿No es enternecedor?

Torrance encendió un cigarrillo, soportando imperturbable la ironía de su prima.

Luego, tranquilamente, dijo:

—La piedra se ha movido más de una pulgada.

Las oyó contener el aliento. Julia musitó:

—Estuviste ahí abajo, solo...

—Solo no. «Satán» bajó conmigo.

—¡Pero la llave había desaparecido! —exclamó Daisy—. ¿Cómo pudiste abrir la puerta?

—No fue difícil. Le pedí la llave a Watkins, sólo para ver cómo reaccionaba. Cabía la posibilidad de que la hubiera retirado él del arcón, pero no es así. Estuvo revolviéndolo, y se sorprendió mucho al no encontrarla.

—¿Forzaste la cerradura? —saltó Mary, asombrada.

—En todo caso, no la estropeé. Pero aún no me habéis dicho de qué hablabais.

Julia sonrió.

—Se disponían a contarme historias macabras de este castillo.

Torrance frunció el ceño.

—¿Algo sobre el primero de octubre?

Ahora le miraron desconcertadas.

Mary indagó, intrigada:

—¿Qué es eso del primero de octubre?

—¿De veras no conocéis esa maldición?

—Nunca nadie nos habló de eso...

—No me sorprende.

—Bueno, cuéntanos.

—Primero vosotras. Quizá una cosa se relacione con la otra. Veamos cuál es vuestra historia.

Daisy estiró las piernas hacia la lumbre, cambiando de postura. El perro levantó un instante la cabeza y la miró con ojos melancólicos. Luego volvió a relajarse, tendido ante todos ellos.

—Se remonta a más de doscientos años, quizá trescientos, si aceptamos las versiones más confusas. En aquel tiempo, el dueño del castillo, el señor feudal, era un hombre brutal, desalmado y salvaje, al que temía el propio rey de Inglaterra.

Torrance dijo, interrumpiéndola:

—Un señor de horca y cuchillo.

—Exacto, su maldad no conocía límites. Él y su hermano sembraban el terror y la desolación. Las gentes decían que era el mismo diablo quien les inspiraba. Con eso está dicho todo.

Julia deslizó la mano hasta sentirla apresada por los dedos de Torrance, que a su lado escuchaba con la mirada perdida en la silenciosa danza de las llamas.

Nadie hizo ningún comentario, de modo que Daisy prosiguió:

—El hermano mayor, dueño del castillo, se casó con una bellísima doncella de noble cuna, pero venida de tierras lejanas, de algún lugar de Europa del que la leyenda no dice nada concreto. La pasión que el desalmado noble sentía por ella era tan grande que le llevó a mantenerla encerrada, para que nadie más que él pudiera gozar con la contemplación de su belleza. La convirtió casi en su prisionera.

Torrance levantó un instante la mirada y sus ojos profundos se fijaron en Daisy, serios y atentos.

—Continúa —murmuró.

—Bueno, como siempre ocurre en estos casos, las rejas no son suficientes para encerrar al corazón. La hermosa joven se enamoró del hermano de su carcelero, y él de ella. De algún modo encontraron la oportunidad de verse y su amor creció, hasta consumarse en la loca pasión que les libraba del despotismo del hermano mayor. Sólo que esa pasión les volvió imprudentes y fueron descubiertos.

Julia suspiró:

—Todas esas historias góticas terminan de un modo parecido. ¿No crees?

—La de nuestro remoto antepasado quizá varía un poco, querida. El descubrimiento de ese amor, el engaño de su mujer con su propio hermano, desató todos los demonios de su natural perversidad. Hizo que los amantes fueran encadenados en la cámara de tortura, que por aquel entonces existía en los sótanos, junto a las mazmorras.

Julia se estremeció.

—¿Y qué hizo, cortarles la cabeza?

Daisy dijo:

—Arrancarles el corazón.

Julia la miró, atónita. Torrance emitió un gruñido, pero no dijo una palabra.

Sólo entonces Mary intervino:

—Hizo que ella contemplara el suplicio de su amante, así la obligó a ver cómo le arrancaban el corazón, en vivo. Y luego repitieron lo mismo con ella.

Un extraño silencio siguió a estas palabras. Julia sintió un repeluzno de temor, como si todo aquello, en lugar de haber sucedido cientos de años atrás, fuera un suceso reciente, algo que aún pudiera afectarles a todos ellos de algún modo.

Entonces, Torrance indagó:

—¿Eso es todo?

—¡Caray! ¿Te parece poco? Dos jóvenes profundamente enamorados, condenados a ese suplicio atroz... Estremece sólo pensarlo.

—Quien fuere que te contó la historia, se guardó la mitad. Y creo que ahora es cuando debéis saber el resto.

Le miraron asombradas, atónitas.

—¿Es que tú sabes algo más, algo que nosotras desconocemos?

—Sé todo lo referente a esa maldición. Mi padre me lo contó poco antes de morir, y ésa es una de las razones que me impulsaron a venir a Inglaterra.

—¡Eh, espera un momento! ¿Quieres decir que viniste a causa de una leyenda como ésta?

—Hay otras razones.

Daisy palmoteo, encantada.

—¡Espléndido! Cuéntanos tu versión, primo John, eso que nosotras ignoramos de la maldición.

Él cabeceó. Dio un vistazo al ventanal. Las primeras sombras nocturnas ceñían la niebla que se alzaba empujada por el aire procedente de las marismas. La noche avanzaba, sombría e impenetrable.

Luego miró hacia la puerta. De un momento a otro les llamarían para la cena.

—Lo que tú has contado es cierto en líneas generales, se ciñe fielmente a la leyenda. Pero hay algo más. Cuando le arrancaron el corazón al joven hermano del déspota, la muchacha le maldijo. Auguró que él moriría del mismo modo, y que cada cien años, a lo largo de los siglos, quien fuere que ocupase su lugar a la cabeza de los Fanshawe, sería ejecutado exactamente igual. Le sería arrancado el corazón, justo en el día en que ellos fueron torturados y asesinados.

—Horrible...

—Hay algo más.

—¿Sí?

—El mayor de los Fanshawe, aquel déspota criminal y sádico, acabó de perder la cordura, si es que le quedaba alguna. Se lanzó a una constante carrera de violaciones, raptos de mujeres, crímenes y desmanes sin cuento... durante un año.

—¿Por qué sólo durante un año, es que al fin alguien le hizo justicia?

—Una justicia implacable. Cuando se cumplió un año justo del día en que él había asesinado a su mujer y a su hermano, le encontraron tendido en su lecho, en un mar de sangre. Le habían arrancado el corazón.

Las muchachas se quedaron mirándole boquiabiertas, atónitas.

Julia musitó:

—John, hablas como si tú creyeras en esas fantasías...

—Mi padre creía en ellas. Por lo menos en ésta.

—Pero tú...

—Esta noche hace cien años justos, el mayor de los Fanshawe apareció en su cuarto, muerto del mismo modo. Le hablan arrancado el corazón y todo el lecho era un charco de sangre.

Quedaron tan asombradas que ninguna de las muchachas atinó a decir una palabra. Torrance se levantó. Inclinandose hacia la chimenea añadió unos troncos y revolvió las brasas abstraído, consciente de la impresión que sus palabras habían causado.

Antes de volver a sentarse acarició la cabeza del perro, que runroneó sordamente, satisfecho.

Al fin, Mary murmuró:

—Por eso viniste... Crees que alguien matará a tío Marcus esta noche.

—O por la mañana, quién sabe. Eso era lo que creía mi padre que sucedería.

—Y tú, ¿qué piensas?

Él se encogió de hombros.

—Es todo un absurdo. Pero también parece absurdo que una roca se mueva sola en el sótano. Y que justamente en esta fecha tu tía Jana y los suyos hayan aparecido al cabo de tantos años. Y, si me apuras, también es absurdo que yo esté aquí si sólo me guía la morbosa curiosidad de ver si alguien le arranca el corazón al viejo cascarrabias. Sólo que a mí me empujaron otros motivos además, de los que aún no estoy en situación de hablar.

—Más misterios...

Daisy refunfuñó:

—¡Maldita sea! Leyenda o no, tengo la piel de gallina sólo con pensarlo.

Julia trató de reaccionar y dijo con voz tensa:

—No puedes creer esa barbaridad, John. No es más que una leyenda...

—Ciertamente, pero es cierto que hace cien años justos el mayor de los Fanshawe murió con el corazón arrancado. Eso, mi padre lo comprobó, después que el suyo le pusiera en antecedentes de la historia familiar. Consta en los registros, y en el archivo de la

policía de aquel tiempo. Fue un crimen que quedó sin resolver.

—Pero aun así...

—Hay algo más.

Dieron un respingo, asustadas.

—¿Aún más? —jadeó Mary.

—Hay algo en el sótano, algo siniestro, quiero decir.

—¿Te refieres a lo que sea que mueve aquella piedra?

Él sacudió la cabeza y señaló al perro.

—Es algo enterrado. «Satán» lo localizó.

Esta vez ninguna de las muchachas pudo evitar el escalofrío del miedo, la garra del temor que les oprimió el corazón.

Julia casi se levantó de un salto.

—¿Enterrado? —balbuceó—. ¿Quieres decir que hay alguien enterrado allá abajo? —Alguien... o algo, quién sabe. He ocultado una pala en la escalera y a la primera oportunidad lo comprobaré.

—¡John!

—Espera un momento —dijo Daisy—. El perro puede equivocarse. Quizá haya algo bajo tierra, pero no ha de ser necesariamente un cadáver.

—Entonces, ¿por qué el perro lo descubrió, por qué se excitó tanto que él mismo empezó a escarbar el suelo? Hubiera seguido haciéndolo si no le hubiese detenido. ¿Crees que un perro es una especie de zahorí capaz de descubrir vetas de agua, o tesoros enterrados?

—Por eso le llevaste contigo...

—En parte, y en parte para ver cómo reaccionaba ante la roca, si ésta volvía a moverse. —¿Y...?

—Se enfureció ante el muro. Incluso descubrió los colmillos, como si se dispusiera a pelear, a atacar a alguien.

Las muchachas cambiaron miradas aterrorizadas. Después, Julia murmuró:

—O mucho me equivoco, o tú sospechas lo que hay allá abajo.

—No tengo ni una remota idea de lo que sea que mueve aquella maldita piedra, eso puedo asegurarlo.

—A lo que dices que está enterrado me refiero.

Él titubeó. Pensó que estaba entre la espada y la pared.

Sacó un paquete de cigarrillos y les ofreció a las muchachas. Al final encendió uno para él y recostándose en el diván dijo:

—Es sólo una idea vaga, inconcreta. Por eso quiero comprobarla antes de hablar de ella.

—Has conseguido horrorizarme —admitió Mary sin ningún rubor—. Pero también intrigarme terriblemente. ¿Qué otros motivos te impulsaron a venir al castillo, además de esa leyenda?

—Es algo de lo que también mi padre me habló. ¿Alguna de vosotras ha oído alguna vez algo relacionado con el Arca de Oro?

Ni siquiera tuvieron que pensarlo.

—Yo no —negó Daisy.

—Ni yo.

—Exactamente, mi padre ignoraba qué era, pero sí estaba seguro de que debía encontrarse en alguna parte de este castillo. Él creía en un tesoro, o quién sabe qué. Quizá algo capaz de conjurar la maldición que pesa sobre los Fanshawe. Personalmente, opino que tío Marcus sabe mucho más de eso de lo que nunca querrá admitir.

—Ahí creo que te equivocas, John —terció Daisy—. Si fuera un tesoro, tío Marcus lo hubiera sacado hace muchos años para evitarse incontables dificultades económicas con que ha debido enfrentarse.

—Ya te digo que ignoro de qué se trata. Puede ser un tesoro. Mi padre creía que lo era, eso es todo lo que sé.

De nuevo cayó el silencio. Cada uno de los jóvenes sentía en su interior la extraña sensación del temor a lo desconocido, a algo que estuviera fuera de su dominio. Algo que nadie en este mundo pudiera controlar.

Sólo Julia admitió las cosas sin ambages.

—Quisiera estar lejos de aquí, John. En Londres... o en cualquier otra parte.

La miraron sin reproche alguno. Tal vez porque sus dos amigas estaban pensando lo mismo, aunque no se atrevieran a confesarlo tan abiertamente.

—Yo también quisiera que estuvieras lejos de aquí —dijo Torrance, sombrío—. Sobre todo, esta noche y mañana... porque mañana es el primero de octubre.

De pronto el perro irguió la cabeza. Sus orejas se tensaron y acabó levantándose de un salto.

Entonces oyeron los pasos marciales del coronel, quien apareció en la puerta y su primer saludo fue un seco gruñido.

—Por lo visto mis disposiciones ya no sirven aquí para nada.
¿Quién ha dejado entrar al perro?

Torrance se echó a reír.

—No culpe a sus sobrinas, coronel. El culpable soy yo.

—A estas horas quiero que esté ya en el parque.

—Lo llevaré yo mismo.

Torrance salió del salón. Ni siquiera hubo de llamar a «Satán», porque el perro trotó detrás de él alegremente.

El coronel acabó de entrar y refunfuñó:

—¿Alguien sabe dónde están los Flanagan?

No dijo «mi hermana».

Mary explicó, vacilante:

—Apenas salen de su cuarto, tío. Fuera de las horas de las comidas nunca les vemos.

El viejo militar sacudió la cabeza.

—Esperan —gruñó—. Gimo cuervos... igual que buitres. Esperan la carroña.

Las muchachas cambiaron una atemorizada mirada. Ahora comprendían lo que su tío quería decir. Ahora «sabían».

Minutos más tarde, el mayordomo anunció que la cena estaba a punto y que podían pasar al comedor.

El viejo Fanshawe le despidió con un gesto y luego dijo:

—Id vosotras. Yo vendré enseguida.

Le dejaron solo, erguido delante de la lumbre, con la mirada perdida en el bailoteo constante de las llamas. Su rostro se volvió sombrío, crispado como reflejo de los pensamientos que inquietaban su mente en esa noche que podía ser fatal.

Y no sólo por la leyenda, en la que él no creía.

—¿Estás pensando que ésta es tu última noche, hermano?

Se volvió violentamente.

En el umbral, Jana Flanagan, escoltada por su familia, le miraba con un brillo de triunfo en sus ojos despiadados.

—Por eso estás aquí —replicó—. Pretendes contemplar el espectáculo en primera fila y poner las manos en lo que no te pertenece. Pero si es así estás equivocada, Jana. Y ese rebaño que te acompaña se equivoca lo mismo que tú. Ahora sé que aún no fui bastante duro contigo, aunque eso lo remediaré.

Una sonrisa de diabólico triunfo distendió las facciones de su

hermana.

—Suponiendo que tengas tiempo, querido —dijo con voz meliflua—. Imagino que te refieres a cambiar el testamento, ¿no es cierto?

Él se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras.

Se apartó de la chimenea resueltamente.

—La cena está en la mesa —gruñó—. Comed y bebed porque eso será lo único que sacaréis de aquí.

Esperaba que se apartasen para dejarle paso, pero se mantuvieron rígidos en el arco de entrada. Jana le esperó:

—Aún no he terminado. Quiero decirte...

Brutalmente, sin contemplaciones, el coronel apoyó la mano sobre el pecho de Lester y de un empujón lo mandó dando traspiés hasta casi la mitad del vestíbulo.

La sorpresa impidió que reaccionaran a tiempo. Cuando Jack Flanagan barbotó un juramento y se volvió, su mujer le sujetó por los brazos furiosamente.

—¡Quieto, estúpido! Déjale que se crea el dueño y señor del castillo. Ya le queda poco.

Rechinando los dientes, Lester dijo en voz baja:

—Tú das muchas cosas por hechas, madre, pero imagina que eso de la maldición es una paparruchada. Que no pasa nada. ¿Entonces qué?

—Entonces, queridos míos, intervendremos nosotros. Con la ayuda del Poderoso nada podrá resistirse.

Hizo una seña y se encaminaron al comedor.

Una vez sentados, el único que faltaba era Torrance, pero el mayordomo explicó:

—El señor Torrance ha dicho que no deseaba cenar esta noche, y que se quedaría un rato en el parque, con «Satán».

Julia contuvo la respiración. Cambió una furtiva mirada con sus amigas y comprendió que ellas pensaban lo mismo. Un oscuro terror la invadió y hubiera deseado salir corriendo del comedor.

Sólo que eso era imposible, y hubo de someterse al tenso y silencioso ambiente que presidió toda la cena.

Por entre la niebla, al otro lado del ventanal, una siniestra silueta gris, informe y carcomida, esperaba...

Capítulo XI

SÓLO se escuchaba el ruido de la pala al escarbar en la tierra, y al arrojarla después sobre el ya enorme montón.

Antes de colarse en el sótano, Torrance se había provisto de otra linterna eléctrica, de modo que los dos conos de luz le permitían trabajar con cierta seguridad.

A un lado del hoyo abierto, el perro, sentado sobre sus cuartos traseros, le miraba jadeando con la lengua fuera, quizá intrigado por todos aquellos extraños manejos.

La profundidad excavada era ya más que suficiente como para que hubiera aparecido un cuerpo, si es que alguna vez hubo uno allí. Torrance empezaba a dudarlo.

Se detuvo, con el cansancio agarrotándole los músculos. Tenía la camisa empapada de sudor.

Miró hacia arriba, al montón de tierra extraída. Soltó un juramento entre dientes y se volvió hacia el perro.

—Si te equivocaste, amigo, me hiciste un flaco servicio. Ojalá pudieras entenderme.

El animal se limitó a mover la cola, contento de que le prestasen atención.

Con un suspiro, Torrance reanudó la tarea. Paladas de tierra volaron a medida que sus pies se hundían cada vez más en el suelo.

Y de repente, mucho más hondo de lo que hubiera sospechado nunca, apareció.

Primero fue un jirón de ropa hecha harapos. Una tela oscura, impregnada de tierra.

Contuvo el aliento y escarbó con tiento, cuidadosamente.

Por algún extraño instinto, y a pesar de que no podía ver el fondo del agujero, el perro empezó a gruñir.

La tela fue conformando un antiguo vestido de mujer, y a pesar de estar podrida y deshilachada aún cubría en parte el esqueleto

que una vez fuera un ser humano.

Torrance se estremeció. Restos de cabellos, las proporciones del cráneo, todo delataba que aquéllos eran los restos de una mujer.

Los cabellos de una mujer joven.

Con extremado cuidado, Torrance aún siguió retirando un poco más de tierra.

Y entonces la pala chocó contra algo sólido, debajo del montón de huesos, separado de éstos por apenas un palmo de tierra.

Intrigado, tomó una de las linternas y enfocó el obstáculo.

Vio una superficie de madera cruzada por bandas de metal oscuro, enmohecido. Tendría casi dos pies de largo por uno de ancho y fuera lo que fuere estaba profundamente enterrado en la tierra que había debajo de la calavera.

Jadeando como un fuelle de fragua Torrance salió de la tumba para recobrar fuerzas. El perro le siguió cuando se dejó caer en el suelo, con la espalda apoyada en el muro donde estaban excavadas las mazmorras.

—Tuviste razón, amiguito..., eres el perro más listo que he visto nunca.

Estaba acariciándole la cabeza cuando notó cómo se ponía tenso, antes de girar como un rayo, gruñendo y descubriendo los colmillos.

Torrance dio un salto, incorporándose.

Antes que pudiera hacer ningún otro movimiento, el coronel Fanshawe apareció en el halo de luz de las lámparas, alto, lívido, con el rostro contraído por la furia.

El perro dejó de gruñir. Meneó la cola y caminó hacia su amo, no muy seguro de cómo sería recibido.

En la mano del coronel brillaba el acero de un revólver militar.

—Sospeché que estabas aquí cuando terminamos de cenar —dijo con una voz como un chirrido—. Lamentablemente, no pude bajar antes para no levantar sospechas en todos los demás.

—Le encontré, coronel.

—Imagino que gracias al perro...

—Él señaló el lugar. Era su esposa, ¿verdad? Usted la asesinó a su regreso de la India.

—Si lo sabes huelgan los comentarios.

—Mi padre lo sospechó desde siempre..., pero usted era su hermano, el mayor, el cabeza de los Fanshawe, y calló hasta que

supo que iba a morir...

—Hubiera sido preferible que siguiera callado.

—¿Qué va a hacer ahora, coronel, de qué cree que le servirá ese revólver?

—Me has creado un difícil dilema, muchacho, muy difícil. No puedo permitirte que destruyas en un minuto el prestigio de nuestro nombre. En Inglaterra es tan respetado como el de la familia real...

—Un prestigio cimentado en el crimen, señor.

El coronel sacudió la cabeza. El perro, a un lado, esperaba.

Allá atrás, el seco crujido de la roca hizo dar un respingo a los dos hombres.

Fanshawe barbotó:

—¿Qué es ese ruido, lo sabes?

—Una piedra del muro. Se mueve.

—No creo que éste sea momento de bromas.

Torrance se encogió de hombros. Dijo:

—¿No quiere dar un vistazo a lo que queda de su esposa, coronel? No es muy agradable de ver...

—Puedo imaginarlo.

Suspiró. Al cabo de un instante ordenó:

—Coge la pala y vuelve a echar la tierra dentro.

—¡Espere un minuto!

—O eso, o tú acabarás ahí abajo. Elige.

Torrance lo miró casi con lástima.

—Sería capaz de matarme...

—Aún no he desistido de hacerlo.

—Está bien, no pierda el control...

Se agachó para recoger la pala.

El revólver subió y bajó como un rayo. El golpe resonó como un crujido en la nuca de Torrance y éste cayó contra el montón de tierra y quedó inmóvil.

«Satán» empezó a gruñir amenazadoramente. El coronel se volvió, enfurecido. Vio los colmillos del animal y borbotó:

—¡Quieto, «Satán», fuera de aquí! ¿Me oyes? ¡Fuera de aquí!

Le costó obedecer, pero al final retrocedió de mala gana.

El coronel se guardó el revólver en un bolsillo. Quitó el cinturón a Torrance y con él le amarró violentamente las manos a la espalda. Luego, jadeando, le arrastró hasta una de las profundas mazmorras,

donde le arrojó con violencia.

Cerró la enmohecida reja y empezó a examinar las argollas de las demás. Al fin encontró una más o menos entera y con ella aseguró la chirriante reja.

—Ya decidiré qué hago contigo, estúpido entrometido...

Fue a recoger las linternas. No pudo evitar dar una mirada al fondo de la tumba que él mismo excavara una vez, en su juventud.

Una suerte de quejido animal brotó de su garganta contra su voluntad. Se volvió de espaldas al macabro espectáculo, fue hacia el perro y de un puntapié le tiró ante él dando tumbos.

—Arriba, maldito —gruñó—. Debería matarte...

«Satán» no emitió ni un ladrido, ni una queja, pero sus ojos salvajes parecían encenderse con la luz del infierno. Luego precedió al coronel hacia las escaleras.

La puerta del sótano chirrió levemente. El coronel trató de cerrarla con llave, pero la cerradura resistió y sólo consiguió dar un cuarto de vuelta.

Masculló una maldición. La dejó de modo que pareciera bien cerrada, llevó al perro al portón de entrada y con un nuevo puntapié le mandó dando tumbos contra la barrera de niebla que invadía el jardín.

Cerró el portón violentamente, apagó las luces y desapareció escaleras arriba.

Sólo cuando sus pasos se hubieron perdido en la distancia, Julia asomó la cabeza por la puerta del salón. Atisbo, temerosa. Tenía un pánico cervical.

Hubiera sentido un horror mucho más profundo si hubiera podido adivinar los acontecimientos que le aguardaban...

* * *

La habitación estaba sumida en tinieblas. Un chasquido sonó en la ventana, donde se arremolinaba la niebla.

Lejos, en cualquier parte, ladraba un perro. En la ventana, el sonido se repitió. Era como el rascar de madera contra madera.

O quizá hueso contra madera...

El perro, a lo lejos, calló.

La ventana hizo un ruido seco al abrirse. Algo, quizá el viento, abrió los batientes de par en par.

Sólo que apenas si había viento.

Primero, un etéreo jirón de niebla entró, perezoso, como un gran bostezo. Se arremolinó y, poco a poco, fue desvaneciéndose hasta no quedar nada.

Luego, la cosa gris se deslizó por la habitación como si siempre hubiera estado allí.

Los batientes de la ventana se cerraron sin un ruido.

La cosa gris se detuvo al pie de la cama.

La cama estaba vacía, desierta. No había nadie.

La colcha y las sábanas estaban desplegadas, como esperando al durmiente. A un lado, un pijama de seda azul también esperaba.

La cosa gris se irguió, como desdoblándose. Hilachas de basta tela formaban los harapos de una túnica, o una mortaja. Sobre ella oscilaba el cráneo roto, la boca casi sin dientes y de encías purulentas, bajo unas cuencas vacías y que, sin embargo, despedían una fosforescencia demoníaca.

Largas gudejas de pelos como cerdas salpicaban la cabeza. Un pedazo de hueso del cráneo oscilaba a cada movimiento, sujeto apenas por los restos del tejido podrido que sostenía también los mechones de cabello. Era el hueso que había roto una pesada bala de plomo.

El espectro osciló. De la sucia cavidad bucal surgió la pestilencia de la muerte y una suerte de silencioso quejido. Algo que no era siquiera voz, sino una frustración, ira, impaciencia brotando del fondo de lo que no era.

Las manos, descarnadas, huesos como jarras con jirones de piel semejantes a pergamino viejo, azotaron la vacía cama, desgarrando las sábanas y arrojándolas a un lado.

Al fin, el espectro se dirigió a la puerta. La abrió y salió al pasillo, sumido en una densa penumbra sólo aliviada por el débil resplandor de las luces que quedaban encendidas en el vestíbulo.

Con aquella silenciosa queja brotando de la caverna sin dientes, la cosa gris atravesó el pasillo, se detuvo ante otra puerta cerrada y por unos instantes pareció escuchar, como si pudiera oír, como si pudiera sentir.

Después, lentamente, abrió aquella puerta.

Volvió a detenerse, expectante. Incluso diríase que jadeaba.

Entró a la oscuridad del cuarto.

La cama, antigua, cubierta por un dosel, se recortaba contra el

recuadro de la ventana. Poco a poco, el espectro cerró la puerta.
En la cama reposaba el cuerpo de una mujer.

Capítulo XII

PASO a paso, sintiendo el corazón golpeándole en la garganta, Julia descendió los peldaños con las zarpas del miedo agarrotándole el alma.

Las tinieblas se le antojaban pobladas de seres demoníacos, siniestros, que la espíaran esperando atraparla.

Cuando llegó abajo susurró:

—¿John?

No obtuvo respuesta. Su voz fue apenas un quejido ahogado.

Levantó la mirada hacia los tragaluces del techo. Apenas se distinguían en la negrura. Estuvo a punto de chillar cuando vio flotar una sombra gris entre los barrotes de uno de ellos, hasta que comprendió que se trataba de un jirón de niebla.

Avanzó unos pasos, tanteando para no tropezar con los montones de objetos desperdigados por aquella parte del sótano.

—¿John, estás aquí? —repitió, suplicante, llena de pánico.

Sus pies tropezaron con un obstáculo de madera y estuvo a punto de caer de bruces. Lanzó un grito ahogado y permaneció tensa y quieta una eternidad.

Al fin encendió un fósforo. No había encontrado ninguna lámpara eléctrica en el arcón. Eso casi la había hecho desistir de bajar al sótano, pero la certidumbre de que Torrance estaba allá abajo, después de ver salir al coronel y al perro, la había decidido.

La cerilla le reveló los obstáculos que tenía en torno y luego le quemó los dedos. La tiró, avanzando con un poco más de seguridad.

Entonces, el crujido, insólito y aterrador, de la gran roca, la paralizó de espanto una vez más.

—¡Oh, Dios, oh Dios...! —jadeó—. ¡John, respóndeme!

Encendió otra cerilla para moverse más deprisa. No pudo evitar una mirada al enorme muro.

Allí estaban las siniestras argollas, las cadenas, las rejas.

Y la piedra saliente.

Se quedó helada, sin respiración. La piedra se había desplazado hacia fuera mucho más de lo que pudo imaginar. Pensó que debía estar a punto de caer fuera del muro.

De nuevo tuvo que tirar la cerilla porque le quemaba los dedos.

Y Torrance no respondía. Llena de angustia iba a llamarle de nuevo cuando, como una pesadilla, oyó algo más.

Pasos.

Pasos cautelosos, lentos. Apenas el roce de pies no sabía dónde...

Se mordió los labios para evitar los chillidos que pugnaban por estallar en su garganta contraída por el terror.

Su desbocada imaginación le hacía ver seres monstruosos que la cercaban. Garras hincándose en su cuerpo y mil pesadillas nacidas de las tinieblas.

Y entonces, como un relámpago, la luz brilló cegándola momentáneamente.

La luz de una linterna.

La relajación de sus nervios fue tan violenta que estuvo a punto de desplomarse.

Pero instantáneamente, unas manos ásperas, duras, cayeron sobre ella sujetándola contra alguien. Abrió la boca para gritar, pero una mano se la apretó salvajemente, lastimándola.

Una voz de mujer, ronca y baja, gruñó:

—No la sueltes..., la quiero viva...

Detrás de su propia cabeza, jadeando, un hombre replicó:

—¿Para qué? Si hemos de librarnos de las otras no podemos dejar ésta con vida.

Julia giraba los ojos en las órbitas. La luz la cegaba y el espanto era como una tenaza que le oprimiera el pecho, ahogándola.

—No comprendes, estúpido —la mujer hablaba con voz firme, despectiva—. Él la aceptará como nuestra ofrenda. Nunca habrá gozado de una mujer tan bella y eso le dispondrá a nuestro favor.

—Tienes razón... Siempre tienes razón, querida.

La luz se desvió, barriendo las sombras alrededor. Vagamente, Julia vio la silueta de la mujer y la reconoció. No podía creer que fuera realmente Jana Flanagan...

—Espera, sujétala un poco más —dijo ésta.

Se fue hacia la pared. Sonó un ruido de metal y una exclamación de contento.

—Ni hecho a propósito podíamos tener tanta suerte... Tráela aquí, pero cuida de que no grite.

El hombre que la sujetaba retrocedió llevándola casi en volandas. Sólo entonces Julia reaccionó y empezó a forcejear. Era joven y fuerte y casi se libró de las garras que la sujetaban.

Pero entonces Jana Flanagan acudió en ayuda de su marido. La abofeteó brutalmente antes de sujetarla por las piernas.

—¡Quieta, maldita! Vas a estarte quieta o te mataré...

Se sintió empujada contra la pared. Jana Flanagan, sin dejar de sujetarla, deslizó las manos por su cuerpo hasta los brazos, lastimándola con las uñas.

Le aferró las muñecas. El hierro tintineó y algo frío substituyó las manos de la mujer.

—Hay que amordazarla —gruñó la voz de la harpía—. Con las otras todo será más fácil porque no son tan hermosas como ésta. Sólo hay que quitarlas de en medio...

Cuando la soltaron, Julia estaba paralizada de terror. La mordaza apenas le permitía respirar, y las argollas del muro, cerradas en torno a sus muñecas, la mantenían rígida, aprisionada e inerme.

—Has sido sumamente amable bajando aquí sola —comentó la sacerdotisa del diablo—. Nos has dado la mitad del trabajo hecho...

La luz de la linterna se paseó por ella de arriba abajo, y otra vez desde los pies a la cabeza.

Un sordo gruñido de Flanagan sonó en el silencio.

Jana rió.

—Hermosa —dijo—. Él estará contento. Vámonos.

—Espera...

La voz del hombre era ronca, tensa.

—¿Para qué?

Flanagan apareció dentro del cono de luz, acercándose a Julia.

Sus ojos tenían una mirada opaca y turbia. Las manos le temblaban cuando se cerraron sobre los pechos de la muchacha. Una suerte de quejido brotó de sus labios.

Jana se rió con voz aguda.

—No es para ti, querido —dijo—. Tal vez cuando el Poderoso la

haya poseído, entonces...

Los dedos del hombre aferraron la blusa y de un tirón la desgarró, arrancándola del tenso cuerpo de la muchacha. Otro desgarrón y los leves sujetadores volaron también dejando al descubierto la juvenil pujanza de sus senos.

Jana volvió a reír de aquella manera que daba grima.

—Es tan bella, ¿verdad, querido?

—Dámela —jadeó él—. Ahora, Jana, ahora...

—No, déjala.

—Por favor, Jana...

—Es para el Poderoso. Pero me gusta que te excites así. Ven.

Él gruñó:

—¿Aquí?

—Ven.

La luz se apagó.

Julia hubiera querido morirse. Se debatió con las argollas hasta que el hierro laceró su piel de las muñecas. Lágrimas de miedo y dolor inundaron sus ojos.

Oía los salvajes jadeos de aquellos seres demenciales que se revolcaban en la oscuridad. Sus quejidos, las palabras barbotadas en medio de un frenesí que no parecía siquiera humano...

Era una pesadilla.

A su izquierda, el crujido de la roca se elevó, seco, siniestro.

Julia lo oyó y casi deseó que se desencadenara el infierno, las fuerzas de las tinieblas para que aplastaran al hombre y a la mujer que al fin, casi sin que ella lo advirtiera, habían callado.

Tardó un poco en darse cuenta de que estaba sola, abandonada en la inmensidad del sótano.

A través de la mordaza, sollozó, impotente. Sentía el frío impregnarle los pechos desnudos y llegarle hasta el alma a impulsos del pánico.

Fijó la mirada en las tenues manchas de los tragaluces, donde culebreaban etéreos jirones de niebla.

Le pareció que una mancha oscura pasaba ante ellos al poco rato...

¡El perro!

Debía estar en el jardín...

Si pudiera gritar.

La sombra se detuvo ante uno de los tragaluces. Ya no le cupo duda alguna. Era «Satán» y estaba allí, libre.

Intentó gritar a través de la mordaza. Emitió un sollozo, una queja amarga ante la imposibilidad de llamar al animal.

Volvió a intentarlo. La mordaza estaba tan apretada que ni siquiera podía mover los labios.

Esta vez, el sollozo se le antojó tan sonoro como un clarín, aunque apenas si fue algo más que un quejido apagado, apenas audible.

En el jardín, «Satán» empezó a ladrar.

* * *

Quizá fuera el lacerante dolor de la cabeza lo que devolvió la conciencia a Torrance.

Se sentía terriblemente mareado, aturdido, y el atroz latido de la nuca era como un cuchillo que alguien hundiera poco a poco en el cerebro.

De un modo confuso oyó el ladrido lejano del perro.

Intentó incorporarse y entonces descubrió que tenía las manos atadas a la espalda. Rezongó entre dientes, aún lleno de confusión.

Y al fin, como un estallido, igual que una luz que se encendiera de golpe, lo recordó todo y soltó una sarta de maldiciones entre dientes.

Forcejeó con la correa que sujetaba sus manos. Se lastimó las muñecas y eso fue todo lo que consiguió.

Sumido en la más absoluta de las tinieblas, trató de calmarse y reflexionar con calma. Logró incorporarse y quedar de pie, con lo que pudo tantear con el cuerpo hasta descubrir que estaba encerrado en una de las mazmorras, y que de algún modo el coronel había logrado asegurar la reja.

Con nostalgia, pensó en la chaqueta que había quedado tirada cerca del montón de tierra. En ella había quedado el revólver, las cerillas, el tabaco... Todo.

Los ladridos del perro se reanudaron, tal vez más próximos. Debía corretear por algún lugar del jardín.

Entonces, mientras con amargura se reprochaba su imprevisión al haberse dejado sorprender tan tontamente, creyó oír algo más.

Un tintineo de hierro, más allá de las tinieblas, en la zona del sótano donde se abrían los ventanucos.

Intrigado, escuchó con más atención. Ciertamente, el tintineo se repitió, y al apretar la cabeza contra la reja intentó descubrir si había algún resplandor de luz.

No vio nada. Todo era oscuridad, tan negra como el infierno.

Pero había escuchado el ruido. De eso no cabían dudas, y si alguna le hubiese cabido, lo oyó una vez más. Eran leves golpes de metal contra el muro de piedra.

Recordó las argollas fijas en la pared. Tal vez el aire las moviera, pero eso era muy improbable.

—¿Hay alguien ahí? —gritó.

No obtuvo respuesta.

O quizá sí.

El sonido metálico repercutió en el silencio. Golpes repetidos, con un ritmo que no podía ser producto de un movimiento fortuito.

—¿Me oyen? —gritó de nuevo—. ¿Quién hay ahí?

La respuesta fue semejante a la anterior. Unos golpes débiles y continuados. Luego, cesaron dejándole sumido en la más absoluta perplejidad.

Se apoyó de espaldas a la pared y comenzó a pelear con calma contra el cinturón. Pensó que era cuestión de tiempo aflojarlo lo suficiente para librarse.

Otra vez el tintineo del hierro.

Y casi en el acto, un prolongado crujido que le erizó el pelo, paralizándole unos instantes. El crujido de la piedra al deslizarse de su engarce.

Reanudó los esfuerzos. Las muñecas le dolían de un modo atroz y sentía deslizarse, lenta, la sangre por sus manos. Sin embargo no cesó. Tenía que librarse de un modo u otro, antes que el coronel regresara. Ahora sabía que aquel hombre si no estaba loco no le faltaba mucho para perder la chaveta...

—El maldito —refunfuñó en voz alta.

El tintineo del metal pareció replicarle. Era como si...

Como si alguien le oyera. Alguien que sólo pudiera comunicarse con él de aquel modo absurdo.

Pensó sobre eso.

La correa se aflojó un poco, pero el lacerante dolor le hizo detenerse en sus esfuerzos. Una nueva idea le dio esperanzas.

—¿Me oyen? —gritó.

Su voz sonaba opaca, extraña en la inmensidad de la bóveda.

El metal repercutió cual respuesta sonora.

—Si me oyen golpeen dos veces...

¡Y el tintineo sonó dos veces!

John Torrance empezó a dudar de su propia cordura.

No comprendía nada.

—¿Por qué no me responden? —gritó.

Una sucesión de golpes sonoros fue una respuesta casi tan buena como la que él pedía. Pero no lo bastante clara.

Maldijo entre dientes. Y por primera vez pensó en algún fenómeno sobrenatural, algo que estuviera fuera del alcance de la mente humana y que de alguna forma estuviera relacionado con la sangrienta leyenda de los Fanshawe, y la fatídica fecha del primero de octubre...

Era incapaz de adivinar el auténtico origen de aquel sonido que, para él, era esperanza y temor a la vez.

Reanudó los esfuerzos para librar sus manos, rechinando los dientes porque la correa profundizaba en el corte sangrante de las muñecas. Pero se había aflojado. Pensó que ya faltaba poco.

En aquel instante, el pertinaz golpeteo del metal contra la piedra se reanudó, ahora insistente, acuciante sonoro.

Y como respuesta, la voz retumbante del perro gruñó como si estuviera colgado del techo. Un largo aullido, y después empezó a ladrar desaforadamente, y a Torrance se le antojó tan próximo como si pudiera tocarlo con las manos.

No comprendió que debía estar pegado a uno de los ventanucos hasta que cayó en la cuenta de que las inmensas bóvedas desfiguraban el sonido hasta límites insospechados.

—¡«Satán»! —gritó a su vez—. ¡Aquí, «Satán», busca!

Los ladridos cesaron un instante. Luego, el perro empezó a gruñir de un modo salvaje, un sonido bronco que daba escalofríos.

Y después, abruptamente, también el gruñido cesó y sólo quedó el silencio, más denso si cabe que antes.

El perro se había alejado.

Torrance suspiró, impotente, recostado contra la pared.

Sentía el caliente y viscoso deslizarse de la sangre en las manos, y el dolor, tan agudo que anulaba incluso al que laceraba su nuca desde que recobrara el conocimiento.

Nunca supo cuánto tiempo duró la tortura antes de sentir que sus manos estaban libres. Entonces cerró los ojos, ahogando un quejido, y recostado contra la pared se esforzó por recobrar la calma.

Recogió el cinturón y se lo ciñó en la cintura. Con el pañuelo, a oscuras, intentó restañar la sangre de sus muñecas.

Tras esto, probó la resistencia de la reja.

Desde el primer instante supo que no podría abrirla con las manos desnudas.

Y allá, a la derecha, la extraña roca crujió una vez más, y el tintineo del hierro se hizo frenético y Torrance se desesperó agarrado a los barrotes en un salvaje intento de sacudirlos y abrir la maldita reja...

Capítulo XIII

EL espectro se irguió poco a poco sobre el lecho. Toda la habitación estaba impregnada de una nauseabunda fetidez.

En el jardín, ahora lejano, aullaba un perro. Ladridos furiosos que tan pronto se alejaban como se acercaban a la entrada del castillo.

El espectro grisáceo pareció flotar fuera de la cama. Ahora, aquella suerte de sudario estaba manchado de sangre, y de sus zarpas huesudas se desprendía también el rojo gotear de la muerte.

Un silencioso jadeo, algo que no era siquiera sonido, parecía brotar de él, de aquella cosa inmundada que contemplaba con sus cuencas vacías y fosforescentes lo que quedaba sobre las revueltas sábanas.

A medida que se acercaba a la puerta, sobre el suelo de madera quedaba un reguero de salpicaduras rojas.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Todo era silencio, excepto el ulular del perro.

Paso a paso, cual si flotara en el aire, recorrió el pasillo hasta el inicio de las escaleras, pero no descendió. Era como si titubeara. Luego, prosiguió su lento avance hacia la otra ala del castillo.

Poco antes de desaparecer en la oscuridad de aquel lado, la sangre dejó de gotear de sus descarnadas uñas.

Después ya no hubo nada. Ni espectro, ni sangre, ni sombra alguna.

Sólo el silencio.

Y el frenético aullar del perro en el jardín.

Incluso el tiempo parecía haberse detenido. El hedor del mal, y de la descomposición y la muerte se disipó.

Y en su lecho, Daisy abrió los ojos preguntándose qué la había despertado, hasta que oyó el ladrido intermitente del perro, casi bajo su propia ventana.

Inquieta, escuchó con todos sus sentidos. Sabía muy bien que «Satán» nunca alborotaba por las noches.

Al fin le oyó alejarse y ladrar a lo lejos, mentalmente calculó su recorrido... Ahora doblaba la esquina y sus roncós aullidos casi dejaban de oírse... Debía haberse parado ahora, pero no, se oía más lejos, seguramente allí donde estaba la salida trasera, la puerta que correspondía al área de servicio y a la cocina...

Desvelada e inquieta, Daisy saltó de la cama y atisbó por la ventana.

La niebla impedía ver nada más allá de unos pasos.

Encendió la lámpara de noche y entonces cayó en la cuenta de que, con todo aquel alboroto del perro, era muy extraño que nadie hubiera ya dado señales de vida.

Se vistió una bata y salió al pasillo.

Todo estaba tranquilo. Titubeó, porque si todos los demás dormían tranquilamente y ella les despertaba por una tontería habría que oírles...

Se decidió por probar con Julia. Si estaba dormida no la despertaría.

Abrió la puerta con infinito cuidado y asomó la cabeza.

La cama estaba desierta, y las ropas revueltas en el suelo.

Sintió un escalofrío.

—¿Julia? —jadeó.

Nada.

Tal vez había tenido miedo y había decidido pasar la noche con Mary...

¿O quizá con Torrance? Se habían enamorado, así que...

Volvió a cruzar el pasillo y casi dio un salto al ver que la puerta del dormitorio de Mary estaba abierta.

Entró y al instante captó el extraño hedor que aún reinaba allí dentro.

—¿Mary?

Tanteó en busca de la llave de la luz y le dio vuelta.

Dio un alarido y se desplomó igual que fulminada por un rayo.

Allá abajo, entre la niebla, «Satán» se paró una vez más ante el portón de entrada, gruñendo. Alzándose sobre las patas traseras arañó la puerta furiosamente.

La puerta no se abrió.

Jadeando, el animal se quedó unos instantes inmóvil, silencioso y tan tenso que el poderoso cuerpo se estremecía con un leve temblor.

Todo su inteligente instinto le empujaba a entrar al castillo. Él «sabía» que tenía que entrar.

Gruñó de nuevo, amenazador e impaciente. Luego, corrió pegado al muro hacia los agujeros de donde salía aquella voz.

Se detuvo allí, la lengua fuera y las orejas tiesas, vibrantes. Soltó un corto alarido y esperó.

Allá abajo, la voz del hombre subió como una onda sonora que alertara las células del instinto.

«Satán» se dirigió una vez más hacia la fachada lateral, allí donde él sabía que había una puerta en la que, casi siempre, alguien le daba la comida.

Pero aquella puerta también estaba cerrada.

* * *

Fastidiado, Lester Flanagan se levantó. En la chimenea del dormitorio el fuego estaba casi apagado y la atmósfera se había enfriado.

Buscó la bata y luego echó leña al fuego, avivándolo. Pronto las llamas danzaron con un agradable siseo y su calor le envolvió.

Para sus adentros maldijo al perro que le había despertado. Encendió un cigarrillo, acercó una butaca a la lumbre y se relajó, dejando volar la imaginación.

Cuando oyó abrirse la puerta apenas si ladeó la cabeza.

En silencio, Fanny se deslizó dentro del cuarto y volvió a cerrar.

—¿También a ti te despertó ese condenado animal? —rezongó.

—Sí...

—Acércate, te calentarás.

Ella arrastró otra butaca y fue a sentarse a su lado. Estaba envuelta en una bata suave y acolchada. Estiró las piernas hacia la lumbre y la bata se deslizó a un lado dejando al descubierto sus largas piernas hasta el muslo.

Tras un silencio, susurró:

—¿Lester?

—¿Qué?

—Creí que te habías dormido... ¿Tú crees que el viejo morirá?

Él se encogió de hombros, despectivo.

—Seguro —gruñó—. De un modo u otro...

Hubo un prolongado silencio.

De nuevo Fanny lo rompió.

—¿Te imaginas? —dijo—. Todo esto nuestro... el castillo, las tierras, el dinero... Todo.

—Aún no lo tenemos cariño. Están ellas por en medio, y ya viste el testamento en el archivo del notario. El castillo queda para las dos, Mary y Daisy, y parte de las tierras.

—Pero madre está segura de que desaparecerán.

Él ladeó la mirada. Sonrió sin humor.

—Da muchas cosas por hechas, ya se lo dije.

—Siempre tiene razón, lo ha demostrado. Acuérdate de que el Poderoso la ayuda... nos ayudará a todos.

Él asintió y volvió a mirarla. La abertura de la bata dejaba al descubierto hasta la sombra negra del pubis de la muchacha, entre los apretados muslos.

—Sin embargo —replicó con voz sorda—, dio por muerto al estúpido pasante del notario, cuando lo tiramos por la ventana, y luego resultó que pudo levantarse y llegar hasta aquí. Si en lugar de venir para advertir al viejo hubiera ido a la policía... No quiero ni pensarlo.

Ella se enderezó.

—¿No lo comprendes? Lester, querido, eres tonto. Nosotros nos equivocamos, es cierto. Pero el Poderoso enmendó nuestro error. Recuerda cómo le encontraron, la manera cómo había muerto...

—Lo sé —tendió la mano y le acarició distraídamente los muslos—. Ahí nos ayudó, tienes toda la razón, aunque me gustaría mucho saber cómo lo hizo... Me habría gustado incluso verlo. ¿A ti no?

Ella le sujetó la mano, apretándola contra su carne. Cerró los ojos.

—Sí, Lester —susurró con voz ronca—. Me habría encantado verlo... y ver cómo mataba a esa lagartija de hombre.

Se estremeció de arriba abajo. Tiró de la mano de él hacia arriba y jadeó:

—¿Y sabes otra cosa? Si lo hubiera visto... si hubiese podido estar allí, con el Poderoso...

—¿Qué? Dilo.

Ella le apretó bruscamente la mano entre los muslos.

—¡Le habría suplicado que me poseyera!

—Fanny...

Ella tenía los ojos cerrados. Las llamas se reflejaban en su rostro con un cambiante juego de sombras.

Lester se levantó, le quitó la bata y dejó que el reflejo del fuego jugara en todo su cuerpo tenso.

Poco a poco se echó sobre ella, y los dos se deslizaron al suelo, delante de la chimenea, delante de las llamas...

Ciegos en su satánica lujuria, no vieron abrirse la puerta, ni al espectro ensangrentado que apareció en ella.

No supieron que estaba allí hasta que las garras se cerraron en el cuello de Lester, levantándolo como a un muñeco.

Las cuencas en las que parecía burbujear la muerte se clavaron en Fanny y ésta abrió los ojos y el horror la paralizó.

Un ahogado rugido brotó de la garganta de Lester. Le pareció que las llamas de la chimenea entraban dentro de él a través del cuello. Entonces las garras le arrojaron al fuego y ya no pudo ni gritar.

Fanny boqueó, luchando por lanzar el aullido de pánico cerval que la poseía. Un ronquido inhumano fue lo único que brotó de su boca abierta, porque aquellas cuencas fosforescentes la dominaban, la poseían con toda la maldad que ella tantas veces había invocado...

La poseían antes incluso de que la horrenda visión se desplomara sobre su cuerpo desnudo, mientras en la lumbre ardían los troncos y el cuerpo de Lester Flanagan...

Capítulo XIV

JANA FLANAGAN sacudió a su marido y gruñó:

—¿No has oído nada?

Parpadeando, aturdido de sueño y de agotamiento, él dijo:

—¿Oír? El maldito perro... hace tiempo.

—Me pareció oír algo extraño... un grito ahogado o algo así.

Jack se incorporó de golpe quedando sentado.

—¿Crees que ha sido el maldito viejo? Tal vez la maldición se ha cumplido y le has oído gritar en el último momento.

—No digas sandeces. Marcus duerme lo bastante lejos de aquí como para que no le oigas aunque chille una semana seguida. ¿No viste dónde estaba su habitación?

—No me preocupé de averiguarlo.

—Pero yo sí. Querido, eres un inútil. A veces me pregunto qué sería de ti si yo no...

—Ya veo —la interrumpió él—. Si la maldición no se cumple, lo haremos nosotros.

—Eso es, pero de modo que no nos puedan culpar jamás.

—Eso va a ser más difícil de lo que imaginas.

—No hay nada difícil para mí mientras el Poderoso me inspire. ¿Ha sospechado alguien de nosotros por matar al americano?

—No, pero...

—Ahí tienes.

—Es distinto, me parece, Jana, querida. Ese hombre no lo puede relacionar nadie con nosotros. El vino a vernos a Londres por su cuenta, y accedimos a compartir con él la herencia si todo salía bien, y así se confió. Pero eso es distinto.

—¿Olvidas al otro americano que hay aquí?

—¿Torrance? —balbuceó asombrado.

—Ajá. Él será el culpable.

Jack contempló a su mujer con una mirada de profunda

admiración.

—Eres fantástica, amor mío... Piensas en todo...

—El piensa por mí, ¿aún no lo has comprendido?

Jack la abrazó, emocionado. Pero esta vez Jana le apartó suavemente y gruñó:

—No te pongas nervioso. ¿Qué hora es?

Él ladeó la cabeza. Sobre la mesilla, su reloj señalaba las doce menos quince minutos.

—Esperaremos —decidió la mujer—. A la una iremos a comprobar si el déspota de mi hermano sigue durmiendo beatíficamente... o si ya se ha cumplido la maldición.

Él asintió. Buscó los cigarrillos y encendió uno, pensativo.

Al cabo de unos instantes, Jana murmuró:

—Lo único que me habría gustado que nos contara, es la parte de la maldición que dijo que nosotros ignorábamos...

—¿Qué?

—El americano... Preston.

—Oh, bueno, quizá sólo lo dijo para tenernos más interesados.

—Es posible. Pero él aseguró que mi hermano Robert, en América, además de contarle la historia, le había mostrado un viejo pergamino. Dijo algo del Fanshawe que mató a los amantes. ¿Tú le entendiste?

—No, y apenas sí recuerdo eso.

—Era algo referente al mayor de los dos hermanos... el que arrancó el corazón al menor y a la mujer. No comprendí si quería decir que era éste quien volvía a los cien años o qué... Me dejó intrigada.

Jack soltó una risita.

—¿Sabes que te digo? Que no creo mucho en todo eso. Me parece que todo lo que no hagamos nosotros quedará sin hacer. Aunque ese primitivo Fanshawe se apareciera, o resucitara esta noche, sería un espíritu, ¿no crees?

—Eso no lo sabemos.

—Bueno. —Jack suspiró—. Esperaremos.

—Tengo frío, Jack, querido. Aviva el fuego, ¿quieres?

El hombre saltó de la cama. Tiritando, avivó las brasas, añadió troncos secos y pronto el calor de la chimenea se esparció por la oscura habitación.

El resplandor iluminó con tintes sombríos la mesa cubierta por el paño negro, el obelisco de piedra y el retorcido candelabro con las velas apagadas.

Pero iluminó también algo más.

Cuando Jack se volvió, descubrió a Jana tendida sobre la cama. Se había quitado el camisón de seda y le esperaba anhelante, los brazos y las piernas abiertos y una llameante mirada en sus ojos oscuros.

—Ven —jadeó—. Te necesito a ti esta noche, Jack. Te necesito...

Él asintió. Fue hacia ella y con un largo suspiro hundió la cara en aquel cuerpo entregado a la más abyecta perversidad.

Julia levantó una vez más la mirada hacia el ventanuco donde el perro estaba plantado desde hacía rato.

Sentía sobre las mejillas el calor de sus propias lágrimas, lágrimas de desesperación e impotencia. Apenas le quedaban fuerzas y tenía las muñecas en carne viva de tanto forzarlas para librarse, y de tanto golpear el muro con las argollas, única comunicación que había podido establecer con la voz de John Torrance.

Ahora, hasta Torrance había dejado de llamar, tal vez convencido de la inutilidad de sus voces, porque «Satán» no podía ayudarle.

Nadie podía ayudarles.

De vez en cuando, el fiel perrazo gruñía allá arriba. O desaparecía, para regresar a los pocos minutos y quedarse allí, esperando la voz...

La voz que ya no llegaba.

Desfallecida, Julia dejó caer la cabeza hacia delante. El frío azotaba sus pechos desnudos y estaba entumecida de la cabeza a los pies.

Hizo esfuerzos por reaccionar. Sintió el frío de la piedra en la mejilla y contuvo el aliento. Quizá aún quedara una esperanza.

Empezó a frotar con cuidado la cara contra la piedra, en un intento de deslizar la mordaza fuera de sus labios.

Sintió el dolor de los arañazos de la áspera rugosidad, pero no cejó en su empeño. Ahora el corazón le golpeaba con nuevas energías.

En el ventanuco, el perro dejó escapar un corto aullido, como

reclamando una vez más la voz.

Y la voz, apagada, llegó. La voz de John Torrance:

—¡Aquí, «Satán»!

Vio enderezarse la silueta del animal, allá arriba, confundido con la niebla. El perro gruñó, enfurecido.

—¡Busca, «Satán»!

Otra vez la voz del hombre que amaba. Si pudiera librarse de la mordaza...

«Satán» empezó a ladrar furiosamente y se alejó del ventanuco.

Casi a su lado, la roca del muro crujió. Un ruido largo, como si esta vez no fuera a terminar jamás.

Julia se inmovilizó, sobrecogida de espanto.

Y entonces, como si todo se viniera abajo, la enorme piedra tallada cayó del muro con un tremendo estampido contra el suelo. Allí aún dio una vuelta y otro golpe antes de inmovilizarse.

El estampido retumbó una y otra vez en mil ecos contra las bóvedas y luego de nuevo el silencio.

Paralizada, la muchacha esperó con el alma pendiente del único sentido del que podía valerse: el oído.

La opaca voz de Torrance le llegó como un mensaje de inquietud. La voz indagó:

—¿Qué fue eso? ¿Quién está ahí?

Esa comunicación humana la hizo reaccionar y volvió a frotar la mordaza y la cara contra la pared.

Tenía la cabeza vuelta a un lado para hacerlo. Hacia el lado del muro de donde se había desprendido la piedra.

Primero le pareció que había una leve fluorescencia allí... Un gran rectángulo en el lugar que la roca había dejado vacío.

Una sombra se movía en aquella cavidad, porque ahora ya no le cabía duda de la apenas perceptible luminosidad. De no haber estado sumida en la total tiniebla del sótano hubiera sido imposible verla.

¡Y algo estaba moviéndose en ella!

Primero fue sólo una sombra informe, luego, incrédula y con todo el horror del mundo atenazándola, vio aparecer una zarpa descarnada que tanteaba los bordes del agujero. No podía creerlo.

Pero allí estaba. Eran un conjunto de huesos, jirones de algo purulento y unas uñas largas como cuchillos.

Bajo la mordaza, Julia rugió en una sucesión de alaridos que murieron en la cerrada boca, pero que retumbaron en su cerebro como martillazos.

La garra retrocedió y acabó desapareciendo.

Julia siguió gritando bajo la mordaza. Un ronco bramido fue lo único que logró, ahogado en la garganta.

Cerró los ojos para huir de lo que había visto. Tal vez no existiera, pensó. Tal vez fuera sólo producto de su propio pánico, de la desesperación que la invadía.

Cuando los abrió de nuevo, el hombre estaba allí, erguido, delante del tenue resplandor. Todo él parecía desprender la apenas visible luminosidad del más allá.

Julia creyó morir, porque en la última de las fibras de su cuerpo se introdujo el salvaje frío de la muerte, paralizándole el corazón, el cerebro, la facultad de razonar.

El hombre era alto, cubierto de unos extraños harapos y desprendía un apestoso hedor a descomposición. Su rostro cadavérico mostraba unas cuencas vacías, sin ojos, pero en la profundidad de aquellas cavernas óseas refulgía un brillo rojo como las llamas del infierno.

Y, sobre el pecho... ¡Oh, sobre el pecho!

Julia aullaba en silencio, porque aunque no hubiese estado amordazada no hubiera podido gritar de otro modo.

El pecho del aparecido estaba horriblemente mutilado. Un enorme agujero donde debiera haber habido el corazón dejaba pasar la mirada a través del cuerpo.

Julia, sin fuerzas, se desplomó y quedó colgada de las argollas con todo su peso.

Vio cómo el horrendo aparecido tendía las manos hacia la pared con unos movimientos lentos, pausados. Al extremo de sus manos como si se adhiriera de repente un jirón de niebla procedente de la cavidad del muro.

Pero no era niebla. Otra aparición más frágil y delicada se materializó entre aquellas garras y adquirió los contornos de una mujer con largos harapos también, y una larguísima cabellera negra...

Y un horrendo boquete en el lugar del corazón.

Por un instante, las dos figuras espectrales quedaron estáticas,

una frente a la otra, como mirándose con sus cuencas vacías y llameantes.

Julia, paralizada, con la razón fuera de los límites del raciocinio, era incapaz ahora de apartar la mirada de aquellos dos seres que empezaban a moverse a su lado como si ella no existiera.

Así pudo distinguir también el rostro de la mujer.

O lo que una vez fuera un rostro. Lo que una vez fuera una mujer enamorada.

No era otra cosa que una náusea carcomida, putrefacta, enmarcada por los larguísimos cabellos sucios de tierra.

Los aparecidos la miraron. Creyó que la miraban. Creyó que se había vuelto loca, o que alguien había abierto las puertas del infierno bajo sus pies.

La mujer de rostro carcomido, putrefacto en plena descomposición, levantó lentamente la mano y señaló. Julia lo veía todo como desde otra dimensión, como si se hubiera desdoblado y pude pudiera verse a sí misma y a los dos aparecidos desapasionadamente. Y tal vez fuera así, o quizás ellos no existieran.

Quizá ella ya no existiera.

Pensó que oía un murmullo ronco. Un jadeo como de agua burbujeando. Cerró los ojos incapaz de asimilar por un segundo más aquel horror.

«Encadenada... como yo...».

¿Quién había dicho eso?

¿O era sólo su enloquecida imaginación?

Nunca lo supo, pero advirtió el roce helado en las muñecas, el roce húmedo y nauseabundo que sólo podía ser... sólo era...

Las argollas se abrieron y Julia cayó de bruces sin conocimiento.

Eso quizá fue bueno, por cuanto el terror se esfumó. Ya no pudo ver cómo los dos seres del otro mundo, de otra dimensión, se alejaban entre el laberinto de obstáculos con absoluta seguridad, caminando pausados, seguros, uno al lado del otro, hacia las escaleras... hacia el destino.

La extraña leyenda de los amantes sin corazón cobraba vida en una noche de pesadilla, una noche de aquelarre.

El golpe del cuerpo al caer al suelo fue un sonido opaco en la quietud inmensa del sótano.

Torrance apenas lo oyó, pero una vez más gritó:

—¿Hay alguien ahí?

Le respondió un aullido del perro.

Reanudó su forcejeo con la reja. A tientas había comprendido que la argolla que sujetaba la reja era de hierro grueso y enmohecido, cuyo cierre era una ingeniosa combinación imposible de abrir con las manos. Aquella especie de sierra engarzada en el hierro no se movería si no era con la llave.

Volvió a sacudir salvajemente los barrotes. Pedazos de hierro carcomido se desprendieron como una lluvia. Ése era el sistema, se dijo, enfurecido. Acabaría por romperlo.

A pesar de la helada temperatura del sótano sentía el sudor correrle por la espalda. Siguió forcejeando, mientras en el jardín, «Satán» volvía a ladrar enfurecido, loco por penetrar en el castillo.

Capítulo XV

WATKINS despertó por tercera vez en la noche oyendo los desaforados ladridos del perro allá fuera, junto a la puerta de la cocina.

Dio vuelta en la cama, aturdido de sueño, pero preguntándose qué diablos le pasaba al animal para armar ese alboroto. Nunca antes había escandalizado por las noches excepto una vez que sorprendió a un vagabundo que había saltado el seto...

De pronto pensó en el coronel. Si despertaba por culpa del perro armaría un escándalo. No quería ni pensar en la furia del coronel si se levantaba y le encontraba a él bien arropado en la cama escuchando el escándalo de aquella bestia endemoniada.

Se levantó refunfuñando. Buscó la bata a tientas y se encaminó a la cocina maldiciendo al perro con entusiasmo.

Encendió una luz. Al otro lado de la puerta, «Satán» calló.

Watkins abrió la puerta y exclamó:

—¿Qué maldita ventolera te ha dado?

«Satán» saltó hacia adentro como empujado por un huracán. Golpeó las piernas del mayordomo y por poco no lo tiró de espaldas, de manera que cuando Watkins recobró el equilibrio y se volvió, del perro ya no había ni rastro.

Cerró la puerta, asombrado.

Se habría asombrado mucho más de haber visto la veloz carrera de «Satán», el empuje con que se lanzó contra la puerta del sótano sin un ladrido, ni un gruñido ni otro sonido que el golpe de la puerta contra la pared.

Descendió las escaleras oscuras saltando como si volara, y una vez abajo, en medio de las tinieblas, se detuvo venteando el aire, husmeando quizá el hedor que aún flotaba en la atmósfera.

Después su olfato descubrió algo más. Pegó el hocico al suelo y rastreó despacio, seguro, hasta tropezar con el cuerpo de la inerte

Julia.

La recorrió con el hocico. Gimoteó con una voz casi humana y con la lengua intentó que ella reaccionase, que le dijera algo, que le acariciara...

Al fin, impaciente, soltó un seco alarido.

Del fondo del sótano, la voz le llamó. La voz del hombre.

Titubeó, porque ahora tenía a la mujer en el suelo. No estaba muy seguro de su conducta, porque ahora que había podido penetrar en el castillo todo era confuso.

—¡«Satán»!

Al fin acudió a la voz orientándose en la negrura con su sensitivo instinto.

—¡Aquí, muchacho, aquí...!

La voz le guiaba, y siguió guiándole hasta que tropezó con unos hierros, y entonces la mano del hombre le recorrió el lomo, temblando y hablándole como nunca antes le había hablado nadie.

Estaba contento. Había llegado hasta el hombre, hasta aquella voz. Hubiera querido llevarlo hasta donde estaba aquella otra mujer que también tenía unas manos cálidas y acariciantes, pero había algo allí que todavía no estaba como debiera... El hombre no se movía de los hierros...

Entonces, la mano que le recorría el lomo se detuvo sobre el cuello, tanteó el collar de metal y se lo quitó.

La mano dejó de acariciarle y poco después sus orejas tiesas captaban el roce de hierro contra hierro en una sucesión de incomprensibles chasquidos.

Aquello, para él, no tenía ningún sentido, así que dando media vuelta optó por ir a buscar a la mujer.

* * *

Daisy mantuvo los párpados apretados un buen rato después de recobrar el conocimiento, tendida sobre la alfombra.

Sabía lo que iba a ver en cuanto levantara la cabeza. Lo había visto ya al entrar y aquella horrenda imagen nunca jamás se le borraría de las retinas.

Porque no había sido una alucinación. Eso lo sabía.

Lo que quedaba de Mary estaba allí, en el lecho, de aquella manera espantosa, como desparramada...

Cosa curiosa, no sentía tentaciones de gritar. No quería chillar

como una histérica, quizá para no revelar su presencia allí al monstruo que hiciera aquello con Mary.

Pero los dientes empezaron a castañetearle a medida que recobraba la absoluta lucidez. Un pánico frío, viscoso, se adueñaba de ella y no quería gritar.

Torrance.

Eso era. Debía ir en su busca.

Se levantó poco a poco, procurando no mirar hacia la cama. Sin embargo, una fuerza extraña y poderosa la obligó a volverse y ahí estaba.

No era una pesadilla, ni un mal sueño, ni una alucinación.

Mary tenía las ropas y el cuerpo desgarrados casi en la misma proporción. Su cuerpo desnudo estaba cubierto de sangre, con las piernas abiertas y contraídas, como rotas. Y aún sangraba mansamente...

El rostro era negruzco, como chamuscado por una llama. Sólo los ojos desorbitados, casi fuera de las órbitas, delataban el horror que había vivido, que la había matado.

Con un quejido, Daisy se volvió de espaldas y salió a trompicones. Por un extraño reflejo, apagó la luz al cruzar el portal, aunque no cerró la puerta.

Se precipitó hacia la habitación de John Torrance, la abrió y encendió la luz.

La habitación apareció vacía y la cama intacta.

Entonces empezó a sollozar muy quedo, desesperadamente, hasta que recordó y, apagando la luz, corrió rumbo a las escaleras, al vestíbulo y al sótano. Allí debían estar los dos, intentando desentrañar el misterio de que hablara Torrance.

Antes de llegar abajo oyó el seco ladrido del perro y el corazón le dio un vuelco.

—¡«Satán»! —jadeó—. ¡Dios, estás ahí...!

Se encontró abajo, abrazada al perro como en sueños, mientras la áspera lengua del animal le azotaba la cara y bebía sus lágrimas.

Y entonces tuvo otra sorpresa.

—¡Daisy! ¿Me oyes?

—¡John!

Iba a echar a correr, pero el perro le sujetó el pijama con los dientes y empezó a tirar de ella.

—¿Qué quieres... qué...?

Le siguió, intrigada, hasta que sus pies tropezaron con el cuerpo de Julia y estuvo a punto de caer.

Torrance repitió:

—¡Daisy!

—¡Espera... te oigo, pero espera un momento, no sé...!

Tanteó el cuerpo de su amiga. Casi lanzó un grito al descubrir el desordenado latido de su corazón, aunque se asombró de encontrar los pechos desnudos y fríos.

Luego, encontró la mordaza, y acababa de quitársela cuando Julia rebulló.

Daisy dijo:

—Soy yo, Daisy, ¿me oyes, Julia? Soy Daisy...

El perro soltó un ladrido de contento.

—¿Daisy...?

—Estoy aquí...

La tenía sujeta contra su cuerpo, y así notó como toda ella se ponía rígida de súbito, con un brutal espasmo y empezaba a temblar.

—¡Daisy, oh, Dios... oh. Dios...!

—Cálmate...

—Tú no sabes..., no sabes...

—Espera, Torrance está en alguna parte, al fondo. Vamos, apóyate en mí. Tú tampoco no sabes lo que yo he visto.

Julia se envaró.

—¿Los viste..., viste sus cuerpos sin corazón?

Daisy exclamó:

—¿Te has vuelto loca, de qué estás hablando?

—Los he visto, créeme.

—¿Qué has visto?

Julia levantó las manos y recorrió su cara como un ciego que trata de reconocer a otro.

—Los amantes de la leyenda, Daisy.

—Oh, eso... debes haber sufrido una pesadilla. Yo no me refería a la leyenda, sino a otra cosa mucho más real. ¡Dios santo, si la vieras!

—¿Qué, a quién?

La voz de Torrance semejó un rugido:

—¡Daisy! ¿Qué ocurre?

—Ahora vamos...

Con Julia apoyada en ella, sortearon los obstáculos hasta el otro sótano. Allí, Daisy dijo:

—¿Dónde estás, John?

—Encerrado en una maldita mazmorra. Pero cuidado... hay un gran agujero en el suelo, puedes caer en él.

Julia gritó, sollozando:

—¡Oh, John...!

—¡Julia! Esperad un momento, se me ocurre una cosa. Háblame para que sepa exactamente dónde estáis...

Daisy empezó a contar, como si recitara una lección en la escuela. Llegó hasta veinte antes de que Torrance dijera:

—Ya basta... a tu izquierda, en el suelo, está mi chaqueta. Búscala, pero con tiento, porque hay también el agujero...

Pasó casi un minuto en silencio.

—¡Ya la encontré, John!

—En un bolsillo hay un encendedor de gas.

—No..., esto es un revólver...

—Trae la chaqueta.

—No, ya lo tengo...

La llamita brilló.

En el primer instante la luz les deslumbró. Luego, los senos desnudos de Julia atrajeron la mirada de Torrance, pero pronto los olvidó al descubrir sus muñecas ensangrentadas, y los arañazos en la mejilla... y la expresión de espanto que había en su cara.

—¡Julia! ¿Qué te ha sucedido?

—Te oía..., te oía gritar y no podía responderte. Me habían amordazado..., sólo podía golpear con las argollas contra el muro...

Estalló en sollozos, abrazada a Daisy.

—¿Quién te amordazó?

—Tus tíos... los Flanagan. ¡Oh, dijeron cosas horribles! Están locos, Daisy...

—¡Malditos! —Gruñó Torrance.

—¿También a ti te encerraron ellos, John?

—No, pequeña. Fue tío Marcus, mientras decidía si debía matarme o no.

—¡Qué!

—He de salir de aquí. Alumbra esta argolla..., ya casi la he vencido con la hebilla del collar.

—Pero ¿todo eso por qué?

—Te lo contaré cuando salga.

—Yo también tengo algo que decirte... Mary está muerta.

Por un instante quedaron paralizados, mudos.

Daisy añadió:

—No puedes imaginar la manera cómo la han matado... Es algo increíble, una salvajada. Ceñudo, Torrance volvió a luchar con la argolla. De pronto, ésta cedió y de un empujón abrió la reja.

«Satán» saltó hacia él con entusiasmo. Le colocó las patas delanteras sobre los hombros y trató de lamerle la cara, gruñendo de contento.

Torrance no intentó siquiera disimular la emoción que sentía.

—Tú has mantenido mi esperanza, amiguito... Qué perro más inteligente eres...

Daisy sacudió la mano.

—Esto quema...

—Trae. Debe haber quedado una linterna tirada en alguna parte..., recuerdo que se apagó antes de que tu tío me golpeará con su revólver.

—Pero ¿por qué hizo eso?

—Porque yo acababa de descubrir que es un asesino.

—¡John!

La llamita brilló otra vez. Torrance se agachó, escrutando el suelo.

—Aquí está.

Su exclamación anunció el chorro de luz de una linterna.

Entonces, sobrecogidas de espanto, vieron el montón de tierra y la excavación en forma de tumba.

—Eso es lo que descubrí... los restos de la mujer de tío Marcus.

Las muchachas miraron al fondo de la fosa, para echarse atrás, espantadas.

Julia balbuceó:

—No es sólo eso, John... Los amantes de la leyenda...

—¿Los amantes sin corazón?

—Los he visto. ¡Tenéis que creerme! Los he visto aparecer...

—Cálmate. Vamos a ver si nos serenamos todos. ¿De acuerdo?

Ahora ya no tenemos ninguna prisa. Les ajustaremos cuentas a esos Flanagan adoradores del diablo, y a tío Marcus cuando hayamos reunido todos los cabos sueltos.

—¡Pero te digo que los he visto! Han sido ellos quienes me han librado de las argollas... ¡Dios, he sentido el contacto horrible de sus manos...!

Daisy y Torrance cambiaron una mirada inquieta.

Él gruñó:

—Escucha, cariño, ¿no estarás influenciada por la aparición que vimos en la ventana?

—¡Oh, no! Eran ellos... con el pecho roto, agujereado...

—Bueno, vamos arriba, al salón. Cerraremos las puertas y hablaremos con calma antes de hacer nada más.

—Espera..., la piedra, ha caído al suelo.

Torrance dio un respingo.

—¡El estruendo que oí!

—Eso es. Ellos surgieron por la abertura que dejó.

—¡Emparedados! La leyenda dice que los emparedaron.

Daisy se estremeció.

—John, ¿no creerás...?

—Vayamos a verlo.

El enorme agujero en la pared estaba allí, como dando la razón a las afirmaciones de Julia. Aún brotaba un hedor espantoso de su interior.

Torrance paseó la luz por el bloque de piedra caído en el suelo. Luego trató de ver en aquella profundidad.

Había una estrecha cavidad vacía allí dentro, un espacio donde los cuerpos sólo podrían caber de pie.

Se estremeció al retroceder, casi mareado por la pestilencia.

—¡Esperad un momento! Hay algo más en la tumba de la mujer de tío Marcus. Él me sorprendió antes de que pudiera sacarlo.

Julia dio un respingo.

—¡No quiero quedarme ni un minuto más, John!

—¿No comprendes? Tal vez sea el Arca de Oro...

—No me importa lo que sea. Salgamos de esta pesadilla. Ellos pueden volver.

Torrance titubeó.

—Cinco minutos —dijo—. Sólo cinco minutos y subiremos

arriba.

Le siguieron a regañadientes.

En realidad, fueron unos pocos más, pero al fin Torrance salió de la fosa llevando un arcón de madera reforzado por bandas de hierro.

—Si es un tesoro —gruñó—, pesa muy poco.

Levantó la tapa después de no pocos esfuerzos.

Dentro, reluciente a pesar del tiempo, apareció una arqueta dorada que apenas si tendría un pie de largo.

—El Arca de Oro...

Las muchachas temblaban de excitación. Casi habían olvidado todos los terrores de la noche.

—Sólo está cerrada con un pasador...

Forcejeó hasta desplazarlo fuera del engarce. Se miraron los tres antes de levantar la tapa, excitados, nerviosos.

—¡Maldita sea, ábrelo de una vez! —estalló Daisy.

Él levantó la tapa.

No había joyas ni diamantes.

Había dos corazones humanos, oscuros y resecos.

Los corazones de los amantes.

Capítulo XVI

EL coronel despertó una vez más, y sin abrir los ojos, sólo consciente de que algo había roto su sueño, pensó que en esta ocasión no habían sido los ladridos del perro.

Dio la vuelta, preguntándose confusamente la hora que sería en esa maldita noche. Parpadeó en la oscuridad y así descubrió aquella extraña y leve luminosidad.

Dio un brinco y quedó sentado en la cama.

Un profundo repeluzno de terror le sacudió. Aún debía estar sumido en una pesadilla, eso era.

Alargó la mano para encender la luz, y entonces el espanto se le apareció con toda su horrenda verdad.

Porque contempló con todo detalle los dos cuerpos descompuestos, las caras descarnadas y el diabólico fulgor de sus ojos. Y los pechos desgarrados de donde les habían arrancado el corazón.

Abrió la boca como un pez fuera del agua, pero ningún sonido brotó de ella.

Los aparecidos le observaban con fijeza, y aquel fulgor rojo estaba apoderándose de sus sentidos.

Hizo un esfuerzo y ladeó la cabeza. Vio el potente revólver militar sobre la mesa de noche y se inclinó para empuñarlo.

Entonces la mujer le sujetó la mano, y aquella zarpa descarnada tenía una fuerza sobrehumana.

El coronel pudo exhalar un quejido breve, sintiendo cómo aquella cosa podrida le dominaba, le empujaba hasta dejarle otra vez tendido en el lecho, sujetándole, aplastándole con un poder que nada en este mundo podía vencer.

Vio cómo el espectro alto, con aquellos extraños harapos que colgaban de sus huesos, se acercaba a él. Todo el horror del mundo era poco comparado con lo que experimentaba en aquellos

instantes.

El espectro estaba al lado de la cama. Bajó la mano derecha, aquella zarpa espeluznante, y las puntas de los huesos presionaron salvajemente hacia abajo como cinco afiladas cuchillas, se hincaron en la carne, implacables, y el coronel rugió en silencio, porque su facultad de gritar había desaparecido.

Pero no la de sufrir, porque estaba sufriendo un dolor sin nombre, indecible, mientras aquellos garfios se hundían más y más en su pecho, desgarrando, sacudiendo, rompiendo.

El cuerpo del coronel se combó hacia arriba como un arco a impulsos del dolor infernal. Sus ojos amenazaban con saltarle fuera de las órbitas y un continuo jadeo brotaba de su garganta contraída donde estallaban los alaridos y aullidos que la mujer parecía ahogar con su sola mirada de fuego.

Y, repentinamente, el dolor alcanzó su cénit del infinito, explotó en oleadas inmensas y negras y a pesar de la presión de la mujer el cuerpo saltó hacia arriba como impulsado por una catapulta.

Después, cayó desmadejado sobre el lecho, en tanto que el hombre alto, aquel espanto horrendo, levantaba la mano en la que el corazón, con sus últimos latidos, expulsaba un torrente de sangre.

El chorro rojo fue extinguiéndose hasta quedar sólo un rojo gotear. La mujer se apartó del cuerpo del coronel. Ella tendió el corazón y durante unos segundos las manos de los dos se cerraron sobre la sangrante viscera.

Después, ambos lo soltaron a un tiempo. El corazón del coronel cayó al suelo y allí quedó, testigo de una maldición que se cumplía a través de las generaciones.

Siempre juntos, los amantes abandonaron la habitación.

—Eso coincide con una idea de mi padre —musitó Torrance, impresionado.

Julia se estremeció.

—Vámonos, John. Tú no sabes cómo son esos seres...

—Está bien, pero si realmente han salido de esa cavidad les dejaremos la arqueta allí, aunque maldito si sé por qué se me ha ocurrido eso.

—No pensarías guardar esos horribles despojos —dijo Daisy.

—Estaba pensando... Bien, vámonos de aquí.

Alumbrándose con la linterna, atravesaron el inmenso sótano

vacío.

Entonces, «Satán» se agazapó, pegado al suelo, y empezó a gruñir con una voz como un lamento.

Delante del muro, bañados ahora por la luz de la linterna, los dos seres se volvían hacia ellos, hacia el origen de la luz.

Julia se llevó los puños a la boca para no chillar, y Daisy sólo les miró, perdida hasta la facultad de gritar.

Torrance barbotó:

—¡Sujeta al perro!

Los dos espectros estaban inmóviles, sólo sus cuencas llameaban con aquella luz infernal.

Torrance levantó la arqueta hasta la altura de su pecho, tendiendo los brazos como si fuera una ofrenda.

No se movieron.

Él repitió:

—¡Sujeta al perro, que no se mueva!

Y avanzó.

Julia se mordía los puños de angustia. Tal vez, pasado cierto límite, cierta barrera de horror, ya no se siente nada, no se reacciona. Si eso era así, ellas ya eran incapaces de reacción alguna.

Torrance se detuvo a un paso de los espectros. Abrió la tapa del Arca de Oro y volvió a ofrecérsela.

Los dos levantaron las zarpas a un tiempo. Sólo entonces, John Torrance vio la sangre y estuvo en un tris de que la arqueta no se le escapara de las manos.

El espectro alto la tomó. Un sonido sibilante brotó de su boca descarnada.

Bajó la arqueta hasta los ojos de su compañera. Ella siseó sin voz y tras esto, girando despacio, la introdujeron en la cavidad del muro.

Torrance estaba paralizado, preguntándose por qué, con aquellos horrendos despojos vivientes, no sentía el horror que cabía esperar.

Quizá estaba volviéndose loco y todo esto era fruto de un delirio demencial.

—¡Mira, John! —balbuceó Daisy.

No había nada que mirar. Los dos espectros habían desaparecido como un jirón de niebla.

Daisy estaba casi abrazada al perro.

Julia, de pie, los pechos estremecidos a impulsos de su violenta respiración, le miraba igual que fascinada.

—Vamos —dijo él.

Alumbró hacia las escaleras y le siguieron apresuradas.

Antes que llegaran arriba sonó un ruido retumbante en el sótano, y luego un largo crujido, y después silencio.

—La piedra... ha vuelto a su lugar —murmuró Torrance.

Y tampoco se asombró.

Estaba dispuesto a no asombrarse por nada en esa noche en la que el diablo parecía andar suelto.

Una vez en el vestíbulo, Daisy dijo:

—Hay que decidir algo sobre Mary...

Torrance asintió y en silencio subieron a las habitaciones.

—Me gusta verte así —dijo John, intentando alegrar un poco a Julia—, pero será mejor que vayas a vestirte.

Ella titubeó. Daisy casi la empujó para evitarle que viera los despojos de Mary, de manera que Torrance se enfrentó solo con ese nuevo horror.

Incrédulo, permaneció varios minutos paralizado a los pies del ensangrentado lecho.

Era incapaz de imaginar quién, o qué, había podido cometer aquel bárbaro crimen. El tipo de heridas, la salvaje violencia que delataba el cuerpo desgarrado, hacían pensar en una bestia feroz.

Retrocedió.

Cuando las muchachas salieron al pasillo cerró la puerta y los tres descendieron al salón en silencio.

Él cerró las puertas, encendió una lámpara al lado de la chimenea, y mientras encendía el fuego dijo:

—Creo que el coronel está muerto.

En los primeros instantes ellas no dijeron nada. Al fin, Daisy murmuró:

—¿Lo crees?

—Vi las garras de esos... de esas cosas, lo que fueran. Chorreaban sangre, y después de lo que hemos presenciado imagino que la maldición de la leyenda se ha cumplido. Después de esta noche puedo creer eso y mucho más.

El fuego prendió y las llamas se alzaron esparciendo calor.

«Satán» dio un par de vueltas sobre sí mismo y acabó

enroscándose delante de la lumbre, en primera fila.

Torrance fue a sentarse en el diván. Impulsivamente, Julia se abrazó a él con desesperación. John la besó, sujetándola contra su pecho.

Daisy comentó:

—Eso solucionará todos los problemas.

—Los problemas siguen ahí —refunfuñó Torrance, recostándose contra el respaldo—. Primer problema. ¿Por qué te encadenaron en el sótano, Julia?

Con voz entrecortada, la muchacha contó la manera cómo la habían sorprendido.

—Deben estar locos —acabó—. Les oí hablar, y... y luego...

—¿Qué?

—Dijeron que iban a ofrecerme a alguien para que me poseyera.

Daisy se quedó boquiabierta, mirándola atónita.

Torrance barbotó un juramento.

—Un sacrificio —dijo rechinando los dientes—. Pensaban sacrificarte al diablo en una de sus ceremonias demenciales.

—Entonces es cierto que están chiflados —apostilló Daisy.

—Por lo menos son mucho más fanáticos de lo que imaginaba. Hice averiguaciones en Londres y descubrí que eran adoradores del diablo, que celebraban misas negras y tonterías así. Pero fanáticos los hay a puntapiés y no hacen daño a nadie. Con los Flanagan me equivoqué.

—Se excitaron imaginando lo que harían conmigo... y acabaron haciéndolo ellos, allí, en la oscuridad, en el suelo...

—¿Quieres decir que...?

Daisy se interrumpió, estupefacta.

—Sí, eso quiero decir.

Con voz sorda, Torrance aseguró:

—Les ajustaré las cuentas. Van a necesitar la ayuda de todo el infierno en peso para librarse de lo que les espera. Ahora, veamos lo que decidimos con respecto a la pobre Mary. Hay que pensar en la policía. ¿Cómo explicarles lo sucedido?

—No tenemos nada que explicar. Y si tío Marcus está muerto, como imaginas, de esa manera bárbara que anuncia la leyenda, aún menos. Nos encerrarán en el manicomio si les contamos la verdad.

—En eso te doy la razón —rezongó John—. No podemos

explicar nada. Y todavía hay otra cosa que no hemos aclarado. El otro espectro, lo que vimos tú y yo en la ventana, Julia.

Ésta contuvo el aliento, estremecida.

—No lo nombres. Hago esfuerzos por olvidarlo.

—Estoy pensando que quizá fuera eso lo que mató a Mary... y al hombre del jardín.

—¿A cuál de los dos?

—Al estrangulado de aquella manera, como si le hubiesen abrasado el cuello. Ésa es la única de las dos muertes que no tiene explicación.

—¿La única? Entonces, ¿tú sabes quién mató al otro?

—Es sólo una sospecha. Pero Mary tenía el rostro abrasado también, quemado. Eso enlaza ambas muertes.

—Entonces, ¿qué es ese monstruo?

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé. Sin embargo, esta noche todos los valores de la mente humana, de la cordura, se han trastocado. Yo me pregunto, ¿si han aparecido las víctimas, por qué no puede surgir su verdugo en su única noche de actividad en cien años?

Le miraron tan asombradas que no acertaron a decir una palabra.

Él añadió:

—El verdugo, el primer Fanshawe, depravado, sádico, lascivo y cruel hasta la demencia. ¿Por qué no?

Las dos muchachas se apretaron una contra otra instintivamente, con el temor de nuevo agarrotándoles el corazón.

—Había algo así en la leyenda, aunque ignoro qué era. Mi padre tampoco estaba muy seguro, y un viejo pergamino en el que constaba la maldición le desapareció... robado sin duda por ese hombre que murió en el jardín de una cuchillada.

Julia dio un respingo.

—¡Tú le conocías!

—Le había visto una vez. Era amigo de mi padre y éste le habló de la leyenda y todo lo demás.

—¿Y te siguió?

Él sacudió la cabeza.

—No, él vino a Inglaterra mucho antes que yo. Entró en contacto con los Flanagan, seguramente creyendo que podrían

compartir la riqueza con él si les facilitaba el pergamino y todo lo que sabía.

Daisy masculló, con voz llena de ira:

—Entonces, tú supones que le mataron ellos...

—¿Es que tú lo dudas a estas alturas?

—Dios, qué familia me tocó en suerte...

Torrance buscó en sus bolsillos hasta encontrar los cigarrillos. Las muchachas aceptaron y tras encenderlos él dijo:

—Lo primero es comprobar si el coronel está vivo o muerto. Después me ocuparé de esos adoradores del diablo. Voy a entregarlos a la policía listos y empaquetados para la horca.

—No pienses que vamos a quedarnos solas, John... No después de saber que ese otro monstruo puede aparecer en cualquier momento.

Él se levantó, dubitativo. El perro levantó la cabeza y le siguió con la mirada cuando se acercó a la ventana.

Desde allí preguntó:

—Daisy, ¿te atreves a conducir mi coche a pesar de la niebla?

—¿Ahora, quieres decir?

—Sí. En Stonhaven estaríais seguras y podríais hablar personalmente con el sargento.

—Es imposible, John. Ni con los faros antiniebla es posible conducir en una noche como ésta.

—Bien, esperaremos que amanezca...

Regresó al diván dominando su impaciencia. Aunque no lo admitiera, sentía un oscuro temor en lo más profundo de sus sentidos.

Temor por el destino de las dos muchachas, porque no podía olvidar a Mary, ni al nauseabundo aparecido al que las balas de su revólver no habían podido destruir.

Capítulo XVII

JACK FLANAGAN dormía pesadamente, respirando con agitación después de los excesos cometidos esa noche.

A su lado, Jana abrió los ojos. Quedaban rescoldos en la chimenea y el rojo resplandor disipaba las tinieblas del cuarto.

—¿Jack?

Él se removió, sin despertar.

La mujer le zarandéo.

—Jack, despierta. ¿Me oyes?

Con un gruñido, él despertó. Dio vuelta en la cama y murmuró:

—¿Qué pasa, querida?

—Nos hemos dormido. Es muy tarde...

—La culpa es tuya —murmuró él, riendo muy quedo—. Me agotaste.

Ella rió también. Le cogió la cara entre sus manos, le atrajo con fuerza y le obligó a apretarse contra sus senos.

—Te adoro —susurró—. Nos compenetrarnos tan bien tú y yo... todos nosotros...

Jack le besó los excitados pezones y luego ella saltó de la cama empezando a vestirse.

—Vamos a ver si ya se ha cumplido todo.

—¿Tú crees...?

Jack se vistió, apresurado, impaciente.

Jana le instruyó:

—Ahora, escucha... Si la maldición se ha cumplido, iremos a por las chicas. Tengo un poderoso narcótico que servirá para dominar al americano. Y si hemos de hacerlo nosotros... él aparecerá con el cuchillo, ensangrentado, y nadie en el mundo dejará de creer que es el culpable, ni él mismo porque no recordará nada. ¿De acuerdo?

—Lo que tú digas...

Salieron cautelosamente. Todo era silencio. Un silencio tan

denso como la oscuridad.

La mujer musitó:

—Dame la mano, yo conozco el camino.

Se deslizaron por el dédalo de pasillos pisando con extremado cuidado. De vez en cuando se detenían para escuchar con todos los sentidos alerta. Luego reanudaban el camino.

Al final de un amplio pasillo sumido también en las tinieblas, Jana se detuvo y susurró:

—Aquí es, esa puerta...

—¿Y si está vivo y despierta?

Ella movió la mano. A pesar de la oscuridad, Jack vio ante sus ojos la afilada hoja de acero y oyó el susurro junto a su oreja:

—Tú ejecutarás la maldición.

—Bien...

El acero volvió a su funda, entre las ropas de Jana.

Con infinita lentitud, la mujer giró el tirador de la puerta. Ésta se abrió despacio, sin un chirrido.

Dentro, todo era oscuridad.

—Toma, querido..., yo le sujetaré.

Jack tanteó hasta que sus dedos se cerraron en torno al acero. Tras esto, ella cerró la puerta y un instante después encendió la luz y se dispuso a saltar sobre el hombre dormido.

Jack emitió un sordo quejido y la mujer se quedó paralizada de espanto. A pesar de haber esperado aquello, de haberlo deseado con todas las fuerzas de su ser, ahora que veía la salvaje desgarradura del pecho, y todo aquel mar de sangre, y el corazón tirado en el suelo como un sangriento despojo, algo se revolvió dentro de ella.

Jack balbuceó:

—Es espantoso... La maldición se ha cumplido.

—Yo nunca lo dudé, sobre todo después de hablar con el americano. Vamos, salgamos de aquí, Jack.

Apagaron la luz, cerraron la puerta y regresaron cautelosamente a su habitación.

Jana encendió la luz. Su mirada relucía llena de triunfal satisfacción.

—Dame el cuchillo. Con las chicas las cosas serán más fáciles.

Guardó el arma, besó vorazmente al hombre y dijo:

—Ve a despertar a los chicos. Tienen que cumplir su parte del

trabajo.

Jack se quedó mirándola unos instantes en silencio, lleno de admiración. Ella sonrió, una sonrisa de loba en celo.

—Todo será nuestro, querido, todo, y desde aquí extenderemos el dominio del Poderoso.

Jack salió de la habitación entusiasmado.

Abrió la puerta del cuarto de Fanny, encendió la luz y vio la cama revuelta y desierta.

Frunció el ceño. Sacudió la cabeza porque adivinaba a dónde había ido la muchacha.

De modo que atravesó el pasillo y entró en la alcoba de Lester.

No había ninguna luz encendida, pero incluso antes de encenderla, supo que algo andaba mal. Captó el extraño y nauseabundo hedor, el chisporroteo del fuego y la pestilencia de carne abrasada.

—¡Lester! —gritó.

Sus dedos encontraron la llave de la luz.

Lo que vio le golpeó con un mazo, le hizo tambalearse y exhalar el aire de los pulmones con un ruido silbante y angustioso.

—¡Oh, no...!

Lo que quedaba de Lester dentro de la chimenea semejaba un tizón abrasado y negruzco. Lo que quedaba fuera eran las piernas y parte del torso.

Y Fanny yacía desnuda y desgarrada en medio de un enorme lago de sangre, y de encima de su cuerpo mancillado estaba levantándose aquella cosa informe, chorreante...

Jack creyó que sus sentidos le gastaban una jugarreta porque aquello, aquel cuadro de horrenda vesania no podía ser cierto.

Pero el espectro del cráneo roto, empapado de sangre que goteaba de sus zarpas, de sus fauces abiertas, de la mortaja, se erguía allí, escuálido y siniestro.

Jack Flanagan pudo emitir un aullido de espanto y retrocedió hasta que su espalda tropezó contra la pared.

Vio levantarse las sangrientas garras hacia él y fue incapaz de mover un músculo para evitarlo. Allá atrás, en el pasillo, la voz de Jana inquirió:

—¿Qué ocurre, Jack, quién gritó?

Hubiera vuelto a aullar si la voz le hubiese obedecido, pero sólo

boqueó cuando las garras casi le rozaban. En un último y desesperado espasmo producto del terror, logró apartarse de ellas y giró como en una danza lenta y vacilante, trastabillando.

Sin alterar sus pausados movimientos, aquel horror viviente siguió acosándole mientras él retrocedía ahogándose de espanto.

El dogal de fuego le atrapó cuando sus piernas tropezaron con una butaca. El infierno ardió en todo su cuerpo y se sintió elevar como un muñeco...

Y al fin no sintió nada. El espectro le arrojó lejos de sí, hacia la chimenea, hacia las llamas, despectivamente, en el instante en que Jana entraba precipitadamente.

El impacto de aquella escena la inmovilizó un instante. Notó el viscoso contacto del pánico y su mirada desorbitada se clavó en aquel ser de pesadilla que se volvía hacia ella, siempre pausado, siempre seguro de su poder, chorreando sangre.

Jana rugió de ira. En una fugaz milésima de segundo pensó que su invocado Poderoso la había abandonado, que no le quedaba nada. Que aquella cosa podrida y purulenta acababa de destruir todos sus sueños de poder. Acababa de destruir a los seres que eran todo cuanto tenía para el bien y, sobre todo, para el mal.

Hubo de apoyarse en una silla porque las piernas apenas la sostenían. Delante de ella, el espectro empezó a moverse en su busca.

—¡No! —rugió—. ¡A mí no, maldito, maldito...!

Fue puro instinto lo que la impulsó. Levantó la silla, volteándola con todas sus fuerzas, y con tremendo empuje la arrojó contra la pesadilla viviente.

La silla golpeó el cuerpo y la cabeza del espectro, arrojándolo hacia atrás. Espectro y silla golpearon el cadáver de Jack, dieron una vuelta fugaz y se precipitaron en medio de pestilentes llamas de la chimenea.

Fue lo mismo que si explotara una bomba. El fuego rugió con una espantosa llamarada que desbordó los bordes de la chimenea, retorciéndose y chisporroteando con secos chasquidos semejantes a gritos inarticulados. Enormes llamaradas amenazaron con incendiar la habitación, mientras Jana retrocedía espantada, maldiciendo con voz salvaje al infierno que la había abandonado.

Apenas podía sostenerse de pie cuando se encerró en su propio

cuarto. Apoyada de espaldas a la puerta, las fuerzas la abandonaron y se deslizó al suelo donde quedó acurrucada, hecha un ovillo jadeante, mientras agudos sollozos estallaban en su garganta.

Nunca supo cuánto tiempo transcurrió antes de que volviera a tener conciencia de estar viva. Miró en torno y se levantó, temblando, para ir hasta la cama y desplomarse sobre ella.

Luchó por pensar otra vez con calma, por asimilar el hecho de que se había quedado sola.

Ladeó la cabeza y vio el altar negro, con los símbolos del mal sobre él. Barbotó una sarta de obscenidades, maldiciéndolo. Luego empezó a llorar con terrible amargura.

Otra eternidad más tarde se irguió. Todo estaba perdido; el castillo, las tierras, el dinero de los Fanshawe...

Todo.

Ahora pasaría a manos de aquellas dos mujeres que no habían movido un dedo por conseguirlo.

Esa idea estalló en su turbio cerebro como una bengala.

Saltó de la cama y su mano hurgó entre sus ropas hasta acariciar el acero del cuchillo. Ellas nunca heredarían lo que le pertenecía... Todo aquello por lo que acababa de perder a Jack, a Lester... A Fanny.

A trompicones se dirigió a la puerta.

Capítulo XVIII

EL tiempo pareció detenerse para ellos cuando quedaron inmóviles en el umbral de la habitación del coronel.

Torrance, que había encendido la luz, cerró el paso de las muchachas antes que entraran, pero no pudo evitar que vieran el atroz espectáculo de sangre, con el cadáver en el centro del lecho, y aquel terrible despojo en el suelo.

Pero ninguna de las dos gritó.

Quizá porque ya habían superado el horror más absoluto en esa noche que, a pesar de la primera luz del alba que se insinuaba en la ventana, no parecía tener fin.

—Era cierto —jadeó Daisy sin voz—. La maldición de la leyenda era cierta...

Torrance gruñó entre dientes.

—Quedaros en el pasillo —dijo—. Esperadme aquí.

Entornó la puerta quedándose solo en el interior.

Bordeando la mancha de sangre del suelo, se acercó a la cama. No era difícil comprender de qué modo le había sido arrancado el corazón a Marcus Fanshawe, y esa comprensión le puso los pelos de punta, al recordar las aguzadas garras de los dos aparecidos, y la sangre que las empapaba.

Pensó en los extraños recovecos de su destino, en esa justicia sobrenatural y salvaje. El coronel había sido un asesino, impulsado por una vesania insana y mortal de absurdos celos, de desorbitado sentido de la propiedad sobre una mujer cuya única culpa había sido su belleza.

Ahora quedaba el problema de explicar aquellos crímenes, con lo cual el nombre de los Fanshawe sería pisoteado y escarnecido.

Salió al pasillo con el ceño fruncido. Le temblaban las manos.

Las muchachas le miraron expectantes, atemorizadas.

Él murmuró:

—Ha pagado su crimen, no el de su remoto antepasado.

—¿Qué va a pasar ahora, John? —suplicó Daisy—. No sé qué hacer.

—Vivir —dijo él.

Daisy le miró. El rostro del americano estaba tenso y sombrío.

—Nadie tiene por qué cargar con las culpas de los demás, Daisy. Y tú menos que nadie.

—No te comprendo...

—Nuestros antepasados cometieron un sinfín de aberraciones, de crímenes. Por algún extraño milagro aquella maldad sigue golpeando a través de las generaciones, y alguna raíz maligna se ha transmitido a los descendientes del primer Fanshawe. Tío Marcus es un buen ejemplo. Mató sin motivo ni razón, enloquecido por una pasión posesiva, turbia y criminal. Opino que ese crimen no debe salpicarte a ti, ni a mí ni a nadie.

—¿Y cómo conseguirlo, John?

—Ocultando su asesinato. Sólo nosotros sabemos lo que hay en el sótano. Si volvemos a cubrir la fosa permanecerá ignorado hasta el fin de los tiempos.

Daisy no lo dudó ni un segundo.

—Hagámoslo —murmuró—. Ocultemos el crimen y dejemos en paz a los muertos de una vez para siempre.

Julia dijo ceñuda:

—Desearía que también los muertos dejaran en paz a los vivos, querida.

Torrance señaló el gran ventanal que había al final del pasillo.

—Mira, es de día. Ya no tienes nada que temer. ¿Te das cuenta? La noche fatal ha terminado si la leyenda es cierta, y nosotros sabemos que lo es.

—Tienes razón, primo. ¿Sabes que me resulta chocante llamarte así? —Daisy dejó escapar un conato de risita nerviosa, casi histérica, pero dominándose añadió—: Sin ti no creo que hubiésemos soportado todo ese horror.

—Vamos, iré al sótano, llenaré otra vez la fosa de aquella desgraciada y todo habrá terminado.

Se alejaron de la habitación donde quedaba encerrado el testimonio de una venganza implacable. La luz barría las sombras y la niebla y se iniciaba un día limpio y frío que sí sería como los

demás.

Mejor que los demás, quizá.

O quizá no...

Inesperadamente, Daisy se detuvo y con la mirada clavada en los ojos de Torrance dijo:

—Me gustaría saber una cosa, Johnny.

—Pregunta.

—Dijiste que tu padre te había contado la leyenda, y su pasado...

—Es cierto.

—¿Te confesó si realmente había estado enamorado de la mujer de su hermano mayor? Torrance sonrió.

—Lo estuvo. Se enamoró de ella perdidamente. Ésa fue la razón de que decidiera emigrar a América. Tu tío nunca debió dudar de él.

—Por una vez, la historia no se repitió.

Cogidos de las manos se encaminaron al sótano. Al último acto del drama.

O, más probablemente, el penúltimo...

* * *

Desde el salón, al que penetraba, clara y limpia, la luz de la mañana, Torrance llamó al sargento. Le dio escueta cuenta de lo sucedido sin entrar en detalles, que era imposible hacer comprensibles por teléfono, y tras escuchar las recomendaciones del atribulado policía colgó.

—No quisiera estar en el lugar de ese pobre sargento —comentó—. Voy a cubrir la tumba antes de que lleguen.

Descendieron al sótano, y esta vez el perro no se quedó tumbado ante la mortecina chimenea. Trotó detrás de los jóvenes siguiendo, allá abajo, la luz de la linterna que Torrance empuñaba.

Al borde del hoyo, él dio la linterna a Daisy y agarró la pala.

—Entre abrirlo y ahora cerrarlo, no recuerdo haber hecho tanto ejercicio en mi vida —refunfuñó—. Ojalá que todo esto haya servido para acabar de una vez por todas con los demonios de la familia Fanshawe.

Empezó a palear tierra al fondo del agujero, mientras Daisy exclamaba:

—Ahora que mencionas eso, ¿qué están haciendo los Flanagan?

Es como si no existieran.

Sin dejar de trabajar, Torrance gruñó:

—Pronto les verás. Sin duda han permanecido encerrados, invocando al diablo y esperando el nuevo día para comprobar si ya podían echar mano a su parte de la herencia...

—¿Le dirás al sargento lo que sospechas?

—¡Ya puedes jurar que se lo diré! Y haré algo más que eso. Tan pronto termine aquí me ocuparé de los Flanagan... de un modo que no va a gustarles.

La pala se movía de manera incesante. El jadeo del hombre fue lo único que se escuchó durante un buen rato, hasta que de repente, Daisy exclamó:

—¡Watkins!

—¿Qué?

—Lo descubrirá todo... y sólo Dios sabe cómo reaccionará.

—No me acordaba del mayordomo...

—Dentro de poco empezará a llamarnos para el desayuno.

Torrance cesó un momento de palear tierra y se volvió.

—Lo echaría todo a perder si se le ocurriese bajar aquí. Hay que impedirlo como sea.

—Yo iré —dició Julia—. Intentaré ganar tiempo con cualquier excusa, mientras él prepara el comedor para el desayuno.

—Muy bien. Sobre todo que no baje al sótano.

Julia asintió y encaminándose a las escaleras no pudo evitar un suspiro de alivio al abandonar el sombrío antro donde había vivido su espantosa experiencia.

Tras un titubeo, «Satán» giró sobre los pies y trotó detrás de la muchacha. Para él, el espectáculo del hombre manejando la pala no tenía el menor aliciente.

Julia le esperó bajo la turbia luz que penetraba por los ventanucos. Le acarició las orejas y musitó:

—Ojalá pudieras venir conmigo, a Londres, «Satán». Te echaré de menos...

El animal runruneó contento.

Antes de subir las escaleras, Julia se volvió hacia el colosal muro de piedra.

Excepto por la carencia de musgo en las juntas, no había diferencia alguna de unas piedras a otras. Todas estaban

perfectamente engarzadas y alineadas en la pared.

Capítulo XIX

JANA FLANAGAN se deslizó por el pasillo como la sombra del mal. En sus ojos había una mirada insana y salvaje que ni siquiera parecía la de un ser humano.

Pegó el oído a la puerta de la habitación de Daisy, desechando la de Julia porque ella sabía que no la encontraría. Estaba encadenada en el sótano, y también de ella habría que ocuparse...

No oyó nada. Con infinita cautela abrió la puerta.

Se había deslizado al interior antes de advertir que la habitación estaba desierta.

Frunció el ceño. No deseaba encontrar a las dos mujeres juntas...

Salió. Reinaba un silencio absoluto.

El cuarto de la otra, de Mary, no estaba cerrado. Ya había suficiente luz en las ventanas para que pudiera ver la abertura de la puerta.

Con el cuchillo en la mano entró de un salto...

Y quedó allí, estática, con la pavorosa visión de la sangre y la muerte ante sus ojos desorbitados.

Cerró la puerta y se apoyó contra ella, peleando con el pánico hasta calmarse.

Aquel cuerpo estaba tan desgarrado y mancillado como el de Fanny. No dudó de que el mismo horror era el que había acabado con las dos.

Pero ¿dónde estaba Daisy?

Ahora sólo quedaba ella...

Regresó al pasillo notando los alborotados latidos de su negro corazón.

Justo cuando llegaba al final de las escaleras, la muchacha apareció procedente del sótano.

¡Y no era Daisy!

Jana Flanagan rechinó los dientes y saltó los últimos escalones

enfurecida hasta el delirio.

—¡Tú! —jadeó—. ¡Te libraste!

Julia se quedó helada de espanto mientras la salvaje arpía se precipitaba contra ella con el cuchillo en la mano, presto a matar.

—¡No! —gritó retrocediendo—. ¡John, socorro!

—¡Grita, maldita, grita...!

La luz centelleó en la hoja de acero.

Julia profirió otro lacerando alarido, y en aquel instante «Satán» apareció en la puerta del sótano.

No ladró, ni gruñó ni emitió sonido alguno.

Sólo vio a la mujer, el cuchillo, los gritos y el pánico.

Saltó al aire igual que lanzado por una catapulta, cayó sobre Jana Flanagan y sus salvajes mandíbulas se cerraron en la garganta de la asesina mientras los dos rodaban por el suelo.

En las escaleras sonaban los gritos de John Torrance.

Julia vio saltar la sangre, vio al perro sacudiendo la cabeza enfurecido, zarandeando el cuerpo de aquella mujer como un pelele.

Torrance apareció con el revólver en la mano, y Daisy, tras él, gritó algo que nadie atendió.

Al fin, Torrance atrapó al perro y tiró de él separándole de su víctima. Ahora, «Satán» gruñía con toda la ancestral fiera de una raza que estaba entrenada para matar.

Logró apartarlo de allí con dificultad. «Satán» aún tenía los colmillos al descubierto y había hilillos de sangre goteando de sus fauces salvajes.

Jana Flanagan ya no volvería a invocar jamás a su Señor de las Tinieblas, al Poderoso. Había ido a reunirse con él definitivamente.

Mientras intentaba calmarlo, John se dirigió a Daisy.

—Busca a Watkins y que se quede en sus habitaciones hasta que le llamen...

Daisy desapareció hacia las dependencias del servicio.

—Me salvó la vida, Johnny... tú no habrías llegado a tiempo.

—Lo sé. ¿Puedes quedarte sola con él, aquí?

—¿Y tú...?

—Voy a por los demás esbirros de esta familia. Es hora de acabar de una vez.

Ella asintió.

—No tengo miedo. Nunca podría tenerlo de él —dijo, sujetando a «Satán» mientras Torrance corría escaleras arriba.

Aún temblando, la muchacha dirigió una mirada a la mujer que había intentado matarla. No supo si odiarla o no, porque había pasado por tan terribles experiencias que el hecho de que una fanática intentara asesinarla era una atrocidad que aceptaba casi con entera naturalidad.

Habían pasado escasos minutos cuando Torrance reapareció en lo alto de las escaleras. Su cara estaba gris y su mirada era la de quien acaba de contemplar los horrores del infierno y está vivo para recordarlos.

Julia se estremeció.

—John...

—Muertos —jadeó él, bajando los peldaños tambaleándose como un borracho—. Todos están muertos... de un modo espantoso...

Julia le abrazó y ambos quedaron unos instantes apretados, infundiéndose calor uno al otro, comunicándose sus ansias de seguir viviendo, de seguir amándose; de olvidar por encima de todo.

Mucho más tarde, Torrance irguió la cabeza. Se miraron con ternura y, al fin, con una sonrisa, hundió los labios en la boca de la muchacha profundamente, con todo el amor del mundo.

Era el mejor antídoto contra el terror.

FIN